

SCARLETT BUTLER

Un otoño
para
Silvia



Un otoño
para
Silvia

SCARLETT BUTLER



Primera edición en papel: diciembre 2023

Título Original: Un otoño para Silvia.

©Scarlett Butler 2023

©Editorial Romantic Ediciones, 2023

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Romantic Ediciones

ISBN: 978-84-19545-67-1

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*El otoño lleva puesto el color de tus ojos;
cada hoja me hace pensar en ti.*

Prólogo

- 1. La oficina**
- 2. El club de lectura**
- 3. El bar**
- 4. La conversación**
- 5. La caída**
- 6. El esguince**
- 7. La noche previa**
- 8. Los recuerdos que ya no duelen**
- 9. Sorpresas inesperadas**
- 10. Confusión**
- 11. El fisioterapeuta**
- 12. El dolor de Penélope**
- 13. La cita**
- 14. Un reencuentro muy esperado**
- 15. El alta**
- 16. Quién entiende a los hombres**
- 17. El cóncave**
- 18. Quien ríe último, ríe mejor**
- 19. La confesión**
- 20. Descubriendo el tantra**
- 21. El recuerdo que duele**
- 22. Yo no soy clasista**
- 23. La suegra**
- 24. Contarlo todo**
- 25. Un encontronazo desagradable**
- 26. Decido fluir**
- 27. El sonido de los cuerpos**
- 28. Huida hacia delante**
- 29. Hay cosas de las que no se hablan**
- 30. La fiesta y la sorpresa**
- 31. Te oigo, pero no te escucho**
- 32. Las dos palabras más bonitas del mundo**
- 33. El amor real**
- 34. Hombres que no**
- 35. Dos amores**
- 36. Estar donde quieres estar**
- 37. Discutir en vacaciones**
- 38. La caja**
- 39. Reconciliación**
- 40. Una oferta de trabajo**

41. No te metas
42. El jarro de agua fría
43. Nekane
44. Volver a casa
45. Los secretos se convierten en explicaciones
46. Sin poder evitarlo a veces llega el fin
47. Huir para renacer

Tres años después

48. Regresar
49. Volverte a ver
50. A las ocho
51. Conflictos inevitables
52. Cuando el deseo no se ha ido
53. El nuevo trabajo
54. Cuando tu amiga sufre
55. Volver a nuestra rutina
56. La familia del infierno
57. Cuando la decisión está clara
58. La ceremonia
59. Las verdades que no lo son
60. El beso que nunca quise dar
61. Un respiro
62. Florencia, qué hermosa eres

Epílogo

PRÓLOGO

Dicen que en la vida siempre todo pasa por alguna razón, aunque muchas veces no lo veamos. Yo no lo vi en todo el tiempo que estuve con Javi. Nuestra relación al principio fue muy extraña. Recuerdo irme con él un fin de semana a una casa rural que ya con el nombre hacía presagiar dos maravillosos y románticos días. La «Hacienda Eros» era un lugar precioso con su *jacuzzi* en la habitación, su cama con dosel y las vistas a unos jardines verdes llenos de flores. Al llegar pidió otra habitación y a mí se me quedó una cara de panoli que la recepcionista notó. Aun así, pasamos unos días muy bonitos y al volver al trabajo la semana siguiente lo ignoré. Mucho. Tanto que me llamaba y me enviaba mensajes sin obtener respuesta y persistía, pero a cabezona no me gana nadie. No le respondí hasta que consideré que ya había sufrido bastante. Lo que hablamos después me dejó aún más alucinada. Era un tipo sensible y romántico, un poco chapado a la antigua y quería respetarme cuando yo me moría de ganas porque no lo hiciera y meternos en la cama de una vez a follar como locos, hablando mal y pronto.

Después de aquello tuvimos una relación bastante normal, él venía a mi apartamento y yo iba a su casa, más grande que la mía, por cierto. Le gustaba que fuera a su casa porque en la mía se sentía como enjaulado, pero mi pequeño apartamento era un auténtico hogar para mí.

Salíamos a cenar, a bailar, al cine o a pasear. Éramos muy felices hasta que un día me dijo que se había desenamorado de mí y que me había sido infiel en un par de ocasiones. Con decirme que ya no estaba enamorado de mí habría sido suficiente. Nunca comprenderé la necesidad de decirme que se había acostado con otras mujeres si ya no me quería. Sinceramente habría vivido en la ignorancia la mar de feliz. No entendí nada. Sufrí mucho pues yo lo había querido a ciegas, confiándole toda mi vida y me llevé el palo más grande de todos hasta la fecha. Tampoco vi venir aquel final precipitado. Más ciega que un topo, como diría mi madre.

Yo de pequeñita soñaba con vivir la gran historia de amor y las novelas o películas románticas no me ayudaron demasiado pues me consideraba una chica Disney, de esas que sueñan en color de rosa y se pirra por la purpurina y los unicornios. Cuando te das el batacazo pues... todo a la mierda. Ni caballero, ni castillo ni corcel en el que cabalgar juntos camino al horizonte. La escena final de *La princesa prometida* me hizo mucho daño y a pesar de todo seguía siendo mi película favorita del mundo mundial.

Ha llegado el otoño de pronto al igual que no vi venir el final de mi relación con Javi. Tal cual. Creo que soy de esas personas que van por la vida como los caballos con los ojos tapados y no se dan cuenta de las cosas que suceden a su alrededor. Aparte de él tuve algún escarceo, pero fue más sexual que emocional. No volví a enamorarme con esa intensidad hasta años después. Y en qué maldito momento lo hice...

LA OFICINA

Una nueva mañana, aquella nublada por desgracia, amaneció y yo abrí los ojos con pereza. Por un momento recordé todo lo que había vivido en el último año. Me había cambiado de trabajo pues no soportaba la idea de ver al desgraciado de Javi que no le bastó solo con decirme que se había desenamorado de mí, sino que además me confesó infidelidades. Es que aquello fue lo que más me dolió. Sé que habrá mucha gente que no lo entenderá, pero si alguien te deja de querer, ¿es necesario que te clave más el puñal diciéndote que encima se ha acostado con otras mujeres?

Tras aquel mal momento me embarqué en un nuevo camino, uno novedoso y algo pedregoso pero que me haría muy feliz. Mi amiga Alba me recomendó a la empresa en la que actualmente estaba trabajando. Tras casarse con el jefe de mi antiguo trabajo dejó de estar tan activa, aunque desde casa seguía muy pendiente de que todo funcionara bien ayudando a Esteban, el gran amor de su vida del que se enamoró en un Starbucks. Menuda historia de amor la suya... En el fondo le tenía un poquito de envidia. Había conseguido encontrar a una persona maravillosa que la miraba como si fuera lo más preciado que tenía. Eran una pareja de moda en los círculos sociales de los famosos y tenían una niña preciosa. A ella no le gustó la idea de marcharme, pero cuando le conté el motivo le faltó tiempo para ayudarme. Se llegó a plantear despedir a Javi, pero le pedí que no lo hiciera ya que no era mi intención aprovecharme de nuestra relación personal y sé que a él le hacía falta el trabajo. Aunque Alba no lo entendiera, no le deseaba ningún mal. Nuestra ruptura me provocó inseguridades que creía enterradas, pero con ayuda de mi psicólogo y el cariño de mucha gente salí adelante. Dejé de dormirme llorando y de sentir que quería morirme para volver a enamorarme de mí misma, a ponerme a mí por delante de todo y de todos. ¡Dios, qué importante es eso!

Tras ducharme y tomarme un café bien cargado me vestí con un traje de pantalón negro y camisa roja, y salí a coger un taxi que me llevase a la oficina. Ir todos los días subida en unos tacones no facilitaba el llegar al trabajo. A veces los llevaba en la mochila mientras caminaba con mis deportivas al más puro estilo americano, pero ese día estaban aún mojadas tras echarlas a lavar el día anterior. Sonreí al leer un mensaje de mi madre que me recordaba que comíamos juntas ese mediodía. Le contesté con varios emoticonos a lo que ella me respondió con mil más y es que le encantaba hacer eso. Las conversaciones con ella jamás tendrían fin si por ella fuese.

—¡Guau! ¿Pero tú vienes a currar o a modelar, niña?

Una de mis compañeras de trabajo me pilló en la entrada al edificio bajándome del taxi alisándome la gabardina. Le sonreí y me giré sobre mí misma para lucirme un poco.

—Cómo se nota que tus raíces son andaluzas, pero qué arte tienes.

Me reí y me agarré de su brazo para entrar al edificio. No por tener unos kilitos de más iba a dejar de arreglarme. Alba me ayudó mucho en ese sentido. Siempre me había gustado vestirme bien, con tacones, vestidos y trajes. Lo que ella me enseñó fue a combinar las prendas y a maquillarme mejor.

—¿Has quedado hoy o algo? —me preguntó otra de ellas al llegar a la oficina.

—Vamos, chicas, una mujer puede vestirse y maquillarse sin necesidad de quedar con nadie. Absolutamente nadie —recalqué girándome sobre mis talones. Oí silbidos a mis espaldas

mientras nos reíamos.

Encendí mi ordenador tras colgar la gabardina *beige* en el perchero y cogí la taza de Mr. Wonderful, regalo de mi madre, para ir a buscarme un café. Antes comprobé la bandeja de entrada en el correo electrónico y eché un vistazo rápido. Nada grave. Podía ir a por mi bebida caliente antes de sentarme a leer y responder uno a uno. Mientras llenaba la taza curvé los labios en una sonrisa. Era feliz, tenía la vida que me gustaba, la que me llenaba y eso era muy importante, pues cuando no es así la vida es un sufrimiento constante.

Saludé a compañeros de vuelta a mi oficina mientras soplaba el café que parecía magma ardiente. No era idiota y mucha gente que me sonreía lo hacía debido a mi cargo de secretaria de Dirección cuando por dentro pensaban que era una gorda enchufada que había conseguido mi puesto a base de arrodillarme en varios despachos. Por suerte mi madre siempre me enseñó a ponerme el chubasquero desde bien pequeña y a que todo me resbalara.

—Silvia, querida, cada día estás más guapa —me detuve a escuchar las falsas palabras de Idoia, la chica que aspiraba a mi puesto desde que llegó a la empresa.

—No más que tú. —Le guiñé un ojo y me di la vuelta regresando a mi despacho con los cuchillos clavándose en mi espalda.

Me senté en la mesa y tras darle un sorbo al café con el que casi me dejé la lengua me dispuse a empezar a trabajar. Mi trabajo consistía en organizar las citas de mi jefe, leer sus *emails*, contestarlos, preparar reuniones, etc. Una secretaria siempre era un poco una «mujer para todo», incluso había llamado a restaurantes a reservar mesa o a enviarle flores a su esposa cuando a él se le olvidaba. Y aunque a muchas compañeras aquello le parecía que era rebasar un límite, yo adoraba mi trabajo.

—Buenos días, Silvia.

Mi jefe llegaba por la mañana y se sentaba en la silla justo enfrente de mi oficina antes de llegar a la suya. Era un hombre que rondaba los cuarenta y cinco años, como ya he dicho casado felizmente y con dos hijos por los que se desvivía. Nos llevábamos genial y yo a veces sentía que era un poco esa figura paternal que tanto extrañaba tras perder al mío años atrás.

—Buenos días, Mauricio. Tenemos que empezar a pensar en la campaña de los secadores esta semana.

—¿Ya tenemos el presupuesto?

—Lo tenemos todo ya. Mañana tienes una comida con el señor González para hablar de la campaña. A las once en la sala de juntas te enseñan la idea que han pensado los diseñadores. — Se levantó asintiendo.

—Perfecto, Silvia. Gracias. —Se dirigió a la puerta mientras yo no levantaba la vista de la pantalla—. Esta semana me parece que hay alguna fecha que debería recordar, ¿me equivoco?

—La reunión con el tutor de Jaime. Te lo anoté en la agenda la semana pasada. —Se llevó la mano al pecho, aliviado.

—No sé qué haría sin ti en esta empresa. Eres el mayor regalo que hemos podido tener.

—Recuérdalo cuando te pida que me aumentes el sueldo —bromeé. Mi jefe se rio y salió cerrando la puerta.

Continué trabajando y omití los mensajes de las compañeras para ir a comer. Asistimos a la reunión con los diseñadores sobre la campaña de una marca de secadores y a mediodía Mauricio se fue a la comida programada en el restaurante favorito del cliente. Yo tenía cita con mi madre y era ineludible. Solíamos ir a comer una vez a la semana y era una cita a la que ninguna de las dos podía faltar ya que por mis horarios era difícil vernos, al menos le debía un almuerzo a la

semana. El día que teníamos comida no faltaba nunca pues me sentía un poco culpable de no poder dedicarle más tiempo, aunque ella jamás me decía nada.

—Ahí está mi niña. —Me acerqué a mi madre con la sonrisa de niña que se me ponía al verla y nos abrazamos unos segundos.

—Hola, mami. —Dejé el bolso con la gabardina y me senté frente a ella.

—Cada día estás más guapa, hija.

—Y eso lo dice mi madre —dije bromeando.

Charlamos sobre cómo había llegado el otoño de golpe sin esperarlo y la caída brutal de temperaturas. Le pregunté por su grupo de baile con el que salía todos los sábados a una sala de fiesta y con los que bailaba una vez a la semana, los jueves, para después irse a cenar. Ella quiso saber cómo iban las cosas por el trabajo y terminamos como siempre hablando de mi inexistente vida amorosa.

—Puri va a ser abuela, ¿sabes? Me llamó el otro día para darme la noticia y a preguntarme si tienes ya novio.

—Mamá, ¿vamos a volver a ese tema otra vez? Te he dicho muchas veces que cuando tenga algo que contarte yo misma te lo diré. No te enterarás por nadie, te lo prometo.

—Yo también quiero ser abuela, hija. Quizás si llamaras a Javier... —Y ese era el único punto en el que mi madre y yo discrepábamos al máximo.

Nunca le conté lo de las infidelidades porque por alguna extraña razón quise que guardara un buen recuerdo del que fue su yerno durante algunos años. Por desgracia para mí lo adoraba y de vez en cuando me insistía para llamarle y ver si había vuelto a enamorarse de mí.

—No voy a llamar a nadie y menos a Javi. Él tiene su vida y yo la mía, mamá. ¿Por qué insistes en remover el pasado? Deja lo que sucedió atrás y sigamos mirando hacia delante, ¿vale?

—Yo solo digo que a veces la gente está muy estresada y dice cosas que no piensa ni siente. —Cabizbaja, me dio pena, pero en ese tema debía ser muy firme con ella.

—Mamá, ha pasado un año completo. Si hubiera sido algo de estrés, ¿no crees que habría vuelto a llamarme? Javi ya no me quería, mamá. Si yo lo asumí, tú puedes hacerlo también.

Reinó un silencio tenso por unos minutos hasta que comencé a hablar de asuntos del trabajo desviando su atención.

—Gracias por dedicarme este ratito, hija —fue parte de su discurso de despedida.

—No me des las gracias por estar contigo, mamá. Sabes que me encanta. —Le di un beso enorme, de esos que suenan, los de abuela que se llaman.

—Silvia —yo me di la vuelta para escuchar lo que me tenía que decir—, tu padre estaría muy orgulloso de la mujer en la que te has convertido.

EL CLUB DE LECTURA

Entre semana no solía salir mucho porque si no al día siguiente no había forma de levantarme de la cama para ir al trabajo, pero aquella tarde decidí que era uno de esos días de los de regalarme tiempo para mí misma. Años antes no lo habría hecho, pero cuando Javi me dejó me sentí tan profundamente mal que fui a un psicólogo. Él me enseñó a volver a quererme y una de sus tareas que me imponía para poder avanzar en la terapia era hacer algo que disfrutase, aunque fuera en solitario. A mi madre le horrorizaba que fuera al cine sola o a un museo, pero yo me lo pasaba muy bien.

Esa tarde me subí al metro camino al Museo del Prado donde iba como mínimo una vez al mes. Cada semana asistía a un museo porque adoraba el Arte, de hecho, me quedé con las ganas de estudiar Historia del Arte. No llegué a la nota que se pedía en el examen de la Evau y fue un gran disgusto, pero entonces fue cuando se me abrió el camino para estudiar otras cosas. Me bajé del transporte público mezclándome con miles de personas que a esas horas deambulaban por las calles y entré feliz de poder perderme por las salas del museo varias horas. Esa misma semana una colección de Rembrandt había llegado y me entretuve recorriendo el museo para observarlas en detalle. Dos horas después salía de allí con una sensación placentera de haber disfrutado mucho.

—¿Lara?

—¿Dónde estás? Estoy en la puerta de tu bloque con una botella de vino rosado para cenar y no me abres.

Lara era una compañera de curro que se había convertido en una buena amiga y de vez en cuando quedábamos a cenar en casa de una o de la otra e incluso nos gustaba ir a bailar, al cine, a pasear, etc.

—Estoy saliendo del Prado.

—Tú y tu amor por esos sitios. Nunca lo entenderé, la verdad.

—En veinte minutos estoy ahí. —Le colgué y me fui al metro rauda y veloz para no hacerla esperar mucho.

Cenamos comida que pedimos a domicilio pues no me apetecía ponerme a cocinar después de pasarme todo el día fuera de casa y con el vino que trajo amenizamos la velada.

—Cada día odio más a Idoia. ¿Cómo se puede ser tan zorra?

—¿Y ahora qué ha hecho?

—Burlarse de mis dotes de bailarina, ¿te parece poco? —Casi me atraganté con el vino que estaba bebiéndome en ese instante.

—¿Disculpa? —Se levantó y comenzó a hacer giros y movimientos simulando un baile ancestral o algo así. Yo la aplaudí y hasta le hice una reverencia a lo que ella contestó con otra bastante seria.

—Se ha enterado que voy a una academia en mi tiempo libre y se ha puesto a reírse junto al subnormal de Manuel imitándome. ¿Te lo puedes creer?

Me daba pena porque con gente como mi amiga podía y por eso lo hacía sin cesar. Sin embargo, conmigo sabía que no tenía nada que hacer y que sus comentarios y burlas me importaban un bledo. Yo le sonreía y la ignoraba.

—Bah, ya conoces el refrán. «A palabras necias, oídos sordos». —Choqué mi copa con la suya y para animarla puse un poco de música de la que nos gustaba bailar y estaba tan de moda.

Instintivamente se incorporó y empezamos a perrear cantando y chillando como dos locas. Menos mal que mis vecinos eran personas jubiladas de las que se iban a sus casas de la playa al empezar septiembre y podía permitirme el lujo de aquel escándalo.

Después de recoger me fui a la cama y abrí los chats que tenía pendientes de leer en el móvil. Uno de ellos era del grupo de lectura al que acudía una vez a la semana. Ese jueves teníamos cita para hablar de un nuevo libro que me tenía que terminar en dos días. Otro de los chats era mi madre para ver cómo estaba y el último era de un compañero del grupo de lectura que no dejaba de escribirme casi a diario a pesar de que en ningún momento le había dado razones para pensar que podríamos tener algo. Le contesté un par de veces y se conectó rápidamente. Tremendo error. Me llamó al instante.

—Silvia, ¿cómo va la semana? ¿Has acabado la novela? Yo la acabo de terminar. Por los pelos...

—Hola, Eduard. Pues yo voy un poco como tú. Demasiado trabajo estos días...

—Bueno, si ves que no puedes acabarlo te hago un resumen. ¿Quedamos el jueves antes y te lo cuento? —El chico era muy guapo. De hecho, me sorprendía cómo no salía con nadie, pero no me gustaba darle esperanzas a nadie, así que lo zanjé pronto.

—Tengo mucho curro, si puedo ir al club será de milagro. Voy a irme a dormir, ya nos vemos. —Casi no esperé a que él me contestase y apagué el móvil.

Los dos días siguientes fueron igual de estresantes que los demás y como ya preveía no conseguí terminarme el libro que íbamos a comentar por lo que opté por no acudir ese día a la sesión que teníamos cada semana.

—Silvia, ya me voy para casa. Cualquier cosa me escribes un correo.

—Bien, jefe. —Estaba sumergida en documentos cuando vi que Mauricio regresaba a mi puerta que tenía abierta unos minutos más tarde.

—Silvia, ¿puedes salir? —Levanté los ojos de los papeles y algo intrigada fui a encontrarme con él.

—¿Eduard? —Casi no me salía la voz del cuerpo.

—Cómo no me habías contado que tenías ya una cita hoy. Venga, deja todo eso y mañana sigues. La noche es joven. —Me guiñó un ojo como si me hubiera hecho un favor y yo quería que la tierra me tragase.

—¿Qué haces aquí?

—He pasado a recogerte de camino al club de lectura. —Me dio un ramo de flores y el corazón empezó a palpitarme frenéticamente pensando que se me iba a declarar.

—¿Y esto?

—¿A quién no le agrada que alguien se acuerde de él? Has comentado en varias ocasiones que te gustan las flores y me pillaba una floristería de camino.

Las recogí muy agradecida y algo sonrojada. Cerré el ordenador y me puse la chaqueta con ayuda de Eduard que era todo un caballero. Quise enviar un mensaje a mi amiga Lara, pero ese día coincidía con su clase de baile y no quería molestarla. Llegamos a la librería donde realizábamos nuestros clubs de lectura y me puse en la otra punta. Todo lo lejos que pude de él a quien debía parar los pies. Comentaron sobre la novela que era una obra española del siglo XIX y yo no pude estar muy tranquila al ver cómo Eduard desviaba su vista hasta donde yo me encontraba sentada e incluso sonreía.

—Ha sido genial. ¿Te acompaño a casa?

—No es necesario. Me gusta ir caminando ahora que todavía no hace mucho frío.

—Insisto —me dijo y cuando una compañera del club fue a hablarle y él se giró yo aproveché para largarme o más bien para huir.

Esa noche en casa tuve miedo de que me llamara o me dejara un mensaje por lo que me adelanté enviándole yo uno excusándome. Me inventé que mi madre tenía una emergencia. El pobre chico me dijo que no me preocupase y el remordimiento de conciencia fue peor, pero ¿qué haces cuando alguien que no te gusta da muestras de hacerlo?

EL BAR

Desde el primer día que llegué a mi nuevo trabajo gracias a la ayuda de mi amiga Alba, mucha gente comenzó a mirarme mal. Una de ellas fue Idoia, ya que ella aspiraba a ese mismo puesto de trabajo. Lo descubrí enseguida por sus comentarios ponzoñosos y sus miradas odiosas. Además, no soy el arquetipo de belleza femenino del siglo XXI por lo que se sumaba a lo anterior. No obstante, tuve la suerte de contar con personas realmente agradables como Lara o mi propio jefe, Mauricio. En ocasiones contábamos con la ayuda de una fotógrafa que tenía una galería de arte en el centro de Madrid y que se había convertido en una buena amiga también. Esa mañana vendría a participar en una colaboración y aquella fue la excusa perfecta para ponernos al día.

—¿Tú no puedes venir más despampanante al trabajo?

—Yo también me alegro de verte, Penélope —le dije ofreciéndole un café que ya tenía preparado para ella.

—Va en serio, ¿cómo no te va a tener envidia media plantilla si deslumbras?

—Deja de decir bobadas, anda, y mejor cuéntame cómo va la última exposición. Al parecer estás arrasando, como siempre. —Choqué mi vaso de café con el suyo para celebrar su éxito y ella me sonrió.

—Pues tienes toda la razón. Está teniendo muy buena acogida, estoy encantada, y para celebrarlo mañana vamos a salir de fiesta a darlo todo, cariño. —Se movía por la oficina clavando sus tacones con estilo.

—Creo que alguien se ha adelantado a celebrarlo —respondí mirando sus zapatos. Eran negros con unos pequeños lunares blancos y un pequeño lazo en la puntera.

Penélope se giró para enseñármelos bien mientras no paraba de sonreír satisfecha. Ambas éramos unas enamoradas de los zapatos de tacón y teníamos una colección impresionante en casa. Si no tenía cincuenta pares tenía sesenta y mi amiga andaba por esa cifra e incluso quizá algo más elevada.

—Son de la última colección de Jimmy Choo. ¿A que son una maravilla? Quiero llevarlos puestos todo el día, también para amortizarlos obviamente.

Mauricio entró en mi despacho interrumpiéndonos, pero ya era hora de ponerse a trabajar así que celebramos la reunión que teníamos programada. Una hora más tarde mi amiga Penélope se despedía de mí con un beso en la mejilla y la promesa de una noche de chicas donde celebraríamos su exitosa exposición.

—¿Puede ser viernes ya? —Entró quejándose a mi despacho mi compañera Lara.

—¿Qué ha pasado?

—Pasa que Mauricio solo es agradable contigo y a los demás nos trata como si fuéramos esclavos. —Se tiró en la silla con cara de agotamiento.

—Venga, te invito a comer y de postre pediremos tortitas —traté de animarla hablando de su postre favorito.

Volvimos al trabajo tras escuchar mil y una quejas de Lara sobre el intenso curro que tenía y lo poco que la ayudaban en su departamento. Yo la escuché atentamente tratando de aconsejarla, aunque conociéndola no iba a servir de nada.

—Hoy salimos a las siete y nos vamos a tomar una copa, ¿qué te parece?

Y dicho y hecho. A las siete menos cinco estaba en mi oficina obligándome a cerrar el ordenador para irnos a tomar esa copa que tanto necesitaba. Había semanas verdaderamente estresantes, y aunque a mí el trabajo me maravillaba, también debía reconocer que estaba agotada y necesitaba un poco de descanso y relax. Fuimos hasta uno de los bares más de moda en Madrid y se notaba aquello del «juernes» porque empezaba a llenarse.

—Dios, necesitaba esto como respirar —dijo tras beberse el Martini de un solo trago.

—Calma o te voy a tener que llevar a casa en brazos. —haciendo caso omiso a mi frase alzó el brazo para llamar al camarero y pedirse otra.

—¿Dónde está ese maldito? ¡Quiero mi copa ya! —estalló dando un golpe en la barra.

—Vale, tranquilízate. Iré a buscarlo, creo que lo he visto limpiando alguna mesa. —Lara se echó sobre la barra y yo ya me imaginé cómo acabaría la noche.

Caminé buscando al chico que nos había atendido, pero no lograba dar con él hasta que vi que estaba limpiando unas mesas a unos pocos metros.

—Disculpa, ¿podrías servirnos otra copa?

El chico dejó de frotar la bayeta por la mesa y se giró mirándome. Tenía el pelo rapado casi al completo y los ojos claros. Vestía pantalón negro y camiseta del mismo color, pero a pesar de ser atractivo tenía cara de pocos amigos.

—¿No puedes esperar a que vuelva a la barra? Por si no lo has notado estoy algo ocupado ahora mismo. —Me puse roja pues el chico estaba ocupado y parecía que yo estaba obligándole a regresar a servirnos.

—Lo sé y lo entiendo, por supuesto. Lo que pasa es que mi amiga está empezando a impacientarse con que la sirvan y te aseguro que si no lo haces pronto empezará a montar un espectáculo.

—¡Quiero mi copa! —oímos a lo lejos.

—¿Ves? —señalé adonde estaba Lara y el chico seguía sin inmutarse.

—Si tanta prisa tiene que se vaya a otro bar, hay muchos por la zona.

—Qué desagradable... —Me di la vuelta ondeando la melena al aire y me acerqué hasta la barra clavando los tacones en el suelo con toda la mala leche que llevaba.

—¿Y mi copa?

—Nos vamos de aquí, Lara. —La ayudé a levantarse y cogimos cada una nuestro bolso, pero antes de poder avanzar nos topamos con el camarero que venía con otra cara.

—¿Qué queréis tomar?

—¿Ya no nos instas a irnos a otro bar?

—¿«Instas»? ¿Qué eres, del siglo pasado? —me respondió con sorna.

—¿Eres así de capullo siempre o es que hoy te estás esforzando conmigo? —Se mordió el labio para contener la risa y fue detrás de la barra para ponernos otra ronda.

—A esta invita la casa. —Nos guiñó un ojo y después de echarse la bayeta al hombro se alejó para servir a otros clientes.

Disfruté lo que pude de mi copa con Lara que no dejaba de quejarse por cuestiones laborales mientras observaba de reojo al camarero que había sido tan arrogante para cambiar en último momento. Era un chico guapo, la verdad, pero de esos que suelen tener a las mujeres a su merced y de no quedarse con una mucho tiempo. Por eso era irresistible y atractivo. Cuando se agachó en un momento dado no pude evitar mirarle el trasero y era perfecto. Dios mío, estaba empezando a ponerme cachonda con un camarero que me había tratado fatal. ¿Qué me estaba pasando? El sexo, o más bien la falta de este, era lo que me estaba sucediendo.

—Venga, amiga, te llevo a casa. —Pasé un brazo de Lara por mi hombro y me la llevé del bar mientras seguía rezongando que odiaba su empleo.

—¿Te ayudo? —El camarero antipático de pronto era todo amabilidad.

—No hace falta. Gracias por la copa y por tu bordería también. —Caminé con Lara a trompicones hasta que conseguí meterla en el coche.

—Ey, ¡oye! ¡Morena!

—¿Qué quieres ahora? —pregunté tras cerrar la puerta del copiloto.

—No suelo ser así de antipático. Es solo que... bueno, he tenido un mal día en el curro... ya sabes —señaló al bar que estaba a su espalda y suspiré. Me perdí por unos segundos en el azul de su mirada hasta que moví la cabeza y sonreí de medio lado.

—Todos tenemos malos días, no te preocupes.

—¿Puedo al menos saber tu nombre? —Fui hasta la puerta del piloto en mi coche y la abrí.

—No creo que aún te merezcas ese honor. —Él curvó los labios dedicándome una sonrisa canalla y a mí se me revolvió algo por dentro.

—El mío es Enzo. —Se dio la vuelta desapareciendo, dejándome petrificada en el sitio.

—¡Silvia, vamos! —Mi amiga medio borracha me llamó desde el interior del coche y fue entonces cuando reaccioné y me subí al vehículo.

Enzo. Cuatro palabras que se clavarían en mi mente para más tarde bajar hasta mi corazón.

LA CONVERSACIÓN

Ojalá hubiera podido levantarme tarde la mañana siguiente, pero por desgracia aún era viernes y tocaba currar. Recordé en esos minutos en los que aún estás entre la modorra y la realidad de lo ocurrido la noche anterior con el camarero macizo y antipático sin evitar sonreír. Se le notaba que era un canalla. *Enzo*, su nombre breve tenía una sonoridad musical. Miré el reloj de la mesita de noche y de un salto me puse en pie al darme cuenta de que llegaría tarde a la oficina si no me daba prisa. De camino al trabajo llamé a Lara para sacarla de su resaca, excusa perfecta por la cual no habría ido a trabajar hoy.

—¿Te pillo mal?

—Oh, por Dios, vete a la mierda... —balbuceó.

—Eso te pasa por pillarte la mona del siglo un jueves. Ni siquiera es fin de semana. Imagino que has dicho que estabas enferma. Te llamo para confirmar la versión para cuando me pregunten por ti.

Efectivamente mi amiga y compañera me explicó que había dicho que estaba enferma y que no podría ir a la oficina ese día por lo que yo mantuve la misma versión de los hechos. En la puerta del edificio de la empresa me llegó un mensaje de Penélope confirmándome la cena esa noche y la posterior fiesta para celebrar su último éxito. Tras decirle que me parecía genial entré en la oficina a soportar el peor día de la semana, especialmente tras haber ido de fiesta la noche previa.

La mañana transcurrió tranquila sin grandes sorpresas, pero sí la carga habitual de trabajo. Mauricio tenía reuniones toda la mañana así que hasta mediodía no pudimos ver su agenda de la semana siguiente. Con la excusa de ir a visitar a Lara que vivía cerca de mi apartamento pude ausentarme antes del trabajo. Llegué a mi casa y tras darme un baño me metí en la cama a descansar pues sabía la que se avecinaba esa misma noche con las chicas.

—¿Silvia? —Cerca de las ocho de la tarde mi amiga Penélope me llamó al timbre llevándome una sorpresa. Le abrí y casi me dio un patatús nada más verla. Yo esperaba encontrarme esa noche con la despampanante fotógrafa que vestía a la última moda y no paraba de sonreír. Por desgracia la estampa era bastante diferente.

—¿Se puede saber qué te ha sucedido? —Nos sentamos en la mesa de la cocina mientras no dejaba de llenarse la copa de vino hasta arriba.

—Estaba en casa arreglándome para quedar con vosotras cuando he recibido un mensaje en mi móvil. —Bebió de la copa depositando su teléfono en la mesa abierto por la aplicación de mensajería instantánea. Yo me lo acerqué y vi que era un mensaje de una persona de su pasado a quien ella quiso mucho y que le destrozó el corazón.

—No puede ser... ¿Es...? —ella asintió sin pronunciar su nombre ya que estaba prohibido. Era algo así como en los libros de Harry Potter que estaba prohibido decir el nombre de Voldemort y por eso se referían a él como «aquel que no debe ser nombrado».

—¿Crees que algún día volveré a enamorarme de una persona como hice de él?

—Pues claro que sí. Solo tienes que esperar a la persona adecuada. —Penélope se sonrió con tristeza.

—El adecuado... Se habla de las almas gemelas como esas personas que aparecen una vez en

tu vida con quien encajas a la perfección, como si su molde hubiera sido hecho para que coincidiera con el tuyo. Y cuando el molde se agrieta y todo se estropea, entonces ya no hay más. Nadie más que pueda encajar contigo.

—Te volverás a enamorar, solo que será diferente porque con cada persona no es igual. Sucederá el día menos pensado —quise animarla, pero el brillo de sus ojos había desaparecido esa noche y no estaba segura de si regresaría por el momento.

—¿Con Javi sentiste que fue así?

—No exactamente. Fue más salvaje, más loco todo, sin tanta profundidad como lo tuyo con... —carraspeé haciendo una pausa—. No puedes compararte a nadie más.

—¿Le extrañas?

—¿A Javi? Lo pasé muy mal, fue todo muy repentino y me dolió mucho.

—No has respondido a mi pregunta. —Yo también me animé a beber vino al empezar esa conversación trascendental y estaba apurando la copa.

—A veces, pero en realidad cuando lo pienso bien no lo echo de menos a él, sino a lo que tenía con él. A la relación de pareja, a sentarme en el sofá un día agotador y sentirme reconfortada en sus brazos. A levantarme llorando por una pesadilla y abrazarme tan fuerte que las lágrimas desaparecían. Pero... en el fondo no es a Javier a quien echo en falta, ¿me explico?

—Entonces no fue un gran amor de esos que hemos hablado. —Yo me encogí de hombros sin saber qué contestarle pues ni yo misma sabía qué tipo de amor habíamos tenido—. Dios, sigo siendo un desastre...

—Todos estamos hechos un desastre alguna vez en nuestra vida. Un día volverás a sentir ese amor, estoy segura. Lo que no sé es por qué no lo tienes bloqueado a estas alturas.

—Quizá porque en el fondo soy una patética y conservo la esperanza de que todo cambie y mi cuento de hadas se haga realidad por arte de magia.

—¿Y que los unicornios también existan? —Nos reímos por mi comentario sarcástico.

—Tienes razón, solo ha sido un instante de debilidad.

Cogió el teléfono y lo bloqueó en ese momento a la vez que lo eliminaba de su lista de contactos. Cogió de nuevo la botella y nos sirvió una copa a ambas.

—Brindemos por los finales de cuento de mierda.

—Por ser soñadoras realistas —apostillé yo antes de chocar las copas.

—Y por disfrutar de una gran noche olvidándonos de hasta cómo nos llamamos —dijo mi amiga y yo le sonreí al ver que el brillo que la caracterizaba poco a poco se asomaba a sus ojos. Penélope era fuerte, pero como todos tenía momentos de debilidad. Conseguiría superarlo, olvidarse de él y sentirse recuperada para poder afrontar un nuevo horizonte en su vida.

LA CAÍDA

—Lara debe estar al caer —le dije a Penélope desde mi habitación mientras terminaba de maquillarme. El timbre sonó justo en ese momento y al poco la puerta de mi apartamento se abría.

—Pero bueno, ya habéis comenzado la fiesta sin mí —se quejó la recién llegada al ver la botella de vino vacía sobre la mesa del comedor—. Menos mal que he traído yo otra para ir calentando motores.

Cuando acabé de ponerme el colorete salí de mi cuarto, en parte atraída por las risas que llegaban por el pasillo. Me encontré a mis dos amigas bebiendo en la misma mesa donde horas antes compartí vino con Penélope.

—No vais a llegar al baile como sigáis bebiendo como cosacos. —Lara cogió otra copa vacía que descansaba sobre la mesa y la llenó ofreciéndomela.

—Calla y únete a nosotras.

Una hora más tarde salíamos de mi apartamento finalmente para ir a cenar a un restaurante de Madrid donde hacían la mejor carne a la brasa. Además, era un sitio precioso y muy elegante de esos lugares donde los camareros van vestidos de negro y te rellenan las copas a cada minuto empeñados en vaciar la bodega del restaurante.

—Hoy venimos por todo lo alto, ¿eh? —comentó mi compañera de trabajo que nunca había asistido a un sitio así. Sin embargo, Penélope estaba habituada a cenar en lugares como ese debido a su trabajo y yo también pues Mauricio en algunas ocasiones me pedía acudir con él a las comidas o cenas de empresa.

—Me ha contado Silvia que ya ayer empezasteis la fiesta sin mí.

Lara se llevó una mano a la cara sonrojándose. La noche anterior estaba muy agobiada y se fue a tomar unas copas con su amiga Silvia que nunca podía negarle nada a sus amigas.

—No me lo recuerdes que he tenido una resaca bestial hoy y tampoco bebí tanto. ¿Qué ponen en ese bar?

—Cariño, no me gusta decir esto, pero bebiste más de lo que crees —tuve que apostillar.

—No tanto si recuerdo a un camarero cañón con el que tonteaste.

Penélope casi se atragantó al oír las perversas palabras de Lara para después mirándome como acusándome de no habérselo contado, pero es que apenas le di importancia al encuentro con aquel chico antipático y buenorro.

—Pero bueno, llevo en tu casa casi media tarde y en vez de contarme las buenas nuevas nos ponemos melancólicas a beber sin control. Esto no te lo perdono, que lo sepas.

—Tú estabas muy borracha para acordarte de nada de eso —dije a mi compañera de trabajo acusándola con el dedo—, y tú, necesitabas ese ratito de melancolía antes de que nos pusiéramos como locas a beber —le dije a la otra.

—Bien, lo acepto. Ahora dime todo del muchacho. ¿Quién es? Nombre, talla...

—¿Talla? —pregunté acordándome que aquello se parecía a la canción de José Luis Perales tratando de recabar tanta información.

—Yo lo que puedo decirte es que está cañón, cañón, y que aquí nuestra amiga se acercó a charlar con él.

—¿Charlar con él? Lara, por Dios si solo fui a pedirle que nos sirviera otra copa y él se comportó como un maleducado. Porque tenía a esta beoda perdida, que si no me hubiera parado a hablar con su jefe.

—¿Y entonces por qué cuando me subiste al coche salió a hablar contigo? —dijo la que parecía más bebida de lo que en realidad estaba mientras sorbía de la pajita.

—Ah, ¿sí? Pues entonces hay más que contar de lo que dices, querida —Penélope apoyó los codos en la mesa en señal de interés.

—Solamente vino a disculparse por lo grosero que había sido excusándose que había tenido un mal día. Nada más, na-da más —repetí con vehemencia mirándolas a las dos.

—¿Y cómo es el chaval en cuestión? —preguntó la fotógrafa a mi compañera de curro al ver que yo pasaba de darles detalles. Las dejé cotilleando mientras yo me iba al lavabo. Al regresar me sorprendí de ver que se habían llevado ya los platos y estaban esperándome de pie al lado de la mesa.

—¿Acaso ya hemos cenado? No recuerdo haber pedido el postre.

—Suficiente por hoy. Ahora es el momento de ir a bailar. —Se rieron mirándose cómplices y yo tuve miedo ante esas miraditas. Podía esperarme lo peor de aquellas dos cuando se juntaban. Nos subimos a un taxi y las dos se bajaron rápidamente dejándome a mí sola para pagar. Cuando me bajé casi me caí al alcanzarlas. Malditos tacones que estrenaba.

—No puede ser... —Se giraron y tiraron cada una de un brazo para meterme en el bar donde Lara y yo habíamos ido la noche anterior a tomarnos unas copas. Sí, donde el camarero cañón trabajaba.

—Sois unas perras las dos. ¿Por qué estamos aquí cuando hay millones de locales en esta ciudad?

—¿Acaso crees que me voy a quedar sin echar una buena ojeada a ese tío? Estás muy equivocada, querida.

Aquello empezaba muy mal. Una vez que entramos vimos que estaba lleno de gente y apenas podíamos movernos por el garito. Yo iba rezando para que el chico antipático no trabajase esa noche o no me dejarían en paz las malditas locas que tenía por amigas.

—Chicas, no sé si me apetece estar aquí hoy. Me vais a dar la lata toda la puñetera noche, que os conozco.

—No te preocupes, Silvi. Hay varias opciones. Una, que el guapetón no trabaje hoy. —Yo seguía rogando por esa—. Dos, que no se acuerde de ti, y tres, que lo haga y veamos qué pasa.

—Dios, sois lo peor. Pensaba que era una noche para celebrar el éxito de Penélope y no para maltratarme a mí. —Lara, la bruja uno me contestó bailando, uniéndose la fotógrafa o bruja dos.

Una canción de Britney Spears empezó a sonar y me uní a ellas bailando aún con los bolsos colgados del hombro pues ni siquiera nos habíamos puesto a ver si había algún hueco en el que dejarlos y sentarnos un rato. Lo que tenía claro era que esos tacones me iban a llevar por la calle de la amargura esa noche. Cuando terminó la canción ya estaba algo más relajada. Echamos a andar buscando alguna silla y a lo lejos vislumbré una acelerando el paso para que no nos la quitaran con tan mala suerte que me caí de bruces.

—Oh, por Dios, Silvia, ¿estás bien? —Mis amigas corrieron a auxiliarme con celeridad.

Me quejaba de un tobillo que me dolía al habérmelo torcido y antes de ponerme en pie por mí misma alguien me cogió en brazos al estilo *Oficial y Caballero* ante la mirada atónita de mis amigas.

—Pero ¿qué coño...? —fue lo único que murmuré antes de encontrarme con los ojos del

camarero cañón a escasos centímetros.

—Enzo, por si no lo recuerdas —respondió sonriéndome.

—Pues va a ser que la opción tres es la ganadora —susurró Penélope ahogando la risa junto a la otra bruja.

EL ESGUINCE

Aún sobrecogida por ir en brazos del camarero antipático y acompañada de mis amigas a ambos lados me sentía como la princesa Romy de los dibujos animados que veía de pequeña en casa: la princesa india que se enamoró de Willy Fogg tras rescatarla de ser quemada viva al morir su esposo. Quizá mi imaginación se disparaba, pero a mí me recordó a ese momento.

Enzo me llevó a un despacho donde había un sofá negro de dos plazas y allí me sentó arrodillándose a mi lado. Penélope y Lara estaban cerca de la puerta petrificadas sin dejar de observar al chico o más bien fijándose en ciertas partes de su anatomía.

—De verdad, ya me encuentro mucho mejor. No es necesario.

—¿En serio? De acuerdo, ponte de pie y camina. —Me tendió la mano pues no era tonto y sabía que me lo estaba inventando todo. Traté de apoyar el pie, pero el dolor fue tan indescriptible que pegué un alarido dejándoles medio sordos.

—Será mejor que llamemos una ambulancia —dijo Lara sacando su teléfono del bolso mientras la fotógrafa asentía acercándose a mí.

—Silvia, pero ¿cómo has pisado, hija mía? —La fulminé con la mirada retorciéndome en el sillón de lo mucho que me dolía.

—No os preocupéis que como mucho será un esguince.

—¿Como mucho? Joder... —Volví a hacerme la valiente levantándome mientras me apoyaba esa vez sobre mi amiga.

—No deberías hacer esfuerzos. —Hice caso omiso al camarero, pero no era factible andar con aquel pie que se hinchaba por momentos. Volví a sentarme con ayuda de Penélope.

—Aquí no hay cobertura. —Lara salió del despacho buscando conexión y cuando vi que la bruja número dos iba a seguirla intenté retenerla, aunque sin éxito.

—Maldita... —murmuré en voz baja, aunque seguramente Enzo lo oyó a pesar de estar lejos.

—Es necesario ponerte hielo para que no se inflame más. —En aquel cuarto pequeño había una nevera de donde sacó aquella bolsa helada. Di un grito cuando lo posó sobre mi pie removiéndome en el sitio—. Tranquila...

Sus manos eran suaves o eso me pareció a mí mientras me colocaba el hielo y me agarraba por encima de la bolsa fría en una caricia que me erizaba el vello. Por desgracia el dolor no me dejaba disfrutarlo todo lo que me hubiera gustado.

—Al parecer se te ha estropeado la noche.

—O quizá es que este sitio me trae mala suerte y cada vez que vengo algo me sucede —respondí con rapidez. Él se rio provocándome una media sonrisa.

—Creo que es el destino que quiere que nos encontremos en situaciones... peculiares.

—Muy gracioso.

—Deja de moverte o el hielo no te hará nada, Silvia.

Escucharle decir mi nombre me provocaba un cosquilleo parecido a cuando te gusta alguien y empiezas a sonreír cuando te mira o susurra tu nombre. DANGER. En letras mayúsculas y de neón aparecieron esas seis letras en mi cabeza. Enzo levantó la cabeza y me miró, y de nuevo esas letras explotaron en mi mente mientras nos miramos unos segundos a los ojos.

—Es aquí. —Lara abrió la puerta interrumpiendo el momento. ¡Menos mal!

Tres sanitarios entraron con sus maletines y el camarero se apartó para que hicieran su trabajo, aunque yo me sentí algo decepcionada por ello. Me removí mientras me tocaban el tobillo sin poder evitarlo. ¡Cómo dolía aquello! Me lo vendaron y confirmaron que era un esguince. Menuda caída absurda y menuda me había liado yo solita. Mi mente voló al día siguiente cuando me di cuenta de que debería estar de baja un tiempo. A Mauricio le iba a dar un ataque de pánico pues yo era su agenda con piernas. En más de una ocasión me había comentado que si me pasaba algo y no estaba en la oficina junto a él le daría un infarto.

—¿Cómo estás? —me preguntó Penélope después de que se fueran los miembros del equipo sanitario.

—¿Tú qué crees? Me he hecho un esguince en la noche de tu celebración y hace meses que no salimos juntas, joder. Soy lo más torpe del universo —me lamenté.

—No te martirices y cálmate, Silvi. Voy a llamar a un taxi para acompañarte a casa —dijo Lara tratando de tranquilizarme.

—Lo importante es que tú estés bien. —Las dos querían animarme, pero yo estaba muy agobiada en ese instante.

—No os preocupéis. Vosotras podéis seguir con vuestra noche de chicas y yo la llevaré a su casa. —Las tres nos quedamos anonadadas al oír a Enzo decir aquello.

—¿Disculpa? —dije con la voz trémula.

—Mi turno ha terminado, así que estoy libre. Así os ahorráis el dinero del taxi y vosotras disfrutáis. Yo me encargo de vuestra chica. —Les guiñó el ojo a mis amigas que se sonrieron como dos bobas levantando el pulgar emocionadas. Por un milisegundo pensé que iban a aceptar poniéndome el corazón a mil.

—No, de verdad... —dije yo en un intento absurdo de convencerlas. Penélope me dio un beso en la mejilla susurrándome en el oído:

—Aprovecha y títatelo. Está como un tren. —Abrí la boca negando tan estupefacta al darme cuenta de que me iban a dejar a solas con aquel joven muchacho que no pude hacer nada. Se despidieron con cortesía y yo aluciné al verme a solas con él. «¡Serán perras!».

—Mira, Enzo, apenas nos conocemos y en serio, no es necesario que me lleves a casa. Deberían haberlo hecho ellas, pero ya ajustaremos cuentas —me expliqué poniéndome de pie con poco éxito. Casi me caí, pero por suerte él estuvo rápido y me cogió quedándonos a pocos centímetros su cara y la mía.

—Ya tengo coche para llevarte. —Le pasé el brazo por el hombro mientras caminaba a la pata coja.

—¿Y el tuyo?

—No tengo. Solo moto. —Temblé de excitación. Era un cliché con patas, pero joder, menudo cliché.

Salimos del bar no con poca dificultad debido a que no podía caminar muy resuelta, pero él tuvo mucha paciencia e incluso me iba animando a cada paso que lograba dar. Me ayudó a entrar en el vehículo y hasta me puso el cinturón de seguridad como si no fuera capaz de hacerlo yo misma. Le di la dirección y el camino lo hicimos en absoluto silencio apenas roto por las canciones que salían de la radio. Me ayudó a llegar hasta la puerta de mi apartamento y cuando lo vi entrar en mi piso pensé que quedaba muy bien allí.

—Los sanitarios no me han dado nada, ¿verdad? —Él negó y entonces me di cuenta de que no tenía excusa para pensar tales idioteces.

—¿Nada de qué?

—Alguna pastilla o algo así. —Él negó con la cabeza.

—¿Quieres que te ayude a ponerte el pijama y te dejo metida en la cama? —Creo que me sonrojé tanto que Enzo se percató permaneciendo en silencio. Me ayudó a sentarme en el sofá colocándome un cojín debajo del pie con el esguince.

—Me gustaría ofrecerte algo, pero si tengo que levantarme para servirte una copa puede que no consiga volver a sentarme.

—No te preocupes, Silvia. Con dejarte en tu piso acomodada me doy por satisfecho.

Sonreí al ver que el camarero antipático había desaparecido dejando paso a un chico de lo más amable y educado.

—Gracias por todo, de veras.

—Si necesitas cualquier cosa, aquí te dejo apuntado mi móvil. —Tomó un papel del bloc que tenía junto al teléfono fijo de casa y escribió una serie de números. Yo no salía de mi asombro, tanto, que creo que se me abrió la boca de la impresión.

—De verdad, no te preocupes más, Enzo. Si mis propias amigas no lo hacen, menos debes hacerlo tú. —Fue hasta la puerta y antes de desaparecer, se giró.

—No me canso de oírte decir mi nombre. Buenas noches, Silvia —y tras decir aquello que me pilló tan desprevenida como por todo lo demás, se fue.

LA NOCHE PREVIA

Mauricio se presentó en mi casa en cuanto leyó mi mensaje la mañana siguiente. Tuve que hacerle una tila porque se puso muy nervioso al verme con el pie vendado y en alto. Le dije que ese mismo día pensaba acudir a mi médico de cabecera para tramitar la baja y se empeñó en que Luca, su chófer particular, me acompañara para tener que caminar lo menos posible. Se sentía muy responsable de mí y yo se lo agradecía. Le tenía mucho cariño y tanto él como su mujer siempre me habían tratado como a una hija, cuidándome al máximo. Cuando tuve en mi poder la baja la envié con Luca a la empresa ya que a mí me resultaba agotador caminar y no me hacía con la muleta. Envié mensajes a las brujas de mis amigas que me abandonaron la noche anterior y me escribieron contándome que por la tarde vendrían a casa a darme el parte de la fatídica noche. Después telefoneé a mi madre que quiso venir a verme en cuanto le conté lo sucedido. Se preocupaba en exceso, pero era una madre y eso suele ir implícito en su ADN. Comimos juntas y por la tarde se fue cuando llegaron mis amigas sabiéndome bien acompañada.

—Ya os vale. Mira que dejarme ayer, así como así. Sois unas perras del infierno —me quejé mientras me comía los bombones con los que quisieron sobornarme.

—De eso nada, monada. Vimos a Enzo cómo te miraba y no podías perder la oportunidad —respondió Lara mientras trataba de robarme algún bombón.

—Pero ¿de qué hablas?

—No lo niegues, nena. Espero que te lo follaras porque si no es un delito —dijo Penélope.

—Eres más bestia... —Le di un golpe en el brazo y ella me puso los ojos en blanco antes de ir hasta mi cocina.

—¿Hubo algo o no? —Quiso saber Lara hablando en voz baja.

Penélope regresó al salón con tres copas y una botella de vino tinto que a mí me encantaba.

—Eres mala persona. ¿Traes mi vino preferido cuando sabes que no puedo beber por los calmantes? —Me miró sorprendida y fue entonces cuando se dio cuenta. Se giró y fue hasta la cocina volviendo con una lata de refresco.

—No te importará que nosotras bebamos, ¿verdad? —Me abrió la lata para llenarme la copa y yo me rendí.

—Y ahora que ya estamos servidas, volvamos al lío —comentó mi compañera de trabajo muy risueña.

Hice caso omiso a sus palabras y me bebí el refresco de un trago. No tenía punto de comparación con el vino, pero algo era. Las dos brindaban y cuchicheaban riéndose, lo que empezó a molestarme.

—¿Y vosotras qué? ¿Cómo fue la noche, pedazo de pendones? —A Lara se le salió el vino por la nariz y Penélope escupió la bebida poniéndome perdida por la proximidad.

—Perdón —musitaron las dos a la par.

Me limpié con un pañuelo que tenía cerca pues era un poco obsesiva de la limpieza y tenía una caja con pañuelos desechables al lado del teléfono.

—Penélope tiene algo que contar seguro...

—Ah, ¿sí? Desembucha —le exigí.

—No hay gran cosa que contar. Después de irte con el cañón del camarero a hacer lo que sea

que hicierais ya que no nos lo cuentas, nos encontramos con unos chicos muy majos y jovenzuelos con los que charlamos, bailamos y nos reímos.

—¿Y...?

—Y uno de ellos era bastante mono.

—¿Y...? —soltamos al unísono Lara y yo mientras se hacía la remolona.

—Sois unas cotillas.

—Le dijo la sartén al cazo —respondí yo a lo que la fotógrafa se rio.

—Pues... nada. Me acompañó al taxi y me subí sola. —Se reclinó en el sillón que estaba a mi izquierda desviando la mirada y cuando hacía eso es que había algo que contar.

—¡No me digas que te fuiste con el que llevaba la camisa azul y los pantalones negros!

—Sí.

—¿El que decía que tenía un coche deportivo? —Yo giraba la cabeza de una a otra como si fuera un partido de tenis sin entender nada.

—Me perdí bastante anoche por lo que veo. Dame datos o saco el flexo y te hago el interrogatorio al completo.

—No hay mucho más que deciros, chicas. Se llama Álvaro, trabaja en la universidad y tiene un pisito bastante mono en plena Gran Vía. Fue un caballero, se ofreció a llevarme a casa, pero lo rechacé. Pedimos un taxi, me subí y cerró la puerta deseándome buenas noches. Fin.

—Suenas bien, aunque no comprendo por qué no te fuiste con él —le dije tratando de averiguar por su cara qué pensaba.

—Mírala ella qué curiosita es. —Penélope siempre se hacía la interesante hasta que te soltaba todo de golpe con todo lujo de detalles, aunque no se los pidieras. Pero ese día no estaba por la labor, al parecer.

—Penélope, mírame y dime qué pasó anoche. —Tuve un presentimiento nada bueno—. Pe... —Se levantó con la copa en la mano, le dio un trago acercándose a la ventana desde donde podía ver cómo empezaban a caer las hojas por el otoño que se acercaba.

—Ya que tanto interés tenéis... anoche no me fui a dormir sola.

—¿Entonces con quién? —dijo Lara sin entender nada como yo.

—No puede ser —musité llevándome la mano a la boca. Ella se dio la vuelta mirándome con ese gesto que conocía a la perfección.

—¿Qué pasa? —Quería saber mi compañera de trabajo que de la historia de Penélope sabía la mitad o menos.

—Cuando llegué a mi casa me estaba esperando.

—¿Y le dejaste subir? ¡Es más!, ¿le dejaste meterse en tu cama?

—Hoy no es el día, chicas.

Lara se quedó atónita y yo me mordí la lengua pues volví a ver esos ojos apagados al igual que el otro día sentada en la silla de mi cocina mientras me decía lo rota que se sentía tras su relación con Henry. Pasamos un tupido velo, aunque volvería a la carga. Se bebieron casi la botella entera hasta que tuve que pararlas y darles algo de cenar. Quien dice algo dice que llamamos a un restaurante chino para que nos trajeran la comida. Una vez que tuvieron el estómago más lleno y estaban menos achispadas volvieron al ataque a preguntarme por el camarero.

—No puede ser que ese tío tan bueno te trajera a casa y no pasara nada, Silvia.

—Chicas, ya os lo he dicho. Fue un caballero y muy amable. Me trajo a mi apartamento y le di las gracias. Se fue y punto final. No tengo más que decir, brujas, que me dejasteis tirada —

rezongué algo enfadada.

—¡Pero si te hicimos un favor!

—Ya, ya, menudo favor el vuestro.

—Anda y pásame un pañuelo —me pidió Lara y entonces fue cuando vi el teléfono de Enzo apuntado en el papel que cogió anoche.

—¿Qué es eso? —Quiso saber Penélope.

Durante un milisegundo busqué alguna excusa que inventarme para que no me dieran más la lata, pero no suelo ser de esas personas de mente ágil.

—Es su número... —no supe por qué salió aquello de mis labios.

—¿De quién? —Quiso saber Lara con la boca llena.

—¿Es del camarero? —Mi otra amiga me lo quitó de las manos y aprovechándose de mi imposibilidad para caminar me robó el teléfono del regazo y se puso a escribir algo en él.

—¡Para! ¿No estarás escribiéndole un mensaje? —Agarré la muleta, pero Lara, compinchada con la otra, fue más rápida y me la quitó—. ¡Chicas! ¡No me la lieis!

—Tarde... —contestó Penélope, a los pocos segundos cuando me enseñó la pantalla brillando con el nombre de Enzo. No podían haber sido tan perversas como para grabar su número en mi lista de contactos y llamarlo. Antes de poder recomponerme descolgaron y me dieron el teléfono por fin.

LOS RECUERDOS QUE YA NO DUELEN

—¿Silvia?

Una sola palabra, pero en sus labios sonaba inmensa. Cogí aire antes de contestar mientras las dos locas de mis amigas me observaban.

—Hola...

—Me alegra que me hayas llamado. Así tengo tu número por fin.

Penélope y Lara me hacían señas queriendo pedirme que pusiera el móvil en manos libres, pero tras forcejear con ellas y ponerles mi cara de asesina dejaron de empeñarse con muecas de fastidio.

—¿Cómo estás? —me preguntó Enzo con su voz suave.

—Bien... deseando recuperarme y volver a mi vida.

—¿Ya? —Se rio y yo no pude evitar dibujar una sonrisa en los labios al imaginármelo riendo.

—Soy una persona muy activa y no soporto tener que estar encerrada en casa más de dos días seguidos.

—Entonces habrá que ir a entretenerte... —carraspeé al pensar en cosas que no podían suceder entre él y yo, y le colgué pronto.

—Gracias por traerme ayer. Tengo que dejarte, que tengo visita. Hasta luego, Enzo.

—Un placer, mil veces repetiría. Un beso, Silvia. —Abrí la boca exhalando un suspiro al escuchar lo del beso y di por finalizada la conversación.

—¡Os vais a enterar vosotras dos!

—¡Pero si ha ido genial! Cuéntanos todos los detalles que desde aquí y sin manos libres es jodido entender una mierda —se quejó la malvada fotógrafa.

—Largo de mi casa, brujas malvadas. Quieroirme ya a la cama. —Después de tratar de sonsacarme un poco más me dejaron en la soledad de mi pequeño apartamento.

Con ayuda de la muleta conseguí llegar a la habitación. Vi mi agenda sobre el escritorio y un latigazo de culpabilidad me recorrió, a pesar de no ser realmente algo que hubiera elegido voluntariamente, sino que fue un accidente. Era una persona demasiado responsable y sentía mucho no estar haciendo mi trabajo. Me metí en la cama tratando de no pensar más en ello, encendí el televisor anclado a la pared y estuve haciendo *zapping* un rato. Yo no era de esas personas a las que les gustaba tener una televisión en la habitación, pero Javi se empeñó. Recordé a una amiga que me dijo que si algún día lo dejaba con él mi apartamento estaría lleno de recuerdos y querría quemarla con todo dentro. Un poco gafe, aunque no lo pensé cuando me lo dijo.

Rememoré momentos con él en aquella diminuta casa. Teníamos una vida feliz y bastante anodina hasta que todo saltó por los aires. Eso pasó el día que me dijo que teníamos que hablar. Las tres palabras más temidas cuando estás en una relación. Hace que todo empiece a desvanecerse. Significaba que nuestra historia tenía una fecha con varios dígitos queriendo decir que se acababa. Un punto final que supuso un dolor muy grande que por suerte con el tiempo aprendí a sanar. Dos años habían transcurrido desde que Javi me dejase con pocas y muy dolorosas explicaciones. Cuando lo hizo, y sobre todo cuando me dijo que me había sido infiel con algunas compañeras de trabajo, mi autoestima se vino abajo como un castillo de naipes. A

pesar de lo doloroso no hubo dramas ni rencores. Me costó entender cómo ya no me quería, eso sí. Yo siempre era de las que pensaban que el amor no puede irse, así como así de un día a otro. Aún, hoy en día, le quiero. Después de años juntos y muchas vivencias, buenas y malas en conjunto, es imposible dejar de querer a una persona, incluso cuando otra la acompaña en su camino. Pero el dolor es inevitable y yo me recliné en una burbuja de lágrimas, autocompasión y tristeza. Si no hubiera sido por mi psicólogo, aún seguiría en ese pozo. Me lastimé especialmente pensando que por mi sobrepeso lo había alejado de mí, como si estar gorda hubiese sido el detonante para no gustarle más. Por favor, qué cantidad de gilipolleces podemos pensar de nosotras mismas en vez de amarnos con toda el alma.

Con mucha terapia, trabajo y esfuerzo volví a encontrarme, a tomar las riendas del caballo desbocado que me controlaba y que me hacía cometer errores absurdos como beber sin control en casa o hacer dietas imposibles en las que aguantaba máximo una semana. Maltrataba mi cuerpo porque a un tío no pudiera gustarle. Era patética, una cobarde. Entonces con el tiempo aprendí que la vida está hecha también para gente como nosotros que a veces intenta ser valiente y no le sale, pero no cede en su empeño de intentarlo a toda costa.

Un pitido me distrajo y alargué la mano hasta la mesita donde descansaba mi móvil sobre varios libros de esos pendientes que siempre tenemos y que jamás consigues que baje pues cada día salen historias maravillosas que no quieres perderte. Sonreí al ver que era de Enzo, el camarero antipático que había dado un giro tan bestial que empezaba a ser una persona bastante amable. Me deseó buenas noches y me preguntó si al día siguiente podría venir a casa a verme. Yo me sonrojé al imaginarlo en mi salón de nuevo, pero esta vez los dos sentados cara a cara hablando de *vete a saber qué*, pero mirándonos a los ojos como en aquel despacho del bar en el que trabajaba. Dudé en responderle inmediatamente, pero las ganas me pudieron y finalmente le contesté que estaría encantada de vernos. Pobre de mí, no sabía dónde me estaba metiendo...

SORPRESAS INESPERADAS

Muchas veces pensaba en qué consiste la atracción. Mi amiga Penélope me decía que era como un imán que te llevaba hasta esa persona que te gustaba y que por sus miradas te hacían sentir desnuda, vulnerable. Aquella noche en el despacho del bar donde Enzo me llevó en brazos pues no podía caminar, lo percibí. Suena a locura, pero pude sentir cómo me rozaba la piel con sus ojos sintiendo su calidez. Así me desperté ese nuevo día de baja en casa, pensando en el camarero dichoso.

Cuando me miré al espejo con mi pijama de Snoopy y el pelo revuelto no pude evitar sonreír. Una diosa, sin duda... Cogí el cepillo del tocador que tenía en mi habitación y comencé a desenredarlo peinándolo con cuidado porque desde pequeña odiaba los tirones al hacer eso. Mientras llevaba a cabo ese proceso pensé en que me gustaba cómo era físicamente. Tenía una sonrisa bonita y de hecho era de esas personas que sonreían sin darse cuenta. Unos ojos oscuros y una piel tostada gracias a esa melanina que me hacía parecer bronceada hasta en invierno. Mis amigos me decían que parecía una mujer andaluza por mi pelo moreno, los ojos grandes azabache y ese tono de piel. Si bien era cierto que mi madre nació en Andalucía y tenía raíces de aquella maravillosa tierra, mi padre era de Madrid capital. Estaba visto que había heredado el físico de la familia materna. En cuanto al sobrepeso me había costado muchos años en el instituto superar mis complejos e inseguridades. Por supuesto que habría gente que desearía ser más delgada, yo fui una de ellas, pero mis curvas hablaban de la persona que era. Después de mucho tiempo conseguí aceptarme, quererme y sobre todo respetarme. No obstante, era una espada de Damocles que se cernía sobre mi cabeza de vez en cuando volviendo a sentirme igual que esa adolescente.

Busqué en la agenda el número de mi fisioterapeuta que me conoce hace mil años y con la que tengo incluso un trato de amistad podría decirse. Solía padecer de muchas tensiones musculares y siempre que eso me pasaba ella me arreglaba en un par de días. Para mi sorpresa estaba de baja maternal. ¿Cuánto hacía que no iba a consulta? A veces me metía en el bucle de trabajo-casa y casa-oficina que me olvidaba hasta de mí misma. Me dieron cita para el lunes con la persona que la sustituía así que empezaría a ponerle solución al tema del esguince. Tras ducharme como pude volví al sofá donde sentía que hibernaría una larga temporada. Me puse una serie de terror que estaba viendo hacía varias semanas, pero como siempre estaba hasta arriba de trabajo nunca era capaz de terminarla. Ese día tampoco la acabaría pues mi madre se presentó en casa sin avisar.

—Mamá, de verdad que puedo ocuparme de mí misma.

—Pero ¿cómo voy a quedarme en casa sabiendo que estás aquí con un esguince? Ve a sentarte, anda. —Yo negué apoyándome en la muleta.

—¿Por qué traes bolsas? ¿Qué hay dentro? —La seguí hasta la cocina donde empezó a desplegar sobre la encimera túperes de plástico llenos hasta arriba.

—No podrás moverte mucho varios días si no son semanas, así que cómo no vas a querer volver a casa conmigo, por lo menos te traigo comida para que solo tengas que calentarla y *voilà*.

Podría haberme insistido en explicarle a mi madre que no era una niña, sino una mujer hecha y derecha con casa propia con papel pintado que me encantaba, con vehículo propio y un trabajo

definitivo y estable.

—Mañana voy a mi fisio habitual, mamá. No te preocupes, que dentro de poco estaré bien. — Nos sentamos en el sofá del salón y hasta que no tuve el pie en alto bajo un cojín bien mullido no paró tranquila.

—¿Quieres que te limpie un poco la casa?

—No hace falta. Sabes que yo no tengo mucho tiempo, pero Clara viene una vez a la semana a plancharme ropa y a encargarse de la limpieza. Mañana viene —conseguí convencerla y me puso al día de su día a día.

—Ayer me encontré a Javi por la calle.

—¿En serio? —Me sorprendí mucho ya que él no vivía cerca de la casa de mi madre.

—No lo esperaba, pero iba a subirme a un autobús y él iba justo delante en su coche, así que me subí con él.

—¿Que hiciste qué? —estallé con un chillido.

—¿Te molesta? Cariño, me vio y me saludó. Me hizo señas para subirme al coche y me pareció descortés no hacerlo, sobre todo si de verdad habéis quedado como amigos como tú me dices...

—No le contarías nada de mí, ¿verdad? —Mi madre dio la callada por respuesta por lo que insistí—: ¿Verdad?

—¿Y de qué querías que hablásemos? Él me contó que estaba muy contento en su nuevo trabajo, que sus padres estaban bien y quiso saber cómo estabas tú.

—Mientras se quedara solo ahí, mejor. No lo quiero merodeando. Seguro que está en brazos de alguna y no se acuerda de mí en absoluto. —Mi madre me miró con pena—. Pero tampoco quiero que lo haga, eh.

—Bueno, hija, quizá no te mataría escribirle un mensaje dándole las gracias por llevar a tu madre en coche al baile y así charláis un poco. —Entorné los ojos observándola.

Cuando agarraba un trozo de la blusa y lo alisaba quería decir que algo ocultaba. Ya la conocía muy bien.

—Tú quieres que volvamos, ¿no es así? ¿Le dijiste si salgo con alguien? —Ella se encogió de hombros y yo negué con la cabeza. Me levanté ayudada de la muleta bastante molesta.

—Silvia, deja de ir andando por ahí que te puedes caer y va a ser peor el remedio que la enfermedad. Yo solo le dije que aún no has conocido a nadie que me hayas presentado.

—Mamá, no quiero elevar el tono de voz ni enfadarme, pero es que parece que no recuerdas quién es ese chico con el que te subiste al coche tan alegremente. ¡Me dejó, mamá! Me dijo que ya no me quería y que me había sido infiel. No sé qué narices te pasa por la cabeza. Tienes que estar de mi lado, tu hija soy yo. —Se levantó con cara molesta y se colgó el bolso al hombro.

—Estás muy sensible, hija. No te preocupes, que no te lo tendré en cuenta. Me voy —dijo mirando su reloj—, que he quedado con Teresa para irnos al bingo y a comer.

Resoplé y volví a sentarme en el sofá muy ofendida. Después de todo lo que me había hecho mi propia madre estaba del lado de mi ex. ¡Tremendo! Sonó el timbre de la puerta de nuevo y me fui con ayuda de la muleta hasta allí con la que ya iba haciendo buenas migas.

—Hija, no te enfades conmigo, pero Javi es un buen chico. Dale la oportunidad de ser tu amigo. —Mi madre regresó a soltarme aquello para irse tras darme un beso en la mejilla.

—Increíble... —musité. A los cinco minutos volvió a sonar la puerta—. ¿Y ahora qué vas a decirme del santo de Javi?

—¿Hablas de mí?

Me quedé petrificada al verlo en el marco de mi puerta. Hacía mucho tiempo que no lo veía y yo no estaba todo lo presentable que debes estar cuando un ex aparece en el umbral de tu casa. Quiero decir que si te vas a encontrar con él tienes que estar como una diosa y no con un *look* mendigo como el mío. Además, estaba demasiado guapo, más de lo que debería.

—¿Javi?

—El mismo, ¿puedo pasar? —Tragué saliva y asentí con la cabeza casi sin ser consciente de ello.

Al cerrar la puerta me miré en el espejo de la entrada teniendo un microinfarto en ese instante. Con el pelo en un moño desordenado, unos pantalones de deporte negros y una sudadera azul con lunares negros no era el *look* que esperaba lucir el día que me encontrase con mi ex.

—¿Qué haces aquí? —Ni siquiera me había percatado que traía margaritas, mis flores preferidas y que las había dejado sobre la mesa de cristal redonda junto a la terraza.

—Me encontré a tu madre y me dijo lo del esguince, así que pensé pasarme por aquí a verte.

—Javier, no es necesario que seamos amigos. Ya lo hablamos. Cuando vuelvas a ver a mi madre dile que mantenemos una relación cordial, estupenda y listo. No tiene por qué saber la verdad y yo, sinceramente, no tengo muchas ganas de hablar ahora...

De pronto se rompió el incómodo silencio por una canción y es que mi vecino de arriba era un amante de la música y me ambientaba la casa con canciones de todo tipo los fines de semana. Puso una canción de esas que él y yo habíamos bailado en infinidad de ocasiones mirándonos a los ojos y abrazándonos. Era un mal momento para oírla. Javi me miró sabiendo que ambos estábamos pensando en eso.

—Solo pretendía ser amable. Ponlas en agua pronto —me dijo mirando hacia las flores que descansaban sobre la mesa de cristal.

—Gracias por venir, pero no hacía falta. —Me mantuve dura pues en ese momento de mi vida no me interesaba tener a mi ex a mi lado, ¡ni por asomo!

—Vaya, ya no tengo que llamar. —Al abrir la puerta me topé con Enzo que desvió la mirada de mí a Javi. Dios, ¿por qué tenía que ser todo en el mismo día?

—¿Enzo?

Javi me agarró por la cintura y me dio un beso en la mejilla para mi sorpresa y desagrado. Me sonrió y me susurró en el oído: «no dudes que volveré».

CONFUSIÓN

—Buenas tardes —dijo al cruzarse con el camarero que se retiró del umbral para que mi expareja saliera de mi apartamento.

—Si te pillo en mal momento...

—No, por favor, pasa —articulé sonriendo algo abrumada por lo que acababa de suceder.

Enzo entró hacia el salón y yo le seguí apoyándome en la muleta no sin grandes dificultades. Mi mente aún estaba en los diez segundos anteriores tratando de procesar lo que había pasado en el *hall* del apartamento.

—¿Seguro que no te pillo en mal momento, Silvia?

—¿Eh? No, para nada. Enseguida vuelvo, ponte cómodo.

En cuanto entré en mi cuarto cerré la puerta y me fui todo lo rápida que pude hasta el armario a buscar algo decente que ponerme y me maquillé de forma natural tapando las ojeras que tenía. Quince minutos más tarde salí de allí mucho más arreglada que lo hice al entrar y llegué al salón. Enzo estaba de pie deambulando por la estancia mirando aquí y allí. Carraspeé para hacerle ver que estaba de vuelta y sonreí cuando se dio la vuelta y me miró.

—No era necesario que te pusieras tan guapa, yo tampoco vengo elegante. —Me reí por la mueca que hizo y anduve hasta el sofá donde me senté con su ayuda. Sentí escalofríos de esos que te erizan la piel cuando me puso las manos encima para acomodarme.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, aunque desesperada por estar en casa. Estoy deseando recuperarme y poder volver a mi vida normal.

—Tómalo como unas vacaciones, aprovecha. Si te soy sincero, creo que tienes pinta de esas personas que vive para trabajar y no sale del curro hasta bien pasada la hora de salida, ¿me equivoco? —Me sonrojé al darme cuenta de que llevaba razón. Era una obsesa del trabajo y hacía mucho más de lo que debía por contrato. Era algo así como uno de mis defectos, de los que te dices en Nochevieja que el año que viene lo solventarás y tendrás por fin una vida fuera de la oficina, pero que nunca solucionas.

—No lo haces. Algún año lo conseguiré. —Él se humedeció los labios con una sonrisa llena de razón y asintió con la cabeza.

—Creo que no he venido en buen momento —comentó haciendo alusión al incómodo momento en el que se encontró con mi ex en la puerta del apartamento.

—Para nada. Javi ya se iba, de hecho, ni siquiera tenía que haber venido —solté sin filtrar antes de pensar.

—¿Y eso? No me digas, es de esas cosas complicadas.

—No, no es nada... ya.

—Ah, ya entiendo. Es un ex. —Yo cabeceé con lentitud—. Y a juzgar por tu cara no es uno de esos tipos a los que quieras volver a ver. —Entonces pensé que no entendía a qué se refería. ¿Quién en su sano juicio quiere tener contacto con una expareja? Quizá por ser yo demasiado intensa y tajante en cuanto a romper una relación y no mantener contacto con el susodicho lo era.

—Yo... bueno, soy complicada. Creo que así se resume todo.

—El amor es siempre complicado, imprevisible. A veces caes a los pies de una persona que

es igual a ti y sientes que la conoces desde siempre, como si compartieras una conexión especial. Y otras es tu polo opuesto. En ambos casos recorres un camino lleno de alegrías y desgracias, pero si las cosas salen mal, ¿deshacerse por completo del otro? No creo que sea uno de esos. — Me quedé patidifusa ante tal acto de honestidad conociéndonos de apenas unos días.

—Menudo discurso te acabas de marcar.

—Mis amigos dicen que soy muy *intensito*, sí. Bueno, no quiero molestarte, Silvia. Solamente quería hacerte compañía y ver cómo estabas. —Se levantó ante mi decepción. Hice ademán de levantarme, pero Enzo posó sus manos sobre mis hombros. Yo lo miré sin evitar fijarme en sus labios entreabiertos—. No te levantes, por favor. Sé dónde está la puerta. Mejórate, Silvia.

Y se fue. No pude levantarme a despedirme en la puerta y quizás asaltar sus labios que parecían muy apetecibles. A lo mejor me había vuelto loca y había visto señales donde no había nada. Enzo era una chico atractivo con pinta de *malote* que siempre gustan a las chicas. Suspiré, pues era muy propicia a inventarme historias en mi cabeza.

EL FISIOTERAPEUTA

Llegó el lunes y por fin pude ir al fisio para que me diera un *viaje* en el maldito pie que había provocado que en muchos años de trabajo estuviera de baja por primera vez. Me pedí un taxi para poder llegar pues si tenía que ir a pie no llegaría ni en cuatro horas. Andar con una muleta era de lo más engorroso que había vivido nunca. ¿Cómo podía la gente hacerse a caminar con eso? El taxista me ayudó a bajar y caminé cojeando, provocándome por cierto unas agujetas tremendas en la otra pierna. Llamé al timbre y me abrieron con rapidez. Al llegar me senté en uno de los sillones y cuando me puse a respirar tras el ahogamiento del esfuerzo realizado, un chico que no conocía de nada apareció.

—¿Silvia?

—Sí... —Era rubio con ojos azules y musculado pues la camisa de trabajo blanca era casi transparente.

—Pasa a la sala cuatro. Enseguida estoy contigo. —Llegó hasta el escritorio donde tenía el ordenador y de la sala que me nombró salió una chica delgada con una coleta a la que iba a cobrar tras la sesión de fisioterapia. Me puse en pie sudando y anduve con dignidad hasta la citada sala donde me senté en la camilla.

Respiré recobrando al fin el aire y me quité el calzado que llevaba en el pie sano mientras esperaba al nuevo fisioterapeuta. Echaría en falta a mi terapeuta habitual, pero al menos el chaval era guapo. Seguro que era un ligón como Enzo. Maldita sea, volvía a pensar en el camarero que de pronto había sido todo lo simpático que no me esperaba para dejarme caer que era mejor no vernos como si lleváramos meses saliendo. Seguía sin comprender nada.

—Hola, Silvia. Soy Raúl, encantado de conocerte. —Me tendió la mano tras echarse gel en las manos y yo respondí que estaba igual de encantada de conocerlo.

—Lo mismo digo. No te había visto nunca por aquí.

—Llevo apenas dos semanas. Cuéntame qué te sucede —tuvo el valor de decirme y yo miré a mi pie vendado que dejaba bastante claro lo que me sucedía.

—Pues, ya ves... un esguince, y me preguntaba si podíais hacer algo para que la recuperación fuera más rápida. —Él se quedó pensativo frunciendo los labios.

—¿Has traído alguna radiografía? —Negué con la cabeza y le expliqué la manera en que había ocurrido todo—. Bien, pues echemos un vistazo.

En cuanto posó sus manos sobre mi pie vi las estrellas, meteoritos y la galaxia al completo acompañado de chillidos. Me tapé la boca, pero no por ello el chico dejó de hacer su trabajo. Me trató durante media hora en completo silencio, me puso calor y me puso una tira de esas que ayudan al músculo y que son de colores.

—Pues esto ya está. Vete observando estos días y si sigues con molestias vuelves a llamarnos, aunque...

—¿Aunque? —le pregunté al ver que no seguía hablando.

—El esguince o cualquier tipo de lesión muscular que te puedas hacer puede deberse al sobrepeso que tienes. —Y se quedó tan tranquilo tras llamarme gorda.

—¿Disculpa?

—Es importante comer sano y hacer deporte para no tener ese sobrepeso tuyo, y no me refiero ya solo a que pueda afectarte a la hora de lesionarte, sino que no creo que consigas muchas citas con ese aspecto—me señaló con descaro mientras quitaba la sábana sobre la que me había sentado y la echó a un cesto poniendo una nueva en su lugar.

—Creo que te estás pasando, no sabes si mi sobrepeso se debe a algún problema de salud y aunque no lo fuera... ¿Cómo te atreves a hablarme así sin apenas conocerme? Qué falta de respeto tan grande.

—En ningún momento te he faltado al respeto, solo he hablado sobre una realidad. No hay más que verte y eso provoca lesiones. ¿Tienes pareja? Por otro lado, es importante que las mujeres os vistáis acorde a cómo sois y seáis atractivas para los hombres.

Tragándome las lágrimas salí de la sala y le dejé el dinero en el escritorio para irme todo lo rápido que el esguince me permitiera. Hacía tiempo que no me sentía tan humillada. Me senté en un banco con el nudo en la garganta mirando al suelo rojizo cubierto de hojas.

No sabía por qué la gente se sentía en la necesidad de decirte si estabas gorda o ciega, y cómo se atrevían a hablar así de ti incluso decirte que podías tener lesiones musculares por el sobrepeso o que si seguías así no tendrías pareja. ¡El colmo! Por un momento tuve una regresión a mi adolescencia donde cada palabra de la gente a tu alrededor, esos que crees amigos o compañeros que tienen algo que decir sobre ti consideras que es la verdad. Volví a tener miedo, ese que es tan libre y viaja sin mucho equipaje. Escuché de nuevo los insultos, la rabia escupida y el dolor quemándome el pecho, ardiendo las lágrimas en mi cara... Afortunadamente aquella etapa pude superarla y no creí más en todo aquello que me decían. Llevaba muchos años queriéndome lo que no quitaba para que de vez en cuando te atacaban así regresaras a aquel infierno y sintieras el dolor volver de nuevo. Suspiré y me dije aquella frase de Oscar Wilde que me repetía sin cesar desde el día en que decidí quererme y cuidarme. Esa misma que me tatué en el antebrazo. «Quererse a uno mismo es el principio de un romance para toda la vida».

EL DOLOR DE PENÉLOPE

Tras aquella terrible sesión de fisioterapia necesitaba hablar con alguien, desahogarme, por lo que convoqué a la Tribu en mi casa por la tarde. La Tribu éramos Lara, Penélope y yo, que cada vez que veíamos en el WhatsApp la palabra «bandera blanca» sabíamos que algo importante había sucedido y debíamos acudir sin excusa alguna a la cita. Llegaron a eso de las seis y no se fueron hasta pasada la madrugada. Eso son amigas. Penélope lo hizo con una botella de vino especial, una de las que tenía guardadas en su cocina en la zona de los «vinos especiales». Lara también hizo su parte y trajo mi tarta favorita, la de calabaza. Cuando las vi llegar no pude evitar emocionarme un poco y las abracé con lágrimas en los ojos y el nudo que no te dejaba hablar.

Las chicas se pusieron en funcionamiento cortando pedazos de tarta y sirviendo copas de vino. Ese día me dejé los medicamentos a un lado pues sin duda soportaría un poco de dolor físico a cambio de terapia de grupo.

—Desembucha, Silvia. ¿Qué coño ha pasado?

—Y no vayas a decirnos que nada porque estamos aquí poniéndonos finas a tarta regándolo con vino del bueno y esto son calorías a diestro y siniestro —apostilló Penélope.

—Hoy tenía sesión de fisio con mi terapeuta habitual, pero está de baja maternal, así que me ha atendido un chico nuevo. Raúl se llama.

—No suena mal. —La miré clavándole la mirada, molesta.

—Esperad que no ha empezado la traca. Tras tratarme y hacerme ver las estrellas, el desgraciado se ha atrevido a decirme que debo perder peso y no solo porque puedo tener lesiones musculares más fácilmente que una tía delgada, sino que estando así no tendré pareja.

—¿Perdona? —A Lara se le cayó la cuchara incluso.

—Exactamente me ha dicho que las mujeres debemos cuidar nuestro aspecto para ser atractivas a los tíos.

—Pero ¿cómo se puede ser tan cabrón? Joder, yo pensaba que nos ibas a anunciar que después de la sesión habías tenido el mejor sexo del mundo sobre esa camilla como en las pelis porno. —Penélope se levantó ofendida por los comentarios del subnormal del fisioterapeuta.

—Dime cómo se llama la clínica porque la voy a poner a caer de un burro en las redes. Se van a cagar.

Y a pesar de sentirme fatal por las frases mezquinas del tal Raúl una sensación agradable me recorrió estando sentada en aquella cocina con mis mejores amigas. Era afortunada por tenerlas en mi vida, eran ese ancla al que nos atamos durante nuestra vida y que tira de nosotras en las ocasiones en que nosotras nos sentimos hecha mierda por completo. Le di un trago a la copa de vino para deshacer el nudo de emociones que me apretaba la garganta.

—No quiero hablar más de ello. Mejor contadme qué tal vuestro día.

—Bueno, creo que alguien tiene información que compartir con nosotras. ¿No es así, Penélope? —Mi compañera de trabajo movía su copa de forma que el líquido de su interior se deslizase de un lado a otro mientras miraba con cara traviesa.

—¿Y eso?

—Poca cosa. El chico del finde que al parecer le di mi número y me ha estado enviando mensajes todo el día.

—¿En serio? Yo quiero verlo. —Me acerqué el móvil y Lara y yo no paramos de reírnos e incluso de sonrojarnos al leer algunos comentarios que le hacía a nuestra amiga.

—¡Chica! Dejas huella. —Pero yo conocía esa mueca en la cara de la fotógrafa. Sucedió algo que no nos estaba contando.

—No te gusta —me atreví a decir.

—Creo que no es el tipo de hombre que busco. —Se levantó y fue hasta la pila donde había una ventana. Retiró la cortina antes de seguir—. Ni siquiera sé si estoy preparada para tener una relación con alguien.

—¿Penélope? Han pasado dos años. —Soltó el visillo de flores que cubrían la ventana y se agarró a la encimera.

—¿Acaso eso es suficiente?

—Quizá debería serlo —dijo Lara tras apurar el vino.

—No sabéis nada del amor, chicas —comentó entre risas antes de girarse y darnos la cara.

—Pues explícanoslo entonces —le rogué yo como había hecho infinidad de veces tratando de que se desahogara y no lo encerrara todo tan dentro que era incapaz de encontrar la llave para abrirse.

—No es fácil de decir.

—Prueba, Penélope, hazlo —sonó a exigencia, pero sabía que lo necesitaba, aunque no saliese de ella, aunque estuviera muerta de miedo por hacerlo.

—Hoy mientras estaba en la galería de arte ha venido una chica con su pareja y llevaban una revista de Economía. Adivinad quién salía en su portada. —A ambas se nos abrió la boca cayéndose hasta el suelo.

—¿Y qué decía?

—Que van a aumentar la familia. Van a ser padres. —Me miró con tanta tristeza que no supe ni qué decir.

—Joder, estoy en estado de *stock* —soltó Lara sin filtro como muchas veces.

—Se dice *shock*, que ya te lo he repetido mil veces.

—Lo sé, pero a mí me gusta más decirlo así porque es más original. —Removí la cabeza porque nos habíamos salido del camino que debíamos atravesar en esa cocina.

—Padres, sabéis. Después de decirme hasta la saciedad que no la quería, que todo era un montaje y que seguían juntos por la empresa y bla, bla, bla. No lo entiendo. Si hasta hace nada ha estado enviándome mensajes y buscándome sin cesar para decirme lo que siente por mí. ¿Quiere volverme loca?

—Me acosté con él.

Se hizo un silencio que únicamente se rompió cuando se me cayó la cuchara al suelo.

—Eso es, la otra noche que de nuevo vino a buscarme subió a mi casa y me hizo el amor como si de verdad me amase. Os juro que nunca he sentido tanto amor en una cama. No era simplemente sexo, era amor con todas las letras.

Sin darse cuenta las lágrimas se escapaban de sus ojos.

—Penélope, yo...

—Mejor no digáis nada. —Se levantó de la silla saliendo de mi cocina, pero regresó a los segundos. Se quedó parada en el marco de la puerta con los ojos llenos de lágrimas.

—Ven, siéntate de nuevo —le pidió Lara.

—¿Vosotras sabéis lo que es querer a alguien tanto que cuando ya no está sientes que estás viviendo entre paréntesis? ¿Como si esa pausa precediera a finalmente poder estar juntos y

olvidar todo lo amargo de los años previos? Y entonces te das el batacazo al ver que todo lo que te ha dicho cae por su propio peso... se estaban abrazando y él... tenía la mano posada sobre su tripa —se derrumbó en cada frase pronunciada hasta que no pudo más y se cayó de rodillas al suelo. Mi compañera de trabajo saltó a abrazarla poniéndose a su lado y yo por mi maldito esguince no pude más que acercarme y acariciarle el pelo desde mi silla sentada.

Después del momento melodramático que vivimos en el suelo de baldosas blancas y amarillas de mi cocina regresamos al salón con una Penélope más serena, pero con todo el rímel corrido.

—Siento el espectáculo, vosotras sabéis que no me comporto de esta manera.

—No tienes que pedir perdón por echar afuera lo que lleva tiempo ahogándote —le dije yo ofreciéndole un pañuelo de papel.

—Si Bea o Raquel me vieran me mataban. Nunca les cayó bien.

—Con razón. —Miré a Lara regañándola con la mirada—. Filtrar, antes de hablar hay que filtrar —le dije casi en un susurro.

—Aún lo veo y me falta el aire y aunque me duela reconocerlo sigo sintiendo que ese vacío sigue intacto.

—No sé por qué sigue con ella si le fue infiel y te dijo que te quería a ti. Quizá sea cierto eso de que es por mantener la compostura si son de los británicos acérrimos anclados a sus tradiciones.

—Prefiero no pensarlo, Lara, porque entonces si de veras me quiere y sigue enamorado de mí está castigándonos a ambos de poder vivir algo bonito. No sé si podría perdonarle eso.

—¿Por qué tendrá que ser siempre todo tan complicado, joder? Tú con ese sufrimiento constante por un tío que no te merece, mi madre idolatrando a mi ex, mi ex que aparece cuando menos me lo espero en mi piso y el camarero enviándome a la mierda porque cree que lo de Javi sigue siendo algo complicado.

Bebí de la copa y al dejarla sobre la mesa las vi mirándome sorprendidas.

—Ah, que no os he contado nada. Pues veréis...

LA CITA

A mis amigas no conseguí echarlas de casa hasta bien tarde. No volvimos a hablar del impresentable por el que Penélope había perdido la cabeza, aunque soltar afuera lo que le apretaba el corazón la ayudó. Cuando les conté que Javi se había presentado en mi casa por sorpresa y cómo Enzo había reaccionado se quedaron tan asombradas como yo. También les dije que quizá mi cabeza había volado en relación con el camarero y nunca había habido nada concreto, aunque me daba pena perderme a un hombre como ese. Tenía un halo de misterio que me hubiera encantado desentrañar.

No pensé mucho en eso cuando recibí un mensaje en mi teléfono. Era Eduard que siempre estaba acechando y aparecía cuando menos me lo esperaba. Le conté lo de mi esguince y se ofreció a cuidarme enseguida. No supe bien el motivo, pero acepté quedar a cenar con él en mi casa esa noche. El masaje del fisio, a pesar de ser un ser despreciable, empezaba a hacer sus efectos y me iba recuperando. Mauricio me pasó varios correos electrónicos a pesar de no querer molestarme, pero fui yo la que le insistí en que me los enviara pues él con las tecnologías no era muy bueno y había temas muy importantes que tratar. Gracias a eso me entretuve en buena parte del día hasta que llegó el momento de arreglarme para la cita con Eduard. No pretendía darle esperanzas, pero después de lo de Javi y Enzo sentía que me merecía un poco disfrutar y no nos engañemos, ¿a quién no le gusta sentirse deseada y admirada? Abrí el armario y elegí con minuciosidad lo que me iba a poner. Fui descartando varios vestidos hasta que di con el que luciría ese día en casa. Me maquillé un poco y me dejé el pelo suelto cayendo sobre los hombros.

A las nueve en punto llamó Eduard al timbre y en cinco minutos lo tenía en la puerta de casa con un ramo de rosas blancas. Según el lenguaje de las flores ese color significaba pureza e inocencia, por lo que me sonreí al verlas en su mano.

—Hola, Eduard.

—Hola, Silvia. Aquí tienes un pequeño detalle. —Me dio las flores y yo las olí cerrando los ojos un momento. Siempre me había gustado el olor a flores en casa, pero por desgracia se me morían todas en cuestión de días.

—Adelante. —Entró en mi apartamento sujetándome las rosas para poder yo caminar con las muletas. Las dejó en la mesa de centro del salón y nos sentamos en el sofá. Él sirvió un par de copas de vino blanco que llevé yo unos minutos antes de su llegada.

—Brindemos por esta noche, ¿te parece? —Choqué mi copa con la suya asintiendo y me paré a observarlo. Llevaba una camisa azul claro con unos pantalones color marino con unos zapatos oscuros.

—Espero que te estés recuperando bien.

—Por suerte lo hago. Fui ayer al fisio y a pesar de que aún me duele noto que voy mejorando.

—Me alegro mucho. Será mejor que pongamos esas flores en agua no vayan a estropearse. —Se levantó y se llevó las flores a la cocina tras decirle yo dónde podía coger un jarrón para ponerlas en agua.

—¿Qué tal por el club de lectura?

—Bien, como siempre, aunque sin ti no es lo mismo.

Me reí y él sonrió poniendo una cara de felicidad absoluta. Joder, ese chico estaba totalmente

colado por mí y yo simplemente había quedado con él por superar lo de Enzo y olvidarme del pesado de mi ex. Era la peor persona del mundo. Intenté quitarme ese funesto pensamiento y disfrutar.

—He pedido comida a domicilio porque ponerme a cocinar estando así no lo veo.

—Me parece perfecto. —Justo en ese instante llamaron al timbre y supimos que era nuestra cena. Me encantaba la comida italiana, así que pedí a uno de los restaurantes de mi calle deliciosa pasta que hacían y debían hacerlo genial porque el local siempre estaba lleno.

Cenamos charlando sobre el club, su trabajo, el mío, nuestras familias y poco a poco fuimos conociendo más del otro. Hasta ese día no había reparado en el color de sus ojos oculto tras las gafas con aire de intelectual que siempre llevaba. Esa noche pude fijarme mejor y no supe acertar si fue por el vino o por tratar de disfrutar que me pareció bastante sexi. Nos sentamos en el sofá con una copa para acabar la cena y Eduard se atrevió a buscar música en el armario de la esquina donde tenía los vinilos.

—Siempre me han gustado los tocadiscos. La única pega que te pongo esta noche es no poder bailar contigo. —Se sentó a mi lado y quizá fuera por la cantidad de alcohol ingerido, pero sentía deseos de arrancarle la ropa y devorarlo sin detenerme.

—Bueno, quizás podamos hacer otras cosas —me insinué no con mucha fortuna pues no paraba de hablar. Opté por ponerle la mano en la pierna y nada. Parecía que se ponía nervioso y chapurreaba sin control.

—Eduard, ¿yo a ti te gusto? —Se quedó blanco.

—Cla... claro.

—Entonces, ¿puedes explicarme después de todas las señales que te estoy enviando por qué no estamos en mi cama follando como animales?

—Qué directa...

—Si necesitas un mapa yo te puedo ir dirigiendo, pero estoy bastante cachonda y me gustaría terminar la noche en mi cama. ¿Qué te parece? —Tragó saliva y los ojos se le llenaron de ese oscuro deseo cuando ves el momento de materializarlo.

—Joder, sí... —respondió cuando le lamí el cuello desabrochándole la camisa.

Fuimos hasta mi habitación con cuidado por mi pie y nos lanzamos a la cama donde nos desnudamos con rapidez. Eduard sabía lo que hacía una vez declarado abiertamente mis intenciones se tiraron a la piscina y supo nadar como el mejor. Fue un sexo bastante placentero. Hacía casi un año que no tenía a nadie entre mis piernas y con él fue volver a meterme de lleno en ese mundo excitante y vibrante. Yo me quedé dormida y afortunadamente al despertarme al día siguiente ya no estaba. No habría soportado tener que disimular haciéndole el desayuno o haciéndonos arrumacos cuando lo único que habíamos hecho era disfrutar el uno del otro. Una noche de pasión. Nada más. Al llegar a la cocina me encontré una nota junto a las rosas. «Estoy deseando repetir». Me sonreí al leerla soñando con haber encontrado un follamigo porque... él lo tenía igual de claro, ¿o no?

UN REENCUENTRO MUY ESPERADO

Esa misma mañana me animé a salir a la calle a dar un paseo y comprar el pan. Podía apoyarme solamente en una muleta ya así iba muy contenta. Me paré en varios escaparates a ver ropa e hice una lista mental de cositas que caerían en mi armario en cuanto consiguiera andar sin la muleta. La panadería de mi barrio, esa a la que me encantaba ir, estaba cerrada por vacaciones. Qué fastidio. Recordé entonces que había otra de la misma franquicia en otro barrio y como no estaba cansada decidí ir a esa. La cola salía del local por lo que me puse en la fila y cuando me tocó no pude evitar enamorarme de una deliciosa tarta de queso que estaba deseando probar.

—¿Silvia? —yo conocía esa voz. Me giré de medio lado y lo vi.

—¿Enzo?

—No sabía que venías por este barrio.

—Mi panadería habitual ha cerrado así que me he venido a esta porque me encanta —dije con una sonrisa absurda y es que era tan terriblemente guapo que me salía solo.

—Siguiente... siguiente.

—Creo que es tu turno —dijo mirando a la dependienta y luego a mí.

—Oh, claro. Buenos días. Una barra de pan no muy tostada, por favor.

—Aquí tiene. Ochenta céntimos. —Fui a sacar el monedero del bolso mientras me apoyaba en la muleta no sin dificultad, cuando él se adelantó.

—Deme otra a mí y cóbremelo todo.

—No, Enzo, de veras que llevo dinero. —Me afané en buscar los céntimos, pero me iba a caer al no llevar bien el equilibrio en esa situación.

—¡Cuidado! —Si no me hubiese sujetado me habría caído al suelo. Otro señor que esperaba en la fila también me ayudó, y yo entre avergonzada y agradecida, salí de la panadería con Enzo a mis espaldas.

—Tengo el coche aquí cerca, te llevo a casa y así no tienes que ir caminando.

—Pero si tú no tienes coche.

—Mío no, pero de un buen amigo. Fíate de mí, venga.

Llevaba mi barra de pan en una mano mientras avanzaba hacia un vehículo gris a unos metros de nosotros. Yo le seguí ayudándome con la muleta. Me abrió la puerta del coche y entré con su ayuda. Volver a sentir el roce de sus dedos sobre mí no hizo más que evidenciar que aquel chico me alteraba.

A pesar de estar entrando en el mes de octubre las hojas apenas caían ese día y había una sensación de verano. Abrió las ventanillas del coche y a juzgar por la forma de conducir no se le veía muy cómodo con un volante entre las manos. En una de las curvas casi se cayó la barra de pan del salpicadero debido a un brutal giro. Yo me agarré al cinturón antes de echar mano a la barra. No mencionamos ese incidente y permanecemos en silencio hasta llegar a mi calle.

—Espera, que te ayudo a bajar.

Apenas me dio tiempo a reaccionar cuando ya me estaba abriendo la puerta y ofreciéndome la mano como el príncipe azul para bajarme del coche. El corazón repiqueteaba en mi pecho tan fuerte que me daba miedo que él lo oyera. Yo accedí a tomar su mano y pude salir gracias a su ayuda de una manera más decente. Me dio la muleta y me acompañó hasta el portal llevando él la

barra de pan. Caminamos en silencio mientras el sonido de los niños correteando y jugando alrededor de sus padres se cruzaba con nosotros. Yo deseaba que subiera a casa, pero tras nuestro último encuentro con el pesado de Javi por allí no estaba seguro de que quisiera aceptar.

—¿Me ayudas a subir a casa? —Claro que tampoco era tonta y sabía que podía utilizar la pena por mi situación.

—Claro que sí.

Me sujetó la puerta y yo anduve despacio para no caerme. Enzo me siguió ayudando, adelantándose a mis pasos para evitar alguna caída. Llegamos a la puerta e incluso tomó las llaves de mi mano para abrir él. Rozamos los dedos y me cosquilleó la nuca.

—¿Tienes comida? Puedo prepararte algo mientras estoy aquí. —Me dejó sentada en el sofá con el mando a distancia en la mano mientras a mí se me caía la baba con solo mirarle.

—No te preocupes, mi madre ya ha hecho su visita y me ha dejado comida para tres meses. ¿Quieres tomar algo? Sírvelo tú mismo.

Enzo se rio, pero no fue hasta la cocina, sino que se sentó a mi lado en el sofá *beige*. Cogió una de las mantas que descansaba sobre el respaldo de este y me tapó para no tener frío. A pesar de haber comenzado ya el otoño no hacía mucho frío, pero me pareció un gesto muy bonito que acepté encantada.

—Creo que ya va siendo hora de que me cuentes algo de ti porque de mí ya sabes bastante.

El camarero me miró extrañado porque no habíamos mantenido ninguna charla, simplemente era mi ángel de la guarda que me prestaba toda su ayuda en cuanto me veía.

—Sabes que tengo una amiga a la que le gusta beber, que soy patosa y me hago lesiones con facilidad, que tengo un ex al que no quiero ni ver y que vivo en un apartamento de un barrio de Madrid bastante mono.

—Tienes razón —contestó con la sonrisa en los labios.

Mi vecino de arriba volvió a poner música y al tener la puerta de la terraza abierta se oía todo. No me gustaba tenerla siempre abierta pero cuando no era todo invierno solía dejarla así para que hubiera corriente en la casa.

—Y además ahora sé que tienes un vecino melómano, por lo que se oye.

Lo que más le gustaba era poner baladas, pero aquel día le dio por poner algo más cañero para que todo el vecindario se enterase. Enzo entornó un poco la puerta de la terraza pues con tanto ruido no podíamos oírnos bien al hablar.

—Resumámoslo entonces. Tú tienes dos amigas, una de ellas es la que le gusta beber y que la atiendan al momento —asentí.

—Había olvidado la noche que nos conocimos.

Enzo se mordió el labio apoyándose en la palma de su mano sin dejar de mirarme.

—Vaya, es una lástima que lo hayas olvidado.

—Quiero decir que nuestro primer encuentro no fue muy agradable y que no tiene importancia —contesté inquieta por su forma de mirarme.

—Uhhh, esto se pone interesante. ¿Primer encuentro?

Empecé a soltar varias carcajadas no sé si por los nervios o porque me hizo gracia que sonara así. El camarero se acercó un poco más a mí moviéndose en el sofá, a muy poca distancia de mí. Se me escapó un suspiro al verlo moverse y él supo a la perfección lo que estaba sintiendo.

—Ya te dije que tuve un día de mierda en el curro. No me lo tengas en cuenta.

—Trato hecho.

—Sigamos resumiendo: eres patosa y te haces lesiones como ese esguince, pero por suerte

un camarero cañón te salvó de seguir haciendo el ridículo en el bar y te portó en sus fuertes brazos para llevarte a un lugar donde pudieras reponerte.

Me llevé la mano a la boca ocultando la risa por sus comentarios exagerados sobre sí mismo. Dios santo, aquel chico me hacía reír y eso era algo tan importante...

—Hablemos ahora del ex, porque según le vi marcharse no sé si el chico es muy consciente de que es un ex de verdad o quiere dejar de serlo, ¿quizá?

—No me digas eso, que me da algo entonces —cogí aire—, como tú mismo dijiste es algo complicado. En primer lugar, es un ex con todas las letras, por Dios, claro que lo es. El problema es que mi madre sigue encantada con él y al encontrárselo en la calle le dijo lo de mi esguince y vino a mi apartamento. ¿A qué? No sé muy bien contestarte a eso. Y en segundo y último lugar fue él quien me dejó, no debería tener deseos de volver conmigo. Por algo me dejaría, ¿no?

Y así fue como le conté todo lo relacionado con Javi sintiéndome de lo más confiada y segura en su presencia. ¿Qué estaba sucediendo?

—Lo capto, y para terminar de recapitular te doy la razón, tienes un apartamento precioso y eso que no lo he visto todo.

—¿Quieres verlo? —me atreví a preguntarle declarándome.

Enzo se sonrió con un halo travieso en los ojos que me alteró todavía más si es que eso podía suceder. Joder, me moría de ganas de lanzarme a su boca y descubrir a qué sabía.

—Quizá otro día. Me voy, que esta noche trabajo.

A pesar de su insistencia me levanté porque quise acompañarlo a la puerta. Me ayudó con la muleta y cuando estábamos en el umbral de la puerta tuve la sensación de que él tampoco quería marcharse.

—Al final no he descubierto nada nuevo sobre ti. Me llevas ventaja.

—Con más razón aún para volver y ver el resto de la casa.

Me guiñó un ojo y se fue desapareciendo por la escalera. Yo cerré la puerta apoyándome sobre ella sin dejar de suspirar. Enzo volvería y conocería pero que muy bien el apartamento y no solo eso.

EL ALTA

Volví a mi doctora de cabecera al día siguiente y me dio el alta. ¡Aleluya! Por fin podía volver a mi rutina. Aunque el sinvergüenza del fisioterapeuta me recordó momentos aciagos de tiempo atrás, me hizo bien físicamente y el esguince fue mejorando gracias a él. Mi doctora me pidió no ponerme tacones en al menos unos días para evitar que la lesión volviera. No me gustaba la idea porque debía entonces ponerme zapatos sin tacón para ir a la oficina, pero era algo que estaba obligada a hacer para recuperarme al cien por cien.

—Vaya, vaya. Dichosos los ojos.

La odiosa de Idoia me debió echar de menos porque en cuanto me vio no perdió la oportunidad de hacerme comentarios a mala leche.

—Hola, compañera. La verdad es una alegría estar de vuelta.

—¡Silvia! ¡Gracias al cielo!

Los gritos de Mauricio sí que me hicieron ilusión y me giré completamente feliz al verlo de nuevo. Tenía mala cara y eso me preocupó, pero ya aprovecharía nuestro trabajo en su despacho para preguntar qué estaba sucediendo. De su mano nos encaminamos a la oficina de mi jefe con la maldita de Idoia mirándonos con odio. Al llegar a su despacho fue gentil como siempre y me ayudó a sentarme. Cuando él se acomodó le oí suspirar profundamente.

—Es una verdadera alegría estar de nuevo por aquí, Mauricio.

—No creo que te alegres más que yo, querida.

Me sonrojé aguardando a que me dijera algo más y al no hacerlo me lancé a salir de dudas con mis preguntas.

—¿Va todo bien, Mauricio? Te noto cansado. ¿Nora y los niños bien?

—Gracias a Dios, sí. Lo que pasa es que tu ausencia la he sufrido mucho y a pesar de haberme ayudado en la distancia casi me da algo al hacerlo todo sin ti. Eres imprescindible en esta empresa. —Me agarró de las manos por encima del escritorio mientras a mí se me llenaban los ojos de orgullo.

Idoia entró en ese momento y nos separamos porque aquella mujer era capaz de que entre mi jefe y yo podía haber algo más. Le dio unos papeles y se fue mirándome de forma sospechosa. ¡Qué mujer más malvada!

—Silvia, si has vuelto a la oficina te necesito al cien por cien, pero si todavía crees que necesitas un poco de descanso puedes trabajar desde casa.

Aquella posibilidad no la contemplé antes y a pesar de no llevar tacones me dolía el pie, seguramente por estar andando de un lado a otro más que los últimos días. No quise parecer una vaga, pero le dije a Mauricio que me acogía a esa posibilidad. Por suerte tenía buena conexión en casa y una habitación que hacía de despacho desde donde podría estar trabajando, incluso conectándome a las reuniones telemáticas.

Recogí mis cosas no sin antes tener la mirada de Idoia fija en mí a cada movimiento.

—¡Silviiiiii! No sabía que te incorporabas hoy. Anda que avisas, so perraca.

—Por poco tiempo, Larita. Voy a teletrabajar. Mauricio me lo ha ofrecido y mi pie todavía necesita descanso. Me voy a llevar unas cuantas cosas antes de irme.

¿Acaso no tenía nada que hacer aquella mujer? No dejaba de deambular de un lado a otro,

cogía documentos que dejaba en otras mesas y volvía a su lugar, y todo penetrándome con la mirada. No lo aguanté más y me fui hasta ella.

—Idoia, ¿necesitas algo?

—¿Disculpa?

La falsedad de aquella tía era algo inconcebible. No me soportaba la mirada y seguía haciendo su trabajo sin siquiera dirigirme la palabra.

—Te he visto. Sé que me estás mirando así desde que entraste en el despacho de Mauricio y viste que me estaba cogiendo de las manos. No tengo la menor idea de lo que tu mente retorcida pueda estar imaginando, pero vete borrándolo ya.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

Resoplé, molesta.

—No sigamos con las apariencias. Tú no me aguantas desde que llegué al puesto de trabajo que llevas años ansiando. Y respecto a eso —le dije señalando la puerta del despacho de nuestro jefe —, es el trato de una persona encantadora a una secretaria a la que considera una hija. ¿Estamos?

Y totalmente diva me volví cojeando un poco a mi despacho donde seguí recogiendo todo lo que necesitaba a la vez que llamaba a un Cabify.

—¡Flipanteeeeeeee! La has dejado planchada. Eres la puta ama, Silvia.

Lara entró en mi oficina orgullosa de lo que había hecho mientras a mí no dejaba de latirme el corazón a mil por hora. No era una persona que gustara de los conflictos, pero cuando me tocaban mucho los ovarios saltaba y entonces era peor porque aguantaba tanto que cuando explotaba soltaba toda la mierda acumulada.

—Silvia, reacciona, que te llaman al móvil.

Estaba tan ensimismada en aquel pensamiento que no me percaté siquiera de su sonido. Al sacarlo del bolso y ver que se trataba de Eduard quise que la tierra me tragase. Por lo visto tenía ganas de algún encuentro a juzgar por los mensajes que me había enviado esa misma mañana. Mi compañera me quitó el teléfono una vez que dejó de sonar y leyó los mensajes picantes.

—¡Madre mía! Este quiere mambo, pero mambo.

—Dame eso, cotilla.

Sabía perfectamente lo que Eduard quería, pero yo ya no tenía tan claro que fuera lo que buscaba. El sexo con él fue bastante bueno, sobre todo después de una sequía como la mía. Lo que eché en falta en ese encuentro sexual fue el momento de después, cuando todo termina y respiras jadeando en la cama al lado del otro. Y eso con él no existió, ni siquiera me abrazó. Se dio la vuelta y se durmió. No es que yo hubiera deseado otra cosa, pero eso mismo me hizo ver que no fue nada recalcable en mi vida.

El Cabify llegó y me despedí de Mauricio, Lara y algunos compañeros que se alegraron realmente de verme. Quedé con mi compañera en vernos pronto y salí a la calle buscando dónde estaba aparcado el coche que me esperaba.

—Silvia...

—¿Eduard?

QUIÉN ENTIENDE A LOS HOMBRES

Estaba empezando a asustarme esa actitud de Eduard de venir a buscarme al trabajo algo así en plan psicópata. Vale que ignorara sus mensajes, pero si la persona a la que escribes o llamas no te responde, ¿con qué libertad te sientes para ir a acosarla a su puesto de trabajo?

—Hola, Silvia. Como no me has contestado estos días he decidido venir a ver cómo sigues.

El señor del Cabify me miraba a través del cristal del copiloto con cara de pocos amigos. Le saludé con la mano indicándole que esperase un instante.

—Tengo prisa y ahora no puedo quedarme a charlar. Ya te llamaré.

Me metí en el coche cuando de pronto me sentí empujada por alguien hacia el interior y el tío del Cabify se quedó pasmado. Eduard se había metido en el interior del vehículo sin que nadie le dijese nada. Si eso no es acoso ya me diréis cómo coño se llama.

—¿Qué se supone que haces?

—Te acompaño y así vamos hablando por el camino.

—Señorita, ¿va todo bien?

Y no era para menos aquella pregunta porque Eduard se estaba empezando a parecer a un psicópata. Le di la dirección de mi apartamento porque total, él ya había estado allí y conocía dónde vivía.

—Eduard, ahora mismo no puedo hablar de nada. Mira, he venido a la oficina porque me han dado el alta, pero me encuentro mal aún con el esguince y voy a teletrabajar desde casa. De hecho, en cuanto entre por la puerta voy a conectarme con la oficina para seguir con mi horario.

—Si quieres puedo prepararte la comida o limpiarte la casa, lo que necesites. Estoy a tu disposición 24/7. Me he cogido unos días de vacaciones que la empresa me debe y no tengo mucho que hacer. Además, me encantaría pasar el tiempo contigo.

Joder, aquello iba de mal en peor. Necesitaba cortar aquella relación homicida que me ponía los pelos de punta. No era mal chico, era cariñoso, atento y detallista, pero no era el tío que a mí me interesaba. Tampoco quería que Enzo lo viera por allí y se pensara que era otro ex o algo por el estilo.

—Eduard, te lo agradezco mucho pero ahora mismo estoy muy centrada en mi trabajo. Es mi prioridad absoluta y aunque lo del otro día estuvo bien no estoy interesada en tener nada contigo. Lo siento.

El conductor subió un poco la música no sé si para darnos intimidad y no seguir escuchando nuestra conversación o porque le gustaba aquel reggaetón del demonio que resonaba por todo el maldito coche a toda mecha.

—Ah... pensaba que había significado algo para ti también. A veces no sé expresarme bien con las palabras. Debería haber interpretado que no contestarme a los mensajes era por algo.

Dios, me empezó a dar mucha lástima, pero no es fácil cuando rechazas a alguien. La línea entre ser empática y una borde, si el otro es tan insistente, sobre todo, es muy muy delgada. No podía achantarme y debía continuar con mi rechazo, aunque el pobre estuviera a punto de echarse a llorar.

—Lamento mucho que te hicieras ilusiones, Eduard. Eres un gran hombre y seguro que encontrarás a alguien que te corresponda. Nosotros seguiremos viéndonos por el club de lectura,

manteniendo la amistad como hasta ahora.

El coche se detuvo y me di cuenta de que había llegado al apartamento. El chico que iba a mi lado cabizbajo salió del interior y cerró la puerta tras él. El automóvil se fue y nos quedamos sumidos en un incómodo silencio. Eduard me miraba como un corderito y yo no pude aguantarle más la mirada.

—Tengo que irme. Quedamos en eso, ¿vale?

Él asintió y antes de darme la vuelta me agarró de la mano.

—¿Puedo darte un beso de despedida?

Lo pensé un segundo, pero qué mal hacía en darle eso. Me acerqué a sus labios y los rozamos suavemente hasta que él se aferró a mí tratando de meterme la lengua. Me separé bruscamente bastante enfadada.

—¡Oye, no te pases!

—Lo siento, Silvia. No era mi intención... yo, me he dejado llevar.

Menudo morro le echaba. Le dije que no pasaba nada y me fui todo lo rápido que el pie me dejaba camino al portal para llegar a casa y ponerme a teletrabajar.

—Hogar, dulce hogar —musité al entrar por la puerta.

Fui directa a la habitación que hacía de despacho y me conecté para tener la reunión con Mauricio donde debíamos hablar del anuncio de maquillaje en el que estábamos trabajando desde hacía tiempo. Me centré en mi trabajo y la hora de la comida me calenté uno de los túper de mi madre. Comí en media hora y regresé al trabajo pues a pesar de haber faltado pocos días se me había acumulado el trabajo.

Por la tarde hablé con mi madre un rato por teléfono y me mensajé con Lara y Penélope un poco más hasta la hora de la cena. Miré el reloj de la cocina y tras dejar los platos en el lavavajillas me dije que era hora de hacerle una visita al camarero buenorro. Me puse un vestido largo con unas deportivas, aunque si por mí fuera me habría calzado unos buenos tacones. Me cogí un taxi y en poco rato llegué al bar donde conocí al chico antipático que tuvo un mal día. Al entrar me di cuenta de que al ser comienzo de semana aquello estaba bastante muerto. Me fui directa a la barra, pero no conseguí ver a Enzo por ningún sitio. Una camarera muy joven y agradable me sirvió un refresco ya que al seguir tomándome los calmantes no quería tomar alcohol. El tiempo pasaba y por más que miraba no lo veía. Al pagar me armé de valor y le pregunté a la misma camarera.

—Perdona, ¿hoy no trabaja Enzo?

—No, hoy no, aunque si esperas un poco le verás porque viene a tocar.

—¿A tocar?

La chica seguía limpiando vasos a la velocidad de la luz mientras me contestaba.

—Sí, los lunes tenemos música a partir de las doce y a veces toca la guitarra con unos colegas.

Me giré y vi lo que parecía un pequeño escenario en un lado de la sala. Ni me había percatado de aquello y me pareció aún más sexi que tocarse la guitarra. Dios, incluso sin estar presente era capaz de mojarme pensando en esa estampa de él acariciando las cuerdas de una guitarra.

Opté por esperar, aunque tuviera que trabajar al día siguiente, no me perdería esa imagen de Enzo. A las doce menos cuarto le vi aparecer por la puerta del bar charlando con un par de chicos que iban detrás de él. Llevaba una guitarra en su hombro que le pasó a otro tío que estaba detrás de la barra. Yo estaba ensimismada mirándolo y debió notárseme porque al verme vino hasta mí. Lo que me chocó fue que no me dirigió ni una media sonrisa, es más, parecía molesto.

—¿Qué haces aquí, Silvia?

—Hola a ti también, Enzo.

Se sentó en un taburete enfrente de mí con los brazos cruzados.

—¿No deberías estar en tu casa reposando ese pie?

Me miró los pies y me sentí algo tonta por ir en deportivas, era como que me hacía sentir menos sexi y yo quería ser lo más irresistible para aquel chico de mirada seria.

—Debería, pero también me apetecía verte y cuando tu compañera me ha comentado que tocas la guitarra aquí hoy he decidido quedarme a escucharte.

—Genial, espero que te guste.

Y con esa bordería se fue hacia los chicos con los que había llegado y que se estaban tomando cervezas. ¿Qué narices había pasado? La última vez que nos vimos fue encantador y hasta se insinuó. O yo me estaba volviendo loca o a aquel tío era más raro de lo que yo me creía. Aun así, me hice la digna y me pedí una copa porque estaba harta de beberme refrescos, aparte de estar molesta por esa actitud de mierda del camarero buenorro. A los pocos minutos comenzaron a tocar y la verdad sonaba bastante bien. La poca gente que había allí parecía que disfrutaban de su música y aplaudían y cantaban las canciones que cantaban. Hacían *covers* de canciones conocidas y al conocer la letra resultaba más animado. A la hora y poco hicieron un descanso y yo estaba ya muerta de sueño así que decidí que era el momento de despedirme y tratar de averiguar qué demonios le pasaba.

—Enzo, me marcho ya.

Tuve que llamar su atención mientras estaba rodeado de varias chicas que por cierto no dejaban de tontear con él. Me pellizcó por dentro sentándome muy mal pero no quería dar imagen de mujer celosa. Después de todo no éramos nada en absoluto.

—Te acompaño a la salida.

Me sorprendió ese gesto amable de golpe y más que me había puesto la mano en la espalda para guiarme hacia la puerta. Al salir nos alejamos un poco del bar mientras yo llamaba a un taxi.

—Ten cuidado al volver a casa. Que te vaya bien.

—¿Perdona? ¿Y ya está?

Se giró mirándome extrañado sin entender a juzgar por su cara. Volvió a acercarse a mí cruzado de brazos. Al parecer cada vez que se cruzaba de brazos estaba molesto por algo.

—¿Qué más quieres que te diga, Silvia? Mira, voy a ser todo lo sincero que pueda. No me gustan los juegos. Cuando alguien me gusta lo que quiero es que haya reciprocidad, pero entre tu ex y el otro ya he visto que por tu parte no hay el mismo interés.

—¿De qué hablas?

Resopló bajando la vista a la acera un segundo para volver a mirarme.

—Esta mañana he visto que llegabas a tu casa y un tipo te ha besado cerca del portal.

Por Dios, ¿por qué tenía tanta mala suerte? En serio, ¿qué le había hecho yo al universo para que me tratase tan mal? Negué con la cabeza y me acerqué a él que se mantenía con los brazos cruzados sin inmutarse.

—Ese tío del que hablas no es más que un amigo del que me estaba despidiendo. No quiero decir que me vaya besando con mis amigos ni muchos menos... y en cuanto a mi ex es eso, un ex. No estoy con nadie, Enzo.

—No quiero líos, Silvia. Podemos ser amigos y todos tan contentos, ¿vale?

Giró sobre sus talones y me dejó sola en la calle esperando al taxi y yo me quedé pensando lo difícil que era entender a los hombres.

EL CÓNCLAVE

A la mañana siguiente me levanté a la hora necesaria para poder ponerme a teletrabajar, aunque estaba devastada y no porque me caía de sueño, que también. Me sentía así porque me había empezado a hacer ilusiones con Enzo para que todo se fuera a la mierda por un beso en la puerta de mi casa con Eduard. Me hice un tanque de café que me fui bebiendo a lo largo de la mañana. Tuve que parar un rato para despejarme porque ni siquiera el café me ayudaba a trabajar. Salí a la terraza con la taza llena y una chaqueta puesta porque ese día hacía bastante frío. Veía desde allí a la gente pasar por la calle porque mi casa daba al exterior y eso animaba bastante. Estar escuchando el ruido de los coches, el transitar de los peatones... la vida.

El timbre del portero me sorprendió porque no esperaba a nadie. Era Penélope que no tenía un horario fijo de trabajo al ser *freelance* y podía presentarte en tu casa a cualquier hora. Para muestra un botón.

—¿Qué tal va ese pie? He traído tarta de calabaza.

Preparé más café y nos sentamos en la cocina que parecía ser nuestro confesionario porque allí nos desahogábamos siempre y nos confesábamos.

—Ya me han dado el alta y Mauricio me ha ofrecido teletrabajar que es lo que debería estar haciendo ahora mismo.

—Pero no estás trabajando porque...

Suspiré removiendo la cucharita dentro del café.

—Necesitaba un descanso. Anoche me acosté tarde y hoy no estoy muy católica.

Penélope se acercó a la mesa arrastrando la silla frotándose las manos.

—Cuéntamelo todo, perraca.

—Ojalá tuviera algo bueno que contarte. En resumen, fui al bar de Enzo y me recibió de malas formas diciéndome que no está interesado en que pase nada entre nosotros.

—¿Y por qué me das la versión resumida? Explícamelo todo con pelos y señales.

Con pocas ganas le conté todo lo sucedido con Eduard y con Enzo sin que me interrumpiera en ningún momento de mi versión de los hechos. Cuando algo le interesaba a mi amiga era capaz de callarse y ni siquiera respirar. Al acabar me bebí lo que quedaba de café y miré el reloj de la cocina. Mauricio no se había puesto en contacto conmigo por lo que podía permitirme el lujo de continuar un rato más con Penélope en mi cocina.

—Ese tío es gilipollas como poco. ¿Cómo se puede pasar de estar aquí en tu casa queriendo ver la habitación principal para echar el polvo de tu vida y de golpe te manda a la mierda?

—A ver, que no sé si su intención alguna vez fue esa, no te embales. Simplemente se ha dejado llevar por algo que vio y que no es capaz de comprender porque le debe faltar la conexión entre neuronas.

A la fotógrafa casi se le escapó el café por la nariz tras mis últimos comentarios, pero por suerte pudo frenar a tiempo. Estaba a la defensiva porque Enzo me gustaba de verdad y recibir su rechazo de una manera tan desagradable me hizo volver a sentirme insegura. ¿Y si en realidad se lo había pensado porque mis kilos de más le hicieron pensárselo? Odiaba cuando un tío me rechazaba porque a floraba en mí todas las inseguridades con las que me críe en mi adolescencia. Además, el fisioterapeuta fue tan imbécil que ayudó a que me sintiera así. Me apetecía solamente

comer chocolate y meterme en la cama, esconderme del mundo y no salir en meses de mi cueva.

—Silvia, ¿no estarás pensando en que Enzo te haya dicho eso por tu peso?

Joder, me conocía a la perfección. Yo negué con la cabeza, pero estaba claro que en mi fuero interno aquello rondaba. Hice más café y seguí comiendo tarta. Podría habérmela comido entera si no hubiera sido porque Penélope me retiró el plato.

—Te conozco mejor que tú incluso. Sé que eso que te he dicho ronda por tu mente y ya te lo puedes estar quitando de la cabeza, ¿estamos?

Asentí con el nudo en la garganta sintiéndome fatal pero no quería preocuparla. Sí que me conocía, sí. Me bebí otra taza de café sin muchas ganas de seguir conversando. Por muy poco que me gustara tenía que volver al trabajo así que le dije que ya era hora de regresar al curro. Envolvió la tarta en film transparente y se la llevó, aunque yo le eché en cara que me dejase sin tarta.

—En el plan en el que estás si te la dejo te la comes antes de que llegue al portal. Mañana tengo que viajar a Roma a hacer un trabajo, pero esta noche estoy aquí para ver cómo vas. No se te ocurra hincharte a dulces ni ponerte a ver pelis ñoñas de esas que te hunden la moral. La Tribu esta noche está aquí.

Y sin poder evitarlo me eché a llorar. No porque el idiota del camarero buenorro hubiera pasado de mí, sino porque vi una vez más el amor incondicional de la amistad en los ojos de Penélope. Me dio un abrazo y se fue. El trabajo siempre había sido algo muy importante para mí, por lo que me limpié las lágrimas y me recompuse para seguir teletrabajando un rato más. Llamé a Mauricio y le pedí estar ausente por la tarde a cambio de quedarme hasta un poco después de la hora de comer. Él como siempre me dijo que no había ningún inconveniente. Necesitaba esa tarde solo para mí. Dedicarme un rato a mimarme fue algo que mi psicóloga me enseñó y yo por desgracia llevaba una temporada que me había olvidado de hacerlo.

Aguanté hasta casi las cuatro de la tarde. Apagué el ordenador y me fui a tumbar a la cama. El fantasma del peso no se iba, me había cogido cariño. Cerré los ojos un poco y me desperté dos horas más tarde tras tener una pesadilla en la que Enzo se reía de mis michelines y me tiraba el refresco a la cara. Me eché a llorar sintiéndome una gorda que no merecía amor como me decían en el instituto. Dios, detestaba aquella maldita sensación. Me di una ducha y me puse a ver películas románticas donde el cuento de hadas se hace realidad. Me inflé a comer chocolate y lloré a mares sabiendo que ese final feliz no estaba hecho para mí. Lara y Penélope me enviaron un mensaje para avisarme de su llegada sobre las diez de la noche así que tuve tiempo de dejar de llorar y tener un aspecto digno.

—Ya me ha contado Penélope que piensas que el subnormal del camarero te ha mandado a freír espárragos por tu peso así que hemos traído *pizza* con extra de queso como a ti te gusta para hacer un cónclave.

—¿Un cónclave? —pregunté.

La fotografía llevaba el alcohol y no poco a juzgar por lo que sacaba de las bolsas del supermercado. Pusieron la *pizza* en la mesa de la cocina y Penélope dejó las botellas de vino sobre la encimera. ¡Cuatro botellas a falta de una!

—Espero que ese cónclave no suponga bebernos todo ese alcohol.

—No te preocupes, que no es todo para hoy.

Entre las dos buscaron los platos, las copas y el cortador para la *pizza* y organizaron todo mientras yo las miraba desde la silla de la cocina orgullosa de tener amigas como ellas a mi lado. Nos servimos la *pizza* y comenzamos a comer y a beber.

—¿Y qué es eso del cónclave?

—¿No has visto nunca lo que pasa cuando muere un papa? —preguntó Lara.

Estaban mezclando el tocino con la velocidad. No entendía nada de lo que decían, aunque ellas se lanzaban miradas cómplices sabiendo bien de qué hablaban. ¡Miedo me daban!

—Cuando fallece un papa todos los aspirantes a serlo se reúnen hasta que sale uno de allí —contestó la fotógrafa.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotras?

—Pues que no vamos a irnos de aquí hasta que levantes la moral y hagas propósito de mandar a la mierda a todos los tíos buenos del mundo.

En esa ocasión a Penélope sí que se le salió el vino por la nariz y la boca porque se reía de lo que Lara había dicho. Nos puso perdidas y le lanzamos los corchos de las botellas y las servilletas en señal de protesta.

—Oye, guapa, que tú te hayas decidido por el otro bando no quiere decir que tengamos que mandar a la mierda a todos los hombres. Una necesita de vez en cuando una buena polla que le haga olvidarse hasta del mundo.

—No puedes ser más ordinaria —me quejé limpiando el estropicio de escupir vino.

Lara mientras tanto no dejaba de servir vino en las copas haciendo caso omiso a lo que le había dicho Penélope.

—¿Y sabes qué es lo mejor del cónclave?

—Sorpréndeme —respondí a la ordinaria.

—Que acaba en el bar del camarero buenorro yendo lo más buena posible dándole una lección.

QUIEN RÍE ÚLTIMO, RÍE MEJOR

—Ni de coña. Ni de puta coña.

Salí de la cocina más asustada que otra cosa porque me sentía tan insignificante que me daba miedo encontrarme con Enzo de nuevo, sobre todo después de la pesadilla de la siesta. Lara y Penélope me siguieron hasta el salón sentándose una cada lado del sofá.

—Silvi, necesitas hacerlo. Tienes que volver y decirle a la cara todo lo que te has callado. Todo lo que se te ha quedado aquí. —Mi compañera de trabajo me tocaba el pecho.

—Tú sabes que yo no soy tan filosófica como ella, aunque lleva razón. El conflicto...

—Emocional —apostilló Lara.

Penélope y yo la miramos y ella respondió que era la forma correcta de decirlo.

—El conflicto emocional —recalcó la fotógrafa mirando a Lara que asintió con la cabeza—, lo tienes ahí metido y eso no es bueno, cariño. Tienes que ir despampanante al bar, menearte en su cara y decirle tres cosas. ¿Qué es eso de ir calentando al personal para luego decirte no sé qué gilipolleces?

—De verdad que os lo agradezco muchísimo, pero no tengo ninguna gana de verlo...

Tiraron de mí sin poder rechistar y entre las dos me lavaron la cara y me maquillaron para tratar de elegirme el atuendo. Me negué en rotundo cuando quisieron ponerme una minifalda y un top de hace tres siglos. Dios, tenía que hacer limpieza en ese armario, pero cuanto antes. Las eché de mi cuarto y opté por ponerme unos vaqueros y una camisa. Los tacones fue una idea que se me pasó por la mente, pero no iba a tirar por la borda el tener mejor el pie, así que cogí unas deportivas plateadas.

—Lista.

Se levantaron del sofá donde seguían bebiendo como cosacos y entre aplausos y gritos de júbilo cogimos un taxi al bajar a la calle. Salir entre semana era algo que odiaba, pero merecía la pena el estar al día siguiente con cara de resaca.

—Y recuerda, tiene que sufrir, tiene que desearte y saber al mismo tiempo que no puede poseerte.

—Vale, Penélope, sé lo que tengo que hacer. Tranquila.

Salimos del vehículo y vimos que la cosa tampoco estaba muy animada ese día. Para ser sincera, estaba muerto y es que esa noche no había actuación según nos dijo la camarera que conocí la vez anterior. Nos sentamos en una mesa cerca del escenario y entonces lo vi. A lo lejos y tras la barra con el trapo en el hombro, sería copas y limpiaba los vasos. ¿Pero desde cuándo me había vuelto una adolescente y babeaba por un camarero buenorro? Enzo también me vio e impasible se acercó hasta nuestra mesa.

—Buenas noches, señoritas. ¿En qué puedo servirles?

Penélope y Lara se pidieron un par de copas y se excusaron diciendo que iban al lavabo. Serán hijas de mala madre. Me debatía entre no querer quedarme a solas y tenerlo solo para mí. Aquel chico me provocaba sensaciones contradictorias.

—¿Y tú qué quieres?

—Siéntate.

Enzo me miró levantando una ceja con el pequeño bloc de notas en sus manos.

—Estoy trabajando y, por otro lado, no tengo nada que hablar contigo, Silvia. Creía que ayer lo había dejado claro.

—Por favor, será solamente unos segundos.

Me escrutó en silencio antes de obedecer y sentarse en la silla de Lara. Inspiré cogiendo fuerzas y me lancé a decirle lo que la noche anterior no tuve el valor de soltarle.

—¿Me puedes explicar a qué coño juegas? Primero eres un tipo que habla mal a los clientes del bar donde trabaja, después eres un ser encantador que incluso me cuida cuando me hago un esguince y apenas me conoce. Más tarde vienes a mi casa y te insinúas y cuando malinterpretas algo me mandas a la mierda.

Quiso hablar, pero le paré con la mano antes de continuar con mi discurso que fui ensayando en silencio durante el trayecto de casa al bar.

—Y sobre todo cuando te dan una explicación sobre eso que has malinterpretado, no te lo crees o te inventas que todo eso es para ti un impedimento cuando ambos sabemos lo que sucede aquí.

—¿Lo sabemos? Perfecto, ilumíname. ¿Qué es lo que sucede exactamente?

—Solo ha sido un jueguecito de camarero buenorro que cree que puede hacerle ilusiones a la chica gorda de turno. Ese es el problema: mis kilos. No te gusto, nunca lo he hecho y tú has jugado conmigo. Como recomendación te diría que en futuras ocasiones cuando vayas a herir los sentimientos de una chica rellenita te lo pienses dos veces porque no todas tienen la autoestima que yo he trabajado durante años.

Estaba serio y me escudriñaba sin soltar un solo suspiro.

—No te voy a negar que me ha dolido lo que has hecho, no me avergüenzo de reconocer que aún hay fantasmas que a veces viajan y se cuelan en mi mente torturándome. Hace años por esto mismo me habría parado una semana poniéndome morada a dulces y llorando sin parar más que al dormir.

Me levanté porque la pausa dramática así lo requería al igual que hacer una salida triunfal de la escena.

—Y por mi parte yo no quiero ser tu amiga. Tráeme esa copa como si nunca nos hubiéramos conocido y aquí paz y después gloria.

Temblándome todo me fui hasta el baño desde donde mis amigas se habían pasado toda la escena mirando. Al llegar hasta ellas entramos en el aseo y di un grito de emoción. Años atrás habría sido incapaz de semejante discurso, pero con mucha terapia y tiempo aprendí.

—No hemos podido oír la conversación, pero solamente con ver tu cara podemos descifrar que la cosa ha ido viento en popa.

—Ahora salimos, nos bebemos las copas y a casita —dijo Penélope.

A Lara eso no la convenció mucho pues en su cabeza la idea de salir una noche de fiesta significaba otra cosa.

—Querida, la idea de lo de hoy era darle en los morros al camarero buenorro y no ponernos ciegas a beber. A veces hay que hacer un esfuerzo por las amigas.

Mi compañera de trabajo puso morritos y la fotógrafa la sacó del aseo para ir a la mesa mientras yo me pintaba un poco los labios. Dios, qué bien me sentía. Le había dicho todo lo que me apetecía sin dejarme nada en el tintero y la salida fue triunfal. ¡Me sentía en la cima de la montaña! Guardé la barra de labios y fue a salir cuando Enzo entraba en el aseo. Caminé hacia atrás un par de pasos perpleja.

—Este es el baño de mujeres.

Con una sonrisa pícaro y sin decir nada me empujó hasta uno de los cubículos y cerró tras él. El bolso se me cayó al suelo y ni siquiera tuve interés en recogerlo. Enzo me aplastaba contra la pared de un lado y los latidos se me dispararon. Me tocó por la cintura antes de subir las manos a las mejillas, miró a mis labios para después mirarme a los ojos, de nuevo a los labios y se lanzó. Yo lo abrí más que receptiva, aunque la razón me preguntaba qué demonios estaba pasando. No nos andamos con tonterías y enredamos las lenguas gimiendo con auténtica desesperación. Cuando se separó de mi boca comenzó a respirar echándome el aliento en los labios.

—Espero que ahora te haya quedado claro que me importa una mierda lo que peses. Esto es lo que quise hacer en tu casa el otro día además de otras cosas. Que sea la última vez que dudas de que me gustas.

Me cogió la mano para llevarla a su entrepierna que de ser Penélope la habría probado en aquel pequeño baño e incluso se lo habría follado allí mismo. Ella era más desinhibida que yo y más valiente en todos los sentidos. El bulto que tenía en los pantalones me dejó claro junto al beso apasionado que le ponía y supe a través de nuestras lenguas enredadas que me deseaba.

—Yo...

Me soltó la mano y salió del cubículo. Oí cómo corría el agua por lo que imaginé que habría abierto el grifo. Abrí la puerta entornada y efectivamente estaba echándose agua en la cara y la nuca. Tendría que apagar el fuego que bullía en su interior al igual que el mío latía en las entrañas.

—Para ser una mujer hecha a sí misma no has sabido leer entre líneas.

Mientras se secaba las manos se dio la vuelta apoyado sobre la pila del lavabo sin dejar de observarme.

—Yo no te dije lo del otro día porque no quiera besarte y sobre todo follarte como si no hubiera un mañana por el que levantarse. Lo que no me gusta es que me engañen y al verte besando a aquel tío me cabreó mucho. No me gusta compartir a las mujeres que me gustan y tú me gustas mucho, Silvia. Creo que ya lo has comprobado.

Era incapaz de hablar, las palabras se me atoraban en la garganta y no me salían más que suspiros. Parecía una idiota. Por suerte no había nadie más en el baño y aquella conversación era privada.

—Yo... no...

—Tranquila, pequeña, ya habrá tiempo para que hablemos. Ahora sal a divertirte con tus amigas y tomaros esas copas que habéis querido venir a tomar solo para darme el discursito que me has soltado.

—Eso no...

Pero que no era capaz. Con lo bien que se me daba expresarme en mi puesto de trabajo y con Enzo no sentía la capacidad de poder hablar y en especial de pedirle que me follase allí como un loco. Se acercó a mí y me puso un dedo en los labios rozando el interior del labio de abajo al mover su dedo. Estuve tentada a chuparlo, pero en el último momento me aguanté.

—Esta noche cuando salga voy a ir a tu casa y no solo vas a enseñarme toda la casa, sino que vamos a utilizar el dormitorio para hacerte todas las cosas que llevo queriendo hacerte desde que me plantaste cara el día que nos conocimos.

Se acercó a mi rostro y tiró del labio inferior en un mordisco breve pero intenso que me erizó la piel. Meneé la cabeza y me eché agua en la nuca para no quitarme el maquillaje de la cara. Agarré el pomo de la puerta y antes de salir una risa se me escapó al fantasear con todas esas cosas que Enzo me había prometido.

LA CONFESIÓN

No les conté nada a las dos locas que me estaban esperando con las copas porque no habrían dejado de hacerme preguntas y más preguntas. Ya tendríamos tiempo de cotillear.

—Un poco más y os bebéis todo el bar. —En la mesa había ya más de cuatro copas vacías mientras la mía seguía intacta.

—Si tardas un poco más nos bebemos la tuya.

No me hicieron comentario alguno respecto al baño así que interpreté que no vieron a Enzo entrar. Mientras me bebía mi copa lo busqué con la mirada, pero él estaba demasiado ocupado sirviendo bebidas y hablando con la camarera del otro día. Un repunte de celos me atacó a pesar de que casi me folla en el aseo. De nuevo las inseguridades saludándome, queriendo buscar su sitio para quedarse.

—Y hablando de todo un poco, Pe, ¿qué hay de nuevo con el que no debe ser nombrado?

Lara solamente se sentía con fuerza para ser indiscreta cuando llevaba unas cuantas copas encima y llegados a ese punto ya tenía medio bar en su cuerpo. A Penélope le cambió el gesto y suspiró. Juraría que estaba a punto de echarse a llorar.

—Ayer me llamó mi amiga Bea que como sabéis vive inmensamente feliz con el buenorro de su marido escritor y se lo conté todo. No os podéis imaginar la bronca que me echó.

—Nos lo imaginamos —respondimos al unísono Lara y yo.

Seguramente ella que la conocía de más tiempo le habría dicho de todo menos bonita porque era lo que nosotras nos dedicábamos a hacer desde que nos contó toda la historia del maldito Henry.

—Ayer se me removiό todo, al hablar con Bea fue como que sentí que regresaba al pasado y que mi mundo de nuevo estaba patas arriba.

—Cariño, ¿cómo no nos dices nada? —Le cogí de la mano, apenada.

Solamente aquellas personas que han sufrido por amor alguna vez podrían entender a Penélope y más en su caso. Una mujer que va a hacer fotografías un día a un lugar donde se enamora al instante de un hombre que la obnubila para conocer al poco que estaba a punto de casarse.

—Ya os lo he contado mil veces, pero conocer a Henry fue complicado de definir. Nunca me había sentido así, tan rápido, tan profundo. Me sentí especial hasta que todo se fue al traste y eso que no hubo nada de sexo entre nosotros entonces.

Bebió de la copa con la mano temblorosa. Yo me sentí tentada a decirle que parase, que no era necesario hacer todo aquello, pero cuando me miró a los ojos vi que era una catarsis que necesitaba llevar a cabo. No conocíamos la historia al completo y eligió ese momento para hacerlo, así que Lara y yo la escuchamos con mucha atención.

—Luego cuando nos reencontramos en las bodegas donde tenía que hacer el reportaje ya hubo tema. Y fue como en las películas: montamos a caballo recorriendo el viñedo, vimos la puesta de sol y me confesó que se arrepentía de haberse casado porque descubrió lo que yo le dije: que su esposa le era infiel con su mejor amigo.

—¡No jodas! —gritó Lara llevándose la mano a la boca.

Recordar todo eso le estaba pasando factura porque tenía la mirada apagada y tragaba saliva

con frecuencia como si estuviera masticando algo difícil de digerir.

—Nos acostamos y creedme que fue una experiencia inolvidable. Quizá porque hasta entonces no me había enamorado. Qué jodido es cuando te enamoras de la persona equivocada...

—Brindo por eso —contesté yo chocando su copa y la de Lara.

La camarera se acercó a preguntarnos si necesitábamos algo más y le pedimos otra ronda. Que corriera el alcohol cuando te estás desahogando con las amigas siempre ayuda.

—Después me subí a un avión y rompí la nota que me dejó en la habitación antes de marcharse.

—¿Y qué ponía? —La fotografía miró a Lara antes de responderle.

—Era una frase del escritor Haruki Murakami: «lo que importa es decidir aceptar completamente a otra persona en tu corazón. Cuando lo haces, siempre es la primera y última vez». A veces intento recordar lo que me dijo Bea una vez, pero cuando el corazón se cruza por el camino soy débil como el otro día que estaba esperando en mi puerta.

—No es fácil cuando estás enamorada...

—«Nos merecemos un amor entero, aunque no sea redondo, pero no una mitad».

—Joder, tu amiga Bea es una poeta. —El comentario de Lara le iluminó la sonrisa.

Brindamos por esa frase permaneciendo en silencio unos minutos. No era la ocasión de hablar de Lara o mío, sino que le tocaba el turno a Penélope. Era su momento.

—Mi amiga Raquel nos dijo un día algo precioso que hoy siento que hacéis vosotras conmigo. «Ponéis tiritas a las heridas que me sangran de vez en cuando».

DESCUBRIENDO EL TANTRA

Nos subimos a un Cabify media hora más tarde algo perjudicadas por la cantidad de copas que nos habíamos bebido, pero tremendamente felices de haber compartido esa noche. Penélope nos confesó lo mucho que había amado a Henry a pesar de que su final de cuento no existiera. Lara nos dijo que diría al día siguiente que estaba enferma y no iría a trabajar. Menudo morro le echaba la chica. Cuando me dejaron en mi casa aproveché a darme una ducha que me despejase un poco la mente y me volví a ponerme la ropa que llevé en el bar. Esperé a Enzo en el sofá casi dormida hasta que sonó el timbre de la puerta cerca de la una y media de la mañana.

—Pensaba que ya no venías.

Se lanzó a besarme sin miramientos y yo me abracé a él encantada. Dios, aquel hombre sabía lo que se hacía con la lengua. Sin separarnos le fui llevando hasta el dormitorio.

—Mañana te enseño la casa —le dije haciendo mención a lo último que me comentó él antes de salir de mi apartamento. Se rio de una manera tan deliciosa que quise quitarle toda la ropa y empujarlo a la cama.

—Guau, menuda preparación.

Al entrar en la habitación le di al botón de reproducción de la radio que tenía en un estante que junto a las velas aromáticas que inundaban la estancia hacían de aquel lugar un sitio exclusivo para el placer. Enzo no se anduvo con tonterías y se desnudó sin timidez alguna, algo que a mí me costó un poco más. De nuevo hola, inseguridades de mierda. Él lo notó y sonriendo se acercó a mí quitándome la ropa.

—No dejes de mirarme, nunca lo hagas.

Mientras se deshacía de las prendas de ropa que cubrían mi cuerpo lo miraba sintiéndome deseada cada vez más. Nos tumbamos en la cama uno al lado del otro mirándonos. Enzo deslizó sus dedos hasta mis labios exteriores masajeándolos a la vez que rozaba sutilmente el clítoris. No lo hacía ni muy rápido ni muy despacio, nada de provocar el orgasmo rápido. Me acariciaba con calma dejándome disfrutar de cada roce, sin correr, en un ambiente que despertaba todos mis sentidos. Se mezclaba el olor de las velas, la música relajante, el tacto de sus manos y las sábanas rozando mi cuerpo. Todo eso sin dejar de mirarme. ¡Era explosivamente sexi!

Abrió un poco más mis piernas introduciendo uno de sus dedos. Estaba tan mojada que lo noté al instante. Encaminó otro dedo y fue moviendo ambos en círculos sin dejar de tocarme el clítoris. La sensación fue aumentando tanto que un orgasmo me arrasó recorriendo todo el cuerpo, dejándome temblando.

—Dios...

—No creo que sea para tanto, pero si quieres llamarme así, está bien —bromeó él provocándome una risotada.

Cuando por fin pude recomponerme me subí a horcajadas sobre él notando lo dura que tenía la erección. Me rocé contra su cuerpo besándolo, restregándole los pechos...

—Para ya, quiero correrme dentro de ti.

Se inclinó hacia delante quedándose casi sentado en la cama con las piernas un poco recogidas. Yo me puse encima encaminando la erección hacia mi interior sintiendo cada centímetro entrar en mi interior.

—Joder, Silvia, el condón.

Me levanté para que saliera rompiendo un poco la magia del momento, pero es que estábamos tan calientes que se nos había ido de la cabeza. Se arrastró a su pantalón y abrió un preservativo que se puso antes de volver a la misma posición.

—¿Por dónde íbamos, pequeña?

Me puso a mil y volví a encajarme en su erección. Cerré los ojos aumentando la sensación, me movía de adelante atrás alternando en círculos. Podía escuchar sus suspiros entre penetración y penetración, respirando hondo en cada embestida, disfrutando del roce de nuestros cuerpos, nuestras bocas... Me rozaba el clítoris con su pubis mientras seguía teniéndole dentro de mí. Era una sensación que nunca había experimentado y que hacía estremecerme sin remedio. Quizá porque todos los sentidos estaban implicados y las sensaciones se ampliaban.

—Dios...

—Sí, nena... joder.

Se mordía el labio tratando de retrasar su propio orgasmo y eso fue suficiente para que me corriera de nuevo como una loca. Sucumbí al placer del orgasmo que duró más de lo habitual. Noté su polla dentro de mí todavía más dura y lo miré mientras jadeaba. Era yo la única dueña y señora de su placer y disfruté muchísimo viendo cómo se corría dentro de mí.

—Ha sido el mejor sexo de mi vida —confesé ya recostada a su lado.

—El sexo tántrico es lo que tiene, pequeña.

Y sin darnos cuenta era eso, porque todo había sido tan significativo. Todos los sentidos habían colaborado ampliando nuestras sensaciones y la experiencia había sido demasiado brutal.

—Pues ten cuidado, podría acostumbrarme a esto.

Enzo me sonrió y me acogió en sus brazos tumbándome sobre su pecho. Era un lugar precioso donde estar. Deseé con todas mis fuerzas que aquello significara algo más que sexo, que fuera algo bonito de lo que disfrutar y sobre todo que no tuviera de una vez mi final de cuento precioso que me merecía.

EL RECUERDO QUE DUELE

—Buenos días, nena.

Abrí los ojos mientras deslizaba sus dedos por mi pierna. ¿Había sido una puta fantasía o de verdad me había acostado con Enzo? Me giré y le vi a mi lado. No fue un sueño, estaba allí. Me sentía pletórica, feliz, radiante, vomitando purpurina... os hacéis a la idea.

—Es bastante temprano pero como sé que tienes que currar quería despertarte y darte un beso de buenos días antes de volver a mi casa a dormir durante horas.

—Podríamos comer juntos.

Él me sonrió y entonces me di cuenta de que había estado trabajando hasta tarde y quería descansar.

—Perfecto, vendré sobre las tres y así puedo dormir un poquito más. Esta noche vuelvo a tener turno hasta el cierre y después de la movida que me has dado necesito recuperar fuerzas — me dijo comenzando a vestirse.

—¿La noche que te he dado? ¿Y tú qué? —Le tiré una almohada y él se sumó a la batalla de almohadones terminando en el suelo muertos de risa.

Me dio en el culo cuando me levanté y yo le saqué el dedo corazón burlándome de él. Me gustaba esa complicidad que teníamos los dos y me puse la bata de unicornios para hacerme un nuevo tanque de café. Oí pasos en el pasillo que evidenciaban que Enzo se marchaba ya. Entró y le ofrecí un poco de café que aceptó encantado.

—Uno me tomo, no vaya a ser que me mate de vuelta en la moto.

Le di un manotazo en el brazo con la cara sombría.

—No digas esas cosas ni en broma.

Se apoyó en la encimera de mi cocina con su taza de renos en la mano. Dios, me encantaba esa imagen de Enzo en mi cocina. Quedaba tan bien allí... se bebió el café con rapidez y me dio un beso largo y profundo antes de despedirse. Me sentí tentada de pedirle que me avisara que llegaba a casa, pero quizá era pasarse de la raya.

—Cuando llegue al apartamento te envío un mensaje, pequeña.

Volvió a besarme en el umbral de la puerta y tras coger su casco se fue por las escaleras a paso rápido. ¿Qué acababa de pasar? ¿Había tenido el mejor sexo de mi vida y habíamos quedado para comer en mi casa? Con un poco de suerte volveríamos a tener otro ratito de *folleto* y diversión. Me sonó el móvil y fui corriendo a ver si era Enzo.

Ya estoy sano y salvo en casa, pequeña.

Me lancé a la cama sofocando un grito sobre las sábanas antes de darme la vuelta. No podía dejar de sonreír, ni siquiera las molestias del pie eran algo que pudieran ocultar mi felicidad. Aun con todo eso era una persona responsable y en media hora tenía que estar delante del ordenador preparada para trabajar. La ducha que me di fue veloz y en cuanto comí una tostada me vestí para estar conectada con Mauricio.

Mi jefe me dijo que me veía mejor cara, ¡y quién no! Como diría Penélope, la cara de recién follada es la mejor del mundo. Volví a pedirle permiso para no trabajar por la tarde y lo aceptó de buena gana porque cubría las horas que no hacía currando a tope por la mañana sin descansar más que para ir al baño a hacer pis. Miré el reloj cuando dieron las tres y me di cuenta de que no

había hecho nada de comida. ¡Y Enzo venía a casa a comer! Abrí la aplicación del móvil de comida para pedir, pero no sabía qué le gustaba porque apenas nos conocíamos.

—Mierda.

Encima era puntual el cabrón. Fui hasta la puerta y me tiré a sus brazos sin pensar si podía cogerme o no. Ni siquiera se tambaleó, estaba fuerte. Entró conmigo en casa besándonos sin parar. Caímos en el sofá donde seguimos toqueteándonos y besándonos hasta que él me cogió de las manos separándonos. Parecía que era el único que usaba el cerebro.

—Sí que tenías ganas de verme, nena.

Sonaba a cliché y mucho, pero me ponía tanto que me llamara «nena» o «pequeña». Me reí buscando su cuello para olerlo y una sensación de calma me invadió al hacerlo. A Enzo le puso el vello de punta y sonrió.

—Tenía que compensarte porque me he pasado toda la mañana currando y se me ha olvidado hacer la comida.

—No hay problema, ponte las deportivas que te invito a comer.

Di un respingo tirando de la camiseta que me había puesto para trabajar. ¿En qué momento pensó aquel tío que ese atuendo era bueno para salir a la calle? Iba con el pantalón de pijama y las pantuflas de unicornio.

—Tendré que vestirme antes. Por si no te has dado cuenta este pantalón es de pijama y las zapatillas son para andar por casa.

—Me gustas tanto que ni siquiera me he fijado.

Me sacó una sonrisa que me hizo que le cogiera la cara con las manos y le besase en los labios poquito a poco hasta que le dio la risa a él y nos soltamos. Fui supermegahiperrápida y estuve bien vestida y lista en quince minutos. Enzo silbó al verme y yo le agarré de la mano para irnos a comer juntos.

—Este sitio me encanta, ¿has venido alguna vez?

Por la cara que me puso al ver el local al que a veces íbamos a comer no es que fuera mucho de su rollo. Cuando miré la carta se me ocurrió que quizá por los precios trabajando de camarero era un lugar al que no solía ir. Me sentí mal, pero ya nos habíamos sentado y no era momento de irnos. Enzo pidió algo barato y sencillo mientras que yo me moría de hambre y pedí mis dos platos favoritos con su postre.

En la mesa de al lado comenzaron a discutir una mujer con el hombre con el que estaba comiendo, llegando a ser incómodo. Finalmente, un camarero se acercó para rogarles que bajasen el tono o tendrían que marcharse del restaurante. Adivinad qué, terminaron por irse entre gritos uno al otro.

—Increíble la poca educación que tiene alguna gente. Yo me moriría de vergüenza y me mordería la lengua antes de dar el espectáculo.

—Todo depende. Por lo que hemos podido escuchar nosotros y todo el restaurante era un asunto de cuernos.

—Ni siquiera así y mira que sé de lo que hablo.

Se hizo el silencio porque al parecer no estábamos de acuerdo. No pude aguantar más la tensión y dejé el tenedor en el plato con un golpe.

—¿Qué?

—No he dicho nada.

—Es que no es necesario porque te he visto la cara cuando he dicho que sé de lo que hablo, Enzo.

—Silvia, el sexo es solo sexo. Las feromonas están ahí y es lógico que te atraiga otra persona físicamente que no sea tu pareja.

Un frente de nubarrones se cernía sobre nosotros.

—¿Esa es la excusa para serle infiel a la persona a la que dices que quieres? Lo siento, pero conmigo no va ese rollo.

—Escúchame, que no te estoy queriendo decir que lo justifique en absoluto. Solo digo que el sexo sin sentimientos existe y sentirse atraído por alguien que no sea tu pareja también.

Se me quitaron las ganas de comer y eso que el tiramisú me hacía ojitos desde que llegó a la mesa. De hecho, se me estaba revolviendo el estómago recordando al imbécil de Javi cuando me confesó que me había sido infiel.

—Si necesitas acostarte con una tía que no es tu novia es que tienes un problema. Entiendo que hay sexo sin sentimientos, simplemente porque te pone alguien y te lo tiras. El problema viene cuando tienes una relación estable, que no es abierta. ¡Vamos, lo que es poner los cuernos de toda la vida de Dios!

—Y llevas razón, eso es de ser despreciable. Lo que digo es...

—¡Déjalo, Enzo! No quiero seguir hablando de eso.

Pedí la cuenta sin importarme si había acabado de comer y pagué con la tarjeta de crédito sin mirar si él quería pagar. Me había cabreado porque me acordé de Javi y me dolió. No, rectifico, me dolieron los recuerdos. Cogí el bolso y la chaqueta de lana y nos encaminamos a la salida. Nos subimos a su moto y llegamos al apartamento en poco tiempo.

—No hace falta que subas, imagino que querrás descansar antes de volver a trabajar esta noche.

Me cogió de la mano y lo miré con los ojos brillantes. Joder, estaba a punto de echarme a llorar por mi ex. ¿Tendría Enzo razón y era algo complicado aún? Resoplé, pero no me separé de su contacto porque sentía que me calmaba. Se bajó de la moto sin soltarme de la mano y subimos a mi casa. Hicimos el camino en silencio e incluso nos quedamos sumidos en una calma que acabó siendo incómoda.

—Enzo, siento si he sido borde. Te aseguro que no era mi intención.

—No pasa nada, Silvia. Anda, ven. —Tiró de mi hombro y me tumbé sobre su pecho escapándoseme algunas lágrimas sin querer.

Me limpié las mejillas y volví a incorporarme para darle una explicación o pensaría que estaba como una cabra.

—Mi ex, ese hombre al que viste un día en mi casa me fue infiel. Dos veces. Me dejó él porque un día se levantó y sintió que ya no me quería, pero además tuvo el *detalle* de decirme que me había sido infiel con otras mujeres.

—Menudo cabrón de mierda. Yo no quería decir que eso que te hizo ese esté bien, para nada. Vamos, si me lo vuelvo a cruzar le inflo a hostias.

La carcajada que se me escapó resonó en todo el salón y entonces me di cuenta de que ya tenía superado lo de Javi, solo que a veces los recuerdos dolían. Las humillaciones, el sentirse inferior, el peso... no era de hierro y en ocasiones los fantasmas volvían para que no se me olvidara lo que viví y aprendiera de todo.

—No te preocupes, que ya no tengo relación con él. Dejé la empresa donde trabajaba con él gracias a una buena amiga que me ayudó a entrar donde trabajo actualmente. No podría soportar verle la cara de infiel a diario. Y menos mal que pude irme.

—¿Pero entonces ya no sientes nada por ese ex tuyo subnormal y ciego?

—Nada en absoluto, Enzo.

En el pasado habría reconocido que seguía enamorada de aquel idiota que me denigró como mujer siéndome infiel en dos ocasiones, pero con mucha terapia y el apoyo de amigos y familia salí adelante. A veces cuando alguien nos deja sentimos que nos morimos y que no vamos a poder continuar sin la persona, pero la perspectiva del tiempo nos dice que nadie se muere de amor. Todo se supera. Ojalá esa afirmación la hubiera sentido como cierta cuando todo se acabó con Enzo.

YO NO SOY CLASISTA

—Ya hemos perdido demasiado tiempo hablando del subnormal de mi ex. ¿Por qué no me cuentas algo sobre ti?

—¿Algo como qué, Silvia?

Pensé un segundo recorriendo por mi mente cosas que me interesaran sobre él aparte de las dotes que tenía en el sexo.

—Sonaba bastante bien el otro día en el bar. No sabía que tocabas allí.

—Bueno, eso es solo una afición que tengo con unos colegas. Una vez a la semana el jefe nos deja ese espacio y hacemos versiones de canciones que nos gustan.

—¿Llevas mucho trabajando en el bar?

El camarero buenorro sentado en mi sofá se giró para tenerme de frente y yo hice lo mismo. Me gustó que además me cogiera de una de las manos acariciándola con suavidad. Qué sensación tan agradable.

—Un par de años.

—¿Y a qué aspiras?

—¿Cómo que a qué aspiro? —Me miró interrogativo.

Entonces me percaté que a lo mejor Enzo era una de esas personas que trabaja en un bar echando mil horas y con eso es feliz. Con eso le basta, aunque para mí era algo insuficiente porque uno siempre suele aspirar a tener un sueldo y unas comodidades mejores, ¿no?

—Quiero decir que cuál es tu sueño en la vida.

—Ser feliz, Silvia. Nada más.

—Rectifico, ¿cuál es tu sueño respecto al trabajo o quieres quedarte de camarero siempre?

En cuanto solté las palabras me di cuenta de lo esnob que sonó mi frase al igual que él se dio cuenta y me soltó la mano cruzándose de brazos. En el lenguaje corporal eso significaba que estaba a la defensiva.

—¿Es algo malo ser camarero siempre?

—No... bueno, yo quería decir que a lo mejor... querías hacer algo más profesionalmente. Ya me entiendes...

—Lo que entiendo es que eres un poco clasista y, al parecer, ser un simple camarero no te parece suficiente.

Se puso de pie ofendido y yo temí que se fuera de casa.

—No soy clasista en absoluto, pero normalmente el mundo de la hostelería es muy agotador y por mucho que llegues a cobrar llegará un punto en el que estés cansado.

—Silvia, a mí me gusta ser camarero. No necesito vestirme de traje ni estar en una empresa de ocho a siete. Mi trabajo sirviendo copas y atendiendo a los clientes me satisface. Además, puedo tocar la guitarra con mis amigos cuando quiero sin que nadie me ponga impedimentos. Te aseguro que no necesito más para ser feliz.

Me puse yo también en pie y me acerqué para darle un abrazo a modo de disculpa. Afortunadamente él me acogió en sus brazos y nos fundimos un ratito en uno de esos abrazos lentos que te mecén, en los que cierras los ojos sin darte cuenta.

—Perdona, no era mi intención ofenderte.

—Lo sé, pequeña, perdóname tú a mí si he sonado muy antipático.

Nos volvimos a sentar con las manos entrelazadas mientras yo descansaba sobre su pecho.

—Mi horario es de siete hasta el cierre. Ha habido días que me he ido a las tres de la mañana a casa. Algunos días tengo que ir porque tenemos que limpiar o hacer pedidos. Descanso los martes y un fin de semana entero al mes. Mantengo limpia la barra y ayudo a que los borrachos no entorpezcan demasiado en el bar.

—No suena mal —dije queriendo elogiar su trabajo.

—Seguro que el tuyo es más esclavo que el mío.

Por un segundo reflexioné sobre lo que me acababa de decir y es que llevaba buena parte de razón. No es que no quisiera admitirlo, pero trabajar en una empresa líder en el mercado de la publicidad requería bastante sacrificio por parte de los trabajadores. Si además era la secretaria de uno de los jefazos, pues peor aún.

—Mi trabajo es más sacrificado, sin duda. Soy la secretaria de uno de los jefes de la empresa e incluso me encargo de sus recados personales, aunque eso lo hago porque yo quiero. Tenemos reuniones casi todos los días los dos y a veces yo también debo acudir a las reuniones con los clientes, aunque eso es las menos veces. Mauricio es muy independiente y prefiere gestionarlo todo él.

—¿Lo ves? La que vive esclavizada a su trabajo eres tú y no yo.

Me reí resignada porque en el fondo tenía razón. Por primera vez fui consciente de lo esclavo de mi puesto de trabajo, aunque me encantaba. Estaba acostumbrada desde que acabé la universidad a estar en trabajos de ese tipo. El vestir un poco más elegante en vez de en vaqueros por ejemplo o ir maquillada era uno de los requisitos de mi trabajo que otras amigas no tenían. Siempre me había gustado ir bien arreglada así que eso no fue nunca una traba a la hora de ir al curro, aunque había días que los tacones me mataban y querría no tener que ir subida a ellos.

Enzo me pilló desprevenida cuando me besó. Un beso de los de verdad en los que se te cierran los ojos y te dejas hasta la piel. Me colgué a su cuello disfrutándolo al máximo, un beso que me encendió sintiendo el deseo de subirme a horcajadas sobre él y cabalgarlo como nuestra primera vez en mi dormitorio. No hizo falta que le dijera nada, tan solo con la mirada cargada de deseo supo lo que quería y él también estaba muy caliente. Me tomó de la mano y sin dejar de tocarme me llevó de nuevo hasta la habitación donde nos dejamos la garganta gimiendo y el alma en darnos placer el uno al otro.

LA SUEGRA

Llegó la hora de la cena y después de haber hecho el amor en mi habitación un par de veces nos duchamos juntos. Con Javi no podíamos hacerlo porque él siempre me decía que la ducha estaba para asearte y salir, como mucho diez minutos y fuera. Yo siempre fantaseé con enjabonarle y que él hiciera lo mismo conmigo, besarnos, echarnos agua jugueteando... no sé, lo típico que hacen las parejas enamoradas. Y eso no me llegó hasta que conocí a Enzo. No me preocupaba que viera que no tenía el cuerpo normativo que la sociedad nos impone porque miraba mis curvas con tanto amor que me derretía cada vez que posaba sus ojos en mí.

Salí un poco antes de la ducha porque no había escrito a mi madre ese día y como ya imaginé tenía varias llamadas suyas en el teléfono. Cuando le respondí al último mensaje me dijo algo que no esperaba.

Ya no hace falta, ábreme la puerta.

Y justo en ese instante sonó el portero automático. Miré hacia la puerta del baño que dejé entornada y la cerré del todo sin hacer ruido. Envuelta en el albornoz de corazones rosas corrí hasta la puerta y efectivamente descubrí que mi madre había ido a verme. No es que fuera algo que me molestase, pero estando Enzo en mi ducha era algo poco apropiado.

—Vaya, estás viva por lo que veo.

Ni un beso ni un saludo, una bordería de las suyas antes de meterse en mi casa sin siquiera preguntar si podía. La acompañé al salón y empezó a hacerme un interrogatorio como los de la policía. Las madres eran expertas en hacer eso, ¿dónde lo aprenderían?

—Perdona, mamá, he tenido mucho lío después de ausentarme del trabajo unos días.

No dejaba de mirar al pasillo temiendo que Enzo saliera del dormitorio y es que mi madre seguía bastante enamorada de mi ex. No era el mejor momento para conocer al tío que me estaba tirando o al que estaba conociendo porque, a decir verdad, no sabía decir qué éramos.

—Solo a ti se te ocurre volver al trabajo como si fueras tan imprescindible o pudieran estar unos cuantos días más sin ti allí. Eso es esclavitud, hija.

—Pero ¿qué dices, mamá? Sabes que me encanta mi trabajo y no me podía estar quieta en casa. Por cierto, el pie lo llevo mucho mejor ya que preguntas —le dije con sorna acercándome a ella para darle un abrazo de los que la distraían de todo porque derretía su corazón.

Mi madre era una mujer fuerte e independiente que tuvo que sacar adelante a su hija cuando su marido falleció por una enfermedad repentina que llegó de golpe y en pocos meses asoló a una familia. Cuando era niña no recordaba haberla vista llorar o debilitarse. Lo hizo tan extremadamente bien que no permitió que la niña pequeña que estaba criando sola la viera de esa forma. Ya de adulta me dijo muchas veces que cuando se sentía decaer iba al cementerio y hablaba con su marido, lloraba todo lo que quería allí y al volver a casa no dejaba salir una sola lágrima. Por mí. Porque yo ya tenía bastante con estar lidiando por el hecho de haber perdido a un padre. Y eso es algo por lo que siempre la admiraré.

—¿Dónde estás, nena?

«Oh, mierda». Enzo llegó al salón sin ropa alguna en su cuerpo y cuando vio a mi madre instintivamente se tapó los genitales, aunque permaneció allí como una estatua.

—Joder... no sabía que tenías visita.

La vista de mi madre había viajado hasta el paquete del chico con el que me acostaba y tardó en subir la vista hasta la cara del camarero buenorro. Yo me puse roja muriéndome de la vergüenza, pero él salió bastante bien de la situación.

—Encantado, soy Enzo.

Se acercó a mi madre ofreciéndole una mano tapando como pudo el paquete que con una mano ocultaba más bien poco. Mi querida madre asintió con la cabeza, aún impactada por la imagen. Le dio la mano y se presentó también sin dejar de estar anonadada. No era para menos. Enzo se disculpó y con mucho orgullo volvió al dormitorio. Cuando se fue volvió a comenzar el interrogatorio.

—¿Quién es don paquete colgando? Estarás bien contenta, hija.

—¡Mamá, por Dios!

Me tapé la cara unos segundos saliendo a la terraza muerta de la vergüenza. Mi madre me siguió riéndose. Se sentó en una de las sillas que tenía alrededor de la mesa redonda de cristal mientras seguía descojonándose viva.

—Ay, hija, no sabía yo lo bien que te lo pasabas. Ahora entiendo por qué no contestas a tu madre teniendo otros asuntos entre manos.

—¡Mamá, por favor! Cállate, anda. ¿Qué te parece si quedamos mañana para comer y me acompañas al museo? Esta semana me la estoy tomando bastante tranquila en el trabajo y quiero pedirle a Mauricio que hasta estar recuperada del todo del esguince me permita no trabajar por la tarde.

Se levantó de la silla y asintió. Volvimos al salón y en la puerta nos despedimos hasta el día siguiente.

—¿Has hablado con Javi?

—¿De qué se supone que tengo que hablar con él?

—Pues de que tienes un nuevo ligue o lo que sea.

Resoplé y es que no sabía ya en qué maldito idioma podía decirle a mi madre que Javi era mi ex y que ya no había vuelta atrás con él.

—Mamá, Javi y yo hemos tomado caminos separados. No mantenemos nada de lo que hablar. Es historia pasada, acéptalo.

Se encogió de hombros y se fue, aunque no del todo convencida. Regresé a la habitación donde me esperaba según mi madre: «don paquete colgando». Me esperaba en la cama con el edredón por encima mirando hacia el techo. Al verme entrar nos empezamos a partir de la risa.

—Menuda forma de conocer a tu madre.

—No te preocupes, que le ha hecho gracia, además de casi darme la enhorabuena por el asunto que tengo entre manos.

Me lancé a la cama y aún sin parar de reírnos nos abrazamos recordando el momento delirante que habíamos vivido.

CONTARLO TODO

Me costó mucho separarme de Enzo, pero tenía que irse al trabajo. Yo aproveché para escribir a Mauricio y pedirle algunas tardes más libres justificándome que necesitaba descansar el tobillo, aunque sinceramente lo llevaba bastante mejor. Me acordé del gilipollas del fisioterapeuta y me reconocí a mí misma que debía acudir a alguno para que me diera un masaje. Busqué por Internet uno y llamé para pedir cita para el día siguiente por la tarde. Ojalá no tuviera que volver a pasar por una situación similar al ir al fisio.

Escribí a las chicas porque habían pasado cosas que me apetecía comentar con ellas. Ya me estaba imaginando el rapapolvo de Penélope cuando le contase todo. Menos mal que tenía botellas de vino en casa suficientes para aplacar su ira.

—La Tribu ya está aquí para solucionar lo que haga falta.

—Pues por la cara que tiene esta no sé yo si hay algo que arreglar o es que nos va a dar buenas noticias —apostilló Lara entrando detrás de la fotografía.

Las recibí con un beso a cada una y nos fuimos a la cocina que era el centro neurálgico de todas nuestras charlas, comidas, cenas y celebraciones. Abrimos el vino y desempaquetamos la cena que ellas trajeron.

—Bueno, ¿qué? ¿Cuándo nos vas a contar el motivo por el que has convocado este cónclave?

Lara se rio sin dejar de comer porque la comida era uno de sus placeres favoritos y yo me sonreí pensando en Enzo y en los increíbles maratones sexuales que vivimos. Aparte de lo cariñoso que era y lo mucho que me gustaba.

—¿Estáis preparadas? Pues agarraos porque allá voy. Veréis, todo comenzó...

Les conté con todo lujo de detalles desde el momento en que Enzo me pilló en el baño hasta esa misma tarde cuando se fue al trabajo. Las caras, Dios mío, las caras fueron auténticas. Hubiera pagado por grabarlas. Por supuesto la ira de Penélope cayó sobre mí, aunque no me arrepentía de haberlo mantenido en secreto.

—¡Serás zorra! ¿Cómo has sido capaz de no decirnos nada?

—¿O sea que cuando saliste del baño te habías estado magreando con él? ¡Pero qué perra! —Lara fue más suave.

Yo me sonreía de forma pícara aceptando las críticas, pero expulsaba pura purpurina por todos los poros de mi piel. Estaba pletórica, quizá por el frenesí sexual. Me daba igual. Estaba en una nube y me encantaba verlo todo desde lo alto.

—Entendedme, necesitaba ver qué estaba pasando y ya veis que ha sido una pasada. Ni siquiera sé cómo definirlo y de verdad no es que no deseara compartirlo con vosotras.

—No te preocupes, que lo comprendemos —dijo Lara tocándome la mano.

—A mí aún tienes que compensarme, así que terminad de cenar que nos vamos al bar del camarero buenorro.

Cogió su teléfono y empezó a marcar algo que no pudimos ver porque salió de la cocina para hacerlo. Aproveché para hablar con Lara sobre el trabajo en su ausencia.

—¿Y qué tal por la oficina?

—Ya sabes, sin novedad. Bueno, miento. Ayer se pasó por allí la mujer de Mauricio.

Me sorprendió que Endora se acercase a la oficina pues ella no era mujer de estar frecuentando el trabajo de su marido. Es más, alguna vez que tuvo que ir apenas permaneció cinco minutos en el despacho de mi jefe. Ella era una mujer acostumbrada a darse masajes a diario, de irse de compras, recibir a sus amigas en casa... no es que no atendiera a los niños, pero tenían personal de servicio que se encargaba de ellos. Acudía a las reuniones de los colegios, iba a los partidos del mayor, se preocupaba de sus notas, etc.

—Hace tiempo que Mauricio no me comenta nada sobre ella y los niños. ¿Va todo bien?

—Imagino que sí, pero ni siquiera la vi buscar a su marido. Fue algo extraño porque la vi conversar con Idoia.

—¿Idoia? ¿Idoia la que quiere mi puesto?

Lara se limpió la boca con la servilleta y bebió de la copa un trago de vino antes de hablar.

—No sé de qué hablarían, pero estuvieron un rato hablando en el cubículo de la loca esa. Endora no sonreía apenas, aunque la otra no paraba de hacerlo en plan hacerle la pelota, ¿sabes?

Me pareció de lo más extraño porque Idoia apenas tenía relación con la mujer de Mauricio. Ni siquiera tenía relación con mi jefe más que lamerle el culo.

—¡Ya he vuelto, chicas! Si habéis terminado es hora de irnos a ver al camarero buenorro.

Recogimos y nos pusimos en ruta camino al bar de Enzo, aunque yo no podía dejar de darle vueltas a lo de Endora con Idoia. Ya investigaría de qué iba todo eso. Era el momento de llegar al bar y besar al chico que servía copas.

—¿Penélope?

—¡Oh, ahí estás!

Nada más bajarnos del taxi vimos a un chico joven rodeado de otros chicos que rondaban su misma edad y no correspondía con las nuestras. Nos acercamos y el chico que llamó a Penélope le dio semejante beso en la boca que casi nos caemos para atrás Lara y yo al verlo.

—Chicas, este es Álvaro.

—¿Qué tal estás? Ya no conocemos de la otra noche —dijo Lara dándole la mano.

El chico en cuestión asintió y le presentó a los chicos que iban con él.

—Yo soy Silvia.

También le di la mano y me presentó a los otros yogurines porque aquellos chicos si llegaban a los veinticinco era haciendo un tremendo esfuerzo. Entramos en el bar y me llamó la atención que Álvaro llevaba a mi amiga de la cintura.

—¿Silvia?

Pero ya no vi nada más cuando oí a Enzo decir mi nombre. Le sonreí y me acerqué hasta donde estaba, cerca de la barra. No supe si saludarle con un beso o simplemente elevando la mano. Por suerte él fue más rápido y me dio un corto beso en los labios antes de saludar a mis amigas y a los nuevos acompañantes.

—Oye, ¿quiénes son esos? Espero que tengan el mínimo de edad para poder beber alcohol.

—Pues el de los ojos azules y rizos es el chico con el que se enrolló hace unas noches Penélope y los otros son sus amigos.

La camarera que vimos el otro día se acercó a Enzo y le dijo algo al oído a Enzo que me besó la mejilla y se fue. Lara se acercó entonces a mí y nos pusimos a hablar. Penélope estaba entregada con Álvaro y sus amigos. Viéndola tan desenfadada era como volver a verla tras lo de Henry. Iba y venía del grupo de chavales a estar con nosotras a diferencia del camarero buenorro que estaba bastante ocupado y no podía estar apenas dos minutos con nosotras.

—Chicas, me voy a casa ya.

—¿A tu casa o a la de él? —le preguntó Lara con picardía.

Ella le sacó el dedo corazón y tras despedirse de nosotras desapareció por la muchedumbre que se agolpaba esa noche en el local. Mi compañera de trabajo también quiso irse y no conseguí entretenerla más de quince minutos. Yo debía trabajar al día siguiente, pero esperaba que Enzo terminase antes para acompañarme.

—Hoy lo siento, nena, pero no voy a poder irme contigo. Dani se ha marchado antes y me he quedado solo.

—Bueno, entonces saldré a cogerme un taxi para irme a casa.

Enzo me agarró por la cintura y comenzó a moverse invitándome a bailar en un lado del bar. Sonaba una canción de pop latino antigua de Ana Gabriel y a la vez que la cantábamos bailábamos acercándonos y alejándonos, haciendo alguna parada mientras nos besábamos. Al terminar unos colegas suyos que vieron nuestro baile nos silbaron y aplaudieron levantando los botellines de cerveza dándonos la enhorabuena. El bailarín que aún me tenía entre sus brazos les sacó el dedo corazón y me acompañó fuera a buscar el taxi que me llevase a casa.

—Siento mucho no poder acompañarte hoy.

—No te preocupes. Me meteré en la cama y ya sabes que madrugo mañana para teletrabajar.

La música salía del bar y Enzo volvió a cogerme de las manos para bailar más bien haciendo el tonto y yo muerta de la vergüenza quise detenerle mil millones de veces. Los peatones que todavía quedaban por la calle nos miraban. «Tierra, trágame» era mi ruego silencioso.

—Me encanta ver cómo te mueres de la vergüenza al hacer algo en público que se sale de la norma.

El taxi llegó y el momento de separarnos se acercaba. Al día siguiente comería con mi madre y después por la tarde tendría que ir al fisio, así que no podría verlo hasta la noche si es que él también podía, y, sobre todo, quería.

—Nena, mañana es viernes y habrá más jaleo en el bar. Es el día libre de Dani y no creo que pueda estar pendiente de ti como hoy. Aparte, necesito descansar un poco más.

—Mañana como con mi madre y tengo fisio después así que no te preocupes. Me puedo pasar por el bar más tarde, aunque no puedas estar conmigo... bueno, si te apetece.

Maldita fuera mi mente que en las palabras de Enzo veía un rechazo, un no querer estar conmigo. Bajé la vista y suspiré. Antes de encaminarme al taxi, él me cogió por la cintura y me besó en el cuello.

—Silvia, mañana por la noche pásate por aquí y avísame al llegar al apartamento hoy. Te echaré de menos, pequeña. Lo sabes, ¿verdad?

—Yo también.

Me dio tal beso de despedida que perdí un poco el equilibrio. De no ser por estar sujeta por sus fuertes brazos me habría caído al suelo. Fue un beso apasionado con los ojitos cerrados soñando que todo iba a ir bien.

UN ENCONTRONAZO DESAGRADABLE

Levantarme para currar al día siguiente me supuso un mundo. Ni siquiera el café me ayudaba. Aguanté como pude y le comenté a mi jefe que necesitaba alguna tarde más libre a lo que no puso objeción siempre que el trabajo saliese adelante. ¿Qué significaba eso? Que tenía que matarme por las mañana a currar, pero merecía la pena, sin dudarlo. A mediodía mi madre llamó al timbre y le dije que bajaba enseguida. Cogí los informes de los médicos de Urgencias que me atendieron en el bar de Enzo para después ir al nuevo fisioterapeuta. Ojalá no fuera otro gilipollas como el que me tocó la última vez.

—Bueno, ya podemos irnos a comer. ¿Dónde te apetece...?

—Hola, Silvita.

Petrificada como el hechizo en las películas de Harry Potter. ¿Qué coño estaba haciendo Javi allí con mi madre? Por desgracia su piso alquilado estaba enfrente del de mi madre y me cortaría una mano o la pondría en el fuego y no me quemaba apostando a que él había ido a verla.

—¿Qué se supone que haces tú aquí?

—Yo también me alegro de verte. —Se acercó a mi mejilla y me dio un beso.

Cogió a mi madre del brazo y comenzaron a caminar. Yo salí de mi estado de asombro dándome prisa para alcanzarlos.

—Te he hecho una pregunta, Javi.

—Cariño, no montes una escena en la calle. Vamos a comer aquí cerca y luego Javi te podrá llevar al fisio.

No pude replicar porque cuando mi santa madre se pronunciaba sobre algo, y sobre todo te pedía no montar una escena, lo que quería era ir en silencio hasta el restaurante, que por cierto eligieron entre los dos. ¿Pero en qué multiverso me encontraba yo donde mi exnovio se venía a comer con mi madre y conmigo? Esa misma expareja que me dijo que había dejado de amarme y que me fue infiel. ¡Dos veces!

Llegamos al sitio que ambos habían elegido y nos sentamos al lado de la ventana. Para ser otoño no hacía demasiado frío todavía, además que el sol brillaba y calentaba bastante. Nos dieron la carta y pedimos sin hablar más que de banalidades como los platos a elegir o el tiempo atmosférico.

—¿Y cómo vas con el esguince?

—Bien —decidí responderle con monosílabos.

—Me alegro. ¿Y la empresa? A nosotros nos va bastante bien.

—Bien —volví a contestar.

Mi madre permanecía callada porque sabía que estaba disgustada al habérmelo encontrado, pero no iba a decir que se arrepentía en absoluto. Mi madre era así, tomaba una decisión o hacía algo y tenías que vivir con eso, te gustase o no. Se fue al baño y fue mi momento de hablar con Javi.

—Seamos claros y rápidos antes de que vuelva mi madre. No sé qué demonios te crees que estás haciendo. Hasta donde yo sé, y corrígeme si me equivoco, tú me dejaste a mí. Al parecer dejaste de estar enamorado de mí y además tuviste el valor de engañarme dos veces. ¿A qué juegas? No quiero verte cerca de mi madre por mucho que seas su vecino, ¿me he explicado con suficiente claridad?

—Número uno: no juego a nada, y número dos: te has expresado a la perfección como siempre. Estarás conmigo de acuerdo en que las personas cometen errores y el mío fue creer que ya no te quería...

—¿Y serme infiel no? ¡Por amor de Dios!

Grité sin darme cuenta y cuando un par de personas se giraron hacia nosotros deseé no haberlo hecho. Carraspeé y volví a la carga. No me iba a achantar ante él ni mucho menos. Me acerqué incluso a su cara para evitar chillarle.

—Me da igual que pienses que fue un error. Yo ya no tengo el mínimo interés en ti, asúmelo y desaparece de mi vida. Para siempre.

Y el muy cabrón me besó. Aprovechó la cercanía y me dio un beso que yo finalicé a la velocidad de la luz echándome hacia atrás. Me sentí tan molesta que tomé mi copa de agua con limón y se la tiré a la cara. Para mi desgracia mi madre llegó en ese instante y me regañó por lo que había hecho.

—¿Te vas a poner de su parte? Esto es increíble, mamá.

—No te preocupes, Asun. No tiene importancia —contestó a mi madre mientras se limpiaba.

—Pide disculpas ahora mismo, Silvia. Yo no te he educado para comportarte de esta forma.

—¡Ni de broma!

Habíamos empezado a ponernos nerviosas y elevamos el tono, tanto, que la gente de otras mesas miraba hacia nosotros. No iba a aguantarlo más y cogí mi bolso y la chaqueta y me fui del restaurante, aunque antes me volví a Javi.

—Acuérdate de lo que te he dicho.

Y sin decirle adiós a mi madre me marché con la rabia estallándome en el pecho. Me alejé todo lo que pude del local para evitar que me siguieran y busqué un taxi que me llevase a la clínica donde tenía cita. Llegué con una hora de antelación, pero la chica que iba a atender estaba libre. Por suerte le habían anulado un masaje y pudo verme antes. Le enseñé el informe de los médicos y empezó a tratarme con mucha delicadeza. Poco a poco me fui relajando y el enfado se iba aplacando.

—No te imaginas lo mucho que te agradezco el trato que me has dispensado. Si yo te contara lo que me pasó hace poco...

—¿Y eso?

—Normalmente voy a que me atienda una fisioterapeuta que conozco hace años, pero se encuentra de baja maternal y hay un sustituto. En cuanto al masaje todo perfecto, pero lo más fino que me dijo fue gorda y que así no iba a encontrar pareja.

La chica se quedó blanca según se lo estaba contando. Dejó de teclear en el ordenador y se llevó la mano a la cabeza, indignada.

—Es increíble lo poco profesional que pueden ser algunas personas además de metomentodo. ¿Qué le importará a nadie tu vida? Perdóname que hable así, pero es algo que me crispa muchísimo.

—Gracias. Parece que por llevar una talla 48 ya tienes que esconderte en una cueva.

Me despedí de la chica que fue muy agradable y me guardé su contacto en el teléfono para futuras visitas. Por fortuna el esguince estaba casi curado y en una semana podría de nuevo ponerme tacones sin miedo a cagarla. Tenía varios mensajes de voz de mi madre, así como alguna llamada, pero opté por apagar el móvil. Después del encontronazo con el indeseable de Javi no quise hablar con nadie. Solamente le dejé a Enzo un mensaje diciéndole que esa noche no iría al bar porque me encontraba cansada.

A la hora me sorprendió que llamasen al timbre. Era Lara que iba a ir al bar de Enzo porque la noche anterior conoció a alguien y habían quedado de nuevo. Intentó que fuera, pero después de contarle lo sucedido comprendió que no quisiera salir.

—Ahora mismo anulo mi cita y me quedo contigo un ratito.

—Ni se te ocurra. Tú has ligado y tienes que ir a disfrutar, que hace tiempo que no sales con nadie. Solo te pido que mañana me llames y me lo cuentes todo.

—¿Se lo vas a contar a Enzo?

Me quedé pensativa y es que no se me había pasado por la cabeza. Para empezar aún no sabía si estábamos comenzando una relación o simplemente estábamos jugando.

—Aún no sé si estamos saliendo o es un simple troteo. No creo que tenga que darle explicaciones.

Se fue al poco prometiéndome que me llamaría al día siguiente y quedamos en salir a cenar al día siguiente con Penélope. Cuando se marchó me quedé un poco pensando en lo que me había dicho. No por lo que me dijo, sino por saber qué éramos Enzo y yo. La verdad es que no me caracterizaba por mi paciencia a la hora de comenzar una relación, pero los errores del pasado me hicieron darme cuenta de que no siempre se puede correr. Lo mejor sería obviar el tema. Total, ¿qué probabilidad había de que se enterase?

DECIDO FLUIR

Por la mañana cuando me levanté y encendí el móvil tenía varios mensajes y llamadas de Enzo y de mi madre. El camarero estaba preocupado y quería saber si estaba bien y mi madre por otro lado me preguntaba por el fisio como si no hubiera sucedido nada. Le di la vuelta poniéndolo en silencio y me vestí para salir a pasear bajo el sol otoñal.

—Joder, qué puto susto.

Al abrir la puerta para salir a caminar me encontré a Enzo en el rellano. Tenía la mano sobre el timbre a punto de llamar. En la otra mano llevaba el casco de la moto y no tenía pinta de haber dormido demasiado. Le dejé entrar y fuimos hasta el salón.

—Tienes mala cara.

—Imagino que es la cara de alguien que no ha dormido.

Se desplomó en el sofá, rendido.

—Silvia, anoche no viniste. No quise darte la impresión de que no quería que fueras, pero necesitaba descansar un poco. Anoche no paramos en ningún momento, pero aun así estuve mirando el móvil a cada poco por si me habías escrito o algo.

Me senté a su lado y le cogí de la mano. Se le veía cansado y preocupado. Respiró calmado al roce de mi mano sobre la suya y eso me hizo sonreír.

—No fui al bar porque discutí con mi madre y estaba cansada. Preferí quedarme en casa, pero no tiene nada que ver contigo.

Enzo me miró y me di cuenta de que entendió a qué me refería. Vio en mis ojos que no le estaba mintiendo y se echó sobre mis piernas quedándose dormido al instante. Suavemente me retiré y le subí las piernas al sofá para que se tumbase. Le tapé con una manta que tenía siempre sobre el sofá y yo fui a coger el último libro de poesía que me compré en un mercadillo. Salí a la terraza con él y me senté en la silla mientras miraba de vez en cuando a Enzo dormido.

—¿Cuánto he dormido?

Elevé la vista del libro donde me había quedado embelesada y lo vi rascarse los ojos al llegar hasta la terraza. Se sentó en la silla aún con aspecto muy cansado y le cogí la mano que descansaba sobre la mesa de cristal.

—Joder, estoy reventado y aún tengo que ir a currar esta noche.

—El no haber descansado estos días por estar conmigo te está pasando factura.

Subió la otra mano que reposaba en su pierna y la puso sobre la mesa para que yo le diera la otra y agarrarnos de las manos. El tacto de su piel me encantaba, era increíble lo tranquila que me sentía cuando me acariciaba con las manos.

—Sarna con gusto no pica. Además, solo tengo que aguantar dos noches más y el martes libro.

—Podrías recoger algo de ropa y quedarte aquí lo que queda de finde e incluso hasta el martes, ¿qué te parece?

No supe si fue cosa mía o no, pero me pareció ver que se le iluminaba la mirada cuando le dijo aquello. Me besó ambas manos y se puso en pie. Yo le imité y nos abrazamos unos segundos. Tardó menos de una hora en volver con una mochila oscura donde traía ropa y algunas cosas más. Estábamos tumbados en mi cama, él con los pies en el cabecero y yo sentada al otro

lado mirándolo.

—¿Te puedo preguntar qué pasó con tu madre para que discutierais?

Me resultó intimidante esa pregunta porque no habíamos llegado a definir de qué trataba nuestra relación. Sentada en esa cama con Enzo a mi lado me di cuenta de que lo que debíamos hacer era seguir así, sin plantearnos nada, fluyendo día a día. Yo siempre había sido mucho de preguntarme ¿adónde vamos?, o ¿qué somos? Pero al mirarlo me prometí que no haría nada de eso. Por primera vez en mi vida iría adonde me llevase el viento como se suele decir, así que respondí a su pregunta sin pensar en nada más.

—Mi madre es la única familia que tengo pues mi padre murió siendo yo muy pequeña. Solemos comer una vez al mes juntas, pero también somos iguales y peleamos muchas veces. La adoro, no te creas, aunque hay veces que quiere llevar la razón, en especial sobre mi vida, y eso no se lo consiento. Ni a ella ni a nadie.

—Lamento lo de tu padre, no lo sabía.

—Tranquilo, que la sangre nunca llega al río. Mi madre hace después como si nada y todos tan contentos.

Enzo se incorporó mirándome durante unos segundos eternos pues no sabía qué iba a decirme.

—La familia siempre es complicada.

Se acercó a mí y comenzó a darme besos por toda la cara jugando, a lo que yo reaccioné riéndome antes de lanzarme y fundirme con él en mi cama.

EL SONIDO DE LOS CUERPOS

Los días que Enzo pasó en mi apartamento fueron los mejores. Se iba al bar a trabajar mientras yo decidí quedarme descansando para poder estar recuperada al cien por cien del esguince cuanto antes. Al volver notaba cómo la cama bajaba al subirse él y me abrazaba. Me levantaba y hacía el desayuno que el camarero se tomaba ya frío al levantarse rozando el mediodía. Veíamos películas, hacíamos el amor o disfrutábamos del otoño en la terraza.

No hablé mucho con las chicas esos días, pero ellas tampoco estuvieron muy comunicativas. Algún mensaje y poco más. Lara acababa de conocer a alguien y Penélope estaba teniendo algo con el chico joven. Las entendía perfectamente.

—Parece mentira que ya hoy sea martes.

—Ya ves. Me han encantado estos días contigo aquí .—Sonreí.

El miércoles volvía a la oficina mañana y tarde, así que no iba a poder estar tan libre como hasta entonces. Tampoco es que Enzo se fuera a trasladar a vivir conmigo. Apenas sabíamos nada uno del otro, pero quizá eso era lo mágico.

—Voy a echar de menos levantarme en tu cama y desayunar esas cosas tan ricas que me has preparado estos días.

Se levantó y me tendió la mano para que yo hiciera lo mismo. Me dio un beso en el cuello y tiró de mí, camino al dormitorio.

—Enzo...

Llegamos al dormitorio casi desnudos pues por el camino nos deshicimos de todo. Aguantaba el orgasmo mientras él jugueteaba entre mis piernas. Me lamió el clítoris tirando con los dientes y tras volver a tocarme no pude resistirme y me corrí gritando su nombre. Aquello le animó y tras ponerse un condón a la velocidad del rayo entró dentro de mí.

—Joder, follarte es lo mejor del mundo.

Una y otra vez, sin parar, agarrándome de las caderas. Dios, el sonido de su cuerpo chocando con el mío me volvía totalmente majareta.

—No quiero que dejes de hacerlo nunca —musité yo más entregada que nunca.

Y así estuvimos gran parte de su día libre. ¿Había mejor plan?

HUIDA HACIA DELANTE

Octubre pasó. Entre la vuelta al trabajo, las comidas con mi madre, las salidas con las chicas y Enzo apenas me di cuenta de que el mes se acababa. Se me pasó en un suspiro. Por suerte no había vuelto a ver a Javi, aunque vivía a veces con el miedo de que mi madre tuviera la estupenda idea de traerlo a otra de nuestras comidas. Cuando quedaba con Lara y Penélope nos pasábamos por el bar y si ellas no podían iba yo sola. Me sentaba a verlo trabajar, ir de un lado a otro, cantar con los amigos los jueves por la noche... cada vez que podía se acercaba a mi mesa y tonteábamos un rato. Después terminábamos en mi apartamento follando como locos antes de caer dormidos. Lo que aún me llamaba la atención era que jamás me había propuesto ir a su casa, ni siquiera de pasada al salir del bar. Alguna vez le dejé caer de ir a su apartamento, pero siempre encontraba alguna excusa.

—La chica con la que vivo es un poco bastante desastre y yo que apenas tengo tiempo de nada hacen que la casa parezca una leonera.

Y a mí eso me daba igual, pero me apetecía ver dónde vivía. Claro que cuando me contó que convivía con una chica los celos fluyeron por todo mi cuerpo porque no podía evitar sentirme insegura. Se puede superar el pasado, pero eso no quita que de vez en cuando los fantasmas regresen y te pidan mirarte al espejo que acepta la sociedad. ¿Y si esa chica era más delgada o guapa? ¿Qué pasaría si en una noche loca se le fuese de las manos y se liasen? Odiaba con todo mi ser aquellos fantasmas, así que después de contármelo me hice la sorda y no volví a querer saber nada más.

—Hola, Silvia. Mañana como sabes es el cumple de mi chica y vamos a celebrar una fiesta en casa de Daniela.

Daniela era su pareja, la chica que conoció al poco de yo encontrarme con Enzo y que la tenía completamente loca. De hecho, estaba superemocionada con esa nueva relación. Hacía poco que había descubierto su orientación sexual, en parte debido a una madre muy poco abierta de mente que siempre criticó y juzgó a la gente homosexual. La hija de una de sus vecinas conoció a una chica y les confesó a sus padres que se había enamorado de otra chica. A diferencia de la madre de Lara la hija de la vecina se sintió apoyada y comprendida al máximo.

La chica con la que salía curiosamente era la otra camarera del bar donde trabajaba Enzo. Aún podía recordar cómo fui capaz de mirarla con malos ojos porque creía que estaba interesada en el chico con el que se acostaba.

—¡Cómo se me va a olvidar! Si me lo has recordado cinco veces cada día esta semana.

Salimos del trabajo y nos fuimos a tomar una copa al bar. Lara en cuanto llegaba allí desaparecía y se iba con Daniela a la trastienda a enrollarse con su chica. Yo, mientras tanto, me quedaba mirando al camarero buenorro y disfrutaba cuando podía sentarse un ratito conmigo.

—¿Qué tal por la oficina?

—Bastante bien. Solo tenemos pendiente la firma de un contrato que puede suponer un antes y un después para la empresa, pero no te creas, lo llevo bien. Nada de estrés —ironicé.

Enzo me sonrió y agarró mis manos con cariño antes de darme algunos besos cortos en los labios. Me parecía increíble el poco tiempo que necesité para enamorarme de él porque tenía bastante claro que lo estaba. No solo porque era atractivo, cariñoso, follaba como nadie y era

atento. Además, fue alguien que nunca vio unos kilos de más en mi cuerpo, sino que adoraba cada centímetro de mis curvas y así me lo hacía saber con bonitos comentarios o con caricias por todo mi cuerpo.

Al poco llegó Penélope a la que hacía tiempo que no veía porque estaba casi todo el día con Álvaro los días que pasaba en Madrid. Al ser *freelance* viajaba con frecuencia y no estaba en la capital durante semanas incluso. No obstante, llevaba una temporada que no se movía de la ciudad y yo estaba bastante segura de que era por ese chico. A la fotógrafa se le veía otro brillo en los ojos, sonreía más. Pensé entonces en lo complejo de los sentimientos porque estaba claro que seguía teniendo a Henry en su corazón, pero de alguna manera se estaba dando una oportunidad a sí misma con Álvaro.

—Dichosos los ojos.

—Ya sabéis que ando un poco... atareada.

Lara le hizo un gesto obsceno con la mano y ella se rio abiertamente. Esa noche fue al bar sin el chico con el que estaba reventando los muelles del colchón a juzgar por lo que ella misma nos confesó días antes.

—Ahora lo llaman así, ¿no?

—Bueno, tú tampoco te quedas corta, ¿eh?

Mirando hacia donde estaba Enzo se me curvó la sonrisa en los labios y asentí. Dios, estaba enamorada y era feliz. No me podía explicar cómo había pasado, pero cerraba los ojos y me sentía contenta, llena de energía, capaz de comerme el mundo si Enzo estaba cerca. Sonaba cursi, pero me importaba una mierda todo. Así era el estar enamorada.

—¿Y cómo es que hoy no te acompaña el *latin lover* de ricitos?

—Tenía que levantarse temprano para trabajar y si quedamos hoy ya sabemos que pronto precisamente no se iba a acostar. Yo he sido la que le ha dicho que no viniera, ¿veis cómo soy capaz de ser responsable?

Mi compañera de trabajo y yo estallamos en risas antes de pasar al interrogatorio.

—¿Mañana viene a la fiesta de Dani?

—Se lo he comentado y está encantado —dijo toda orgullosa.

—Penélope, me gusta muchísimo verte así.

La tomé de la mano que tenía sobre la mesa y le dije aquello que encerraba mucho significado porque ella había sufrido tanto por el idiota aquel que decidió casarse con la mujer infiel que le engañaba, que ya era hora de conocer a alguien que realmente valorase todo lo que encerraba en su interior.

—Estoy bien —confesó, pero de repente su gesto cambió y se le escaparon las lágrimas que se limpió con rapidez.

Lara y yo nos miramos confusas. Yo todavía la cogía de la mano así que se la apreté y mi compañera de trabajo le cogió de la otra. Permanecimos dándonos la mano un momento. Le propuse ir al cuarto de atrás del bar pues seguro que Enzo o Daniela no nos pondrían pegas, pero lo rechazó.

—No os preocupéis, me va a bajar la regla y estoy sensible.

—Algo pasa. Penélope...

Nos soltó de las manos y comenzó a moverlas nerviosa.

—Álvaro es un amor, es el mejor hombre que me he encontrado jamás. Os lo juro. Me trata fabulosamente y ya sé que estamos en el siglo XXI, pero la diferencia de edad me pesa.

El chico que conoció una noche en aquel mismo bar tenía diez años menos que ella y aunque

el chico ya tenía trabajo estable y un apartamento donde vivía independizado a ella le hacía dudar. Lo poco que le conocíamos nos parecía un chaval increíble por lo que ese miedo no era muy comprensible. Las personas se juzgan por cómo se comportan y no por la edad que aparece en su DNI.

—Pero Penélope...

—Eso no es todo —interrumpió a Lara—. Hace dos días he vuelto a tener noticias de Henry. Se ha separado de su mujer y me ha dicho que, aunque vayan a tener un hijo en común no piensa volver a estar con ella. Va a venir a Madrid a supervisar un proyecto.

No pude evitar resoplar porque el cuento de Henry era el de nunca acabar. Me dolía en el alma que no se valorase lo suficiente a sí misma y aquel tipejo consiguiera confundirla cada dos por tres o hacerle dejar a un chico que la trataba como a una reina.

—Llevo mucho tiempo en Madrid. El sábado cojo un avión a Estados Unidos para trabajar en un proyecto muy interesante que tenía en *standby* por Álvaro.

—¿Y entonces la solución es poner un océano de por medio para que el otro te deje tranquila? ¿En serio, Penélope?

La fotógrafa sabía perfectamente que Álvaro no se lo merecía, pero seguía enamorada de Henry y no era capaz de seguir allí para enfrentarse él. De hecho, estaba convencida de que si él reaparecía en su vida se lanzaría a sus brazos.

—No soy fuerte y sé que dejo aquí a una persona que me puede aportar todo lo que el otro no. Ya lo he hablado con Álvaro y aunque no le gusta mi decisión comprende mi trabajo.

—Claro, porque no sabe que lo que estás haciendo es huir.

—¡No me machaques más, Silvia! Ahora mismo no puedo seguir aquí temiendo a que Henry de pronto aparezca y me trastoque la vida de nuevo. Yo solo quería paz y tranquilidad, si es con Álvaro bien y si es con otro también, pero si me quedo no lo tendré.

Chasquéé la lengua porque me daba rabia que una mujer tan valiente como ella para otras cosas, con tantísimo arrojo en el campo profesional fuera alguien tan débil en el terreno amoroso. ¿Cómo no era capaz de darle carpetazo a la historia con el británico?

—Llevas años con esta historia. ¿Esto cuánto durará entonces?

—Al parecer, siempre.

HAY COSAS DE LAS QUE NO SE HABLAN

—¡Es hoy, es hoy, es hoy!

Igual que el vídeo de risa de una conocida red social así estuvo Lara toda la mañana mientras trabajábamos en la oficina haciendo referencia al cumpleaños de Daniela. Estaba insoportable de lo enamorada que estaba de aquella chica y la purpurina que echaba por todos los poros de su piel. Llegada la hora de comer me despedí de ella y quedamos en vernos en la casa de su amiga para darle una sorpresa porque era una fiesta de la que ella desconocía absolutamente todo. Por la tarde me quedaban unas cuantas tareas de trabajo que terminar, pero podía hacerlo sin problema desde casa.

—¿Tienes hambre?

Al salir de la oficina me asusté al ver a Enzo agazapado en una esquina para sorprenderme. Di un salto lanzando el brazo que de no ser porque él me frenó el guantazo se lo llevaba.

—¿Pero a ti te parece normal asaltarme así?

Sin dejar de reírse me agarró por el cuello y me abrazó caminando hacia su moto. Llegamos a mi apartamento en veinte minutos y mientras me ponía ropa cómoda fue preparando la comida. Hasta el dormitorio llegaba la música que Enzo puso en la cadena de música del salón.

—Abre esa botella de vino —le pedí al llegar a la cocina.

Él se giró mientras ponía la comida en los platos. Dios mío, verlo allí en mi cocina tan suelto me hacía sentir un poco nerviosa al igual que verlo tan perfecto con esos músculos, ese pelo igual de imaculado y los tatuajes que decoraban sus brazos. Seguramente era una tontería mía, pero me sentía un poco cohibida en mi propia casa.

—Venga, siéntate.

Colocó los platos en la mesa y abrió la botella de vino como le pedí. Nos sentamos a la mesa y mientras comíamos me estuvo contando que esa semana había estado trabajando sin parar y se sentía agotado. Me contó cómo llegó al empleo de camarero que tenía en la actualidad y me seguía sorprendiendo que alguien no quisiera prosperar en la vida. No es que fuera esnob ni mucho menos, pero la hostelería siempre era algo muy sacrificado y con su juventud podría estudiar otra cosa y dedicarse a algo más.

—¿Y nunca te has planteado hacer otra cosa?

—Creo que ya tuvimos esa conversación, Silvia. Yo soy feliz siendo camarero. Ya está.

—Pero imagino que tu familia te animaría a hacer otra cosa, ¿no?

Se levantó molesto y dejó el plato en la encimera.

—No hablo de mi familia.

Y llevaba razón porque en el tiempo que llevábamos juntos nunca había comentado nada acerca de ellos ni siquiera cuando yo le había preguntado adrede. A diferencia de mí que le hablé de mi padre, de mi madre e incluso algunas veces ya habíamos quedado con ella. Mi madre seguía creyendo que me convenía Javi, pero al menos era agradable con Enzo y nunca había tenido una mala palabra hacia él.

—Se nota.

Ignoró mi pulla y siguió recogiendo y fregando los platos como si nada. Yo me arrepentí al momento de lo que dije porque seguramente tendría una buena razón para no hablar de ellos.

También me levanté y le abracé por detrás. Enzo continuó fregando hasta que cerró el grifo y se secó las manos con el trapo. Se dio la vuelta y nos miramos a los ojos. Enseguida me di cuenta de que no debía insistir en seguir con el tema. Llegaría el día en el que él solito viniera a contármelo, si es que había algo que decir. Me sonrió con un halo de tristeza y nos besamos antes de fundirnos en otro abrazo. Cuando volvimos a mirarnos la mirada de pena había desaparecido y donde antes había tristeza de pronto había algo más bonito. Me atreví a creer que era amor. Era imposible sentirse más bonita cuando Enzo me miraba así.

LA FIESTA Y LA SORPRESA

Enzo se fue a su casa a descansar mientras yo teletrabajaba. Acabé las cosas pendientes con relativa rapidez y me tumbé un poco en la cama antes de ponerme en marcha para la fiesta de la novia de Lara. Tendida sobre la cama era inevitable pensar en el motivo por el que no podía hablarme de su familia y como no era yo nada creativa estuve imaginándome mil escenarios posibles: ¿Habrían ido a la cárcel? ¿Vendría de una de esas terribles familias desestructuradas? ¿Lo abandonarían de pequeño y fue de orfanato en orfanato hasta la mayoría de edad? Negué con la cabeza porque todo era horrible. Seguramente habría otra explicación mucho más plausible. No es que me pudiera definir como alguien paciente, pero me dije que en esa situación tenía que serlo. Al menos lo iba a intentar porque presionarle con saber más sería mucho peor.

Llegada la hora me duché y me vestí para ir a la casa de Daniela donde tenía lugar la fiesta. Enzo me envió un mensaje al móvil y me dijo que no iba a estar en la fiesta de su compañera porque tenía que currar. Supe enseguida que era una mentira porque desde el primer momento que Lara nos propuso la fiesta él cuadró con el jefe para faltar al trabajo. No hubo ningún problema, así que mi nuevo intento de hablar en mi cocina sobre su familia sería el detonante de aquella decisión. Intenté que no me afectara y salí de casa subida a unos tacones nuevos de Loewe. Allí vería a Penélope que iría con Álvaro y Lara estaba preparándolo todo desde hacía unas cuantas horas.

—¡Hola!

Lara estaba radiante, se la veía tan encantada de estar allí preparando todo, ordenando a la gente qué hacer, dónde colocarse, de qué forma ayudar... mi amiga la fotógrafa todavía no había llegado así que ayudé en todo lo que me dijo la anfitriona.

—Silvia, coge de este extremo y lo colgamos.

Me descalcé para subirme una silla porque con los tacones de metro podía haberme matado. Ayudé a Lara a colgar una guirnalda donde decía «Feliz cumpleaños» y volví a ponerme los zapatos para seguir igual de mona que iba. Antes de posicionarnos para la sorpresa necesité ir al baño así que anduve investigando por dónde quedaba. Abrí una puerta y casi me caí de culo al encontrarme a Enzo tumbado sobre una cama.

—Pero ¿qué coño...? —murmuró cuando sintió que encendían la luz.

—Eso iba a decir yo, ¿qué coño haces tú aquí en esta cama?

Al girarse se cayó de la cama y acudí a ayudarlo a levantarse porque todavía parecía somnoliento. Se sentó en la cama restregándose los ojos mientras yo, cual estatua, estaba en la puerta sin dar aún crédito a lo que estaba viendo. ¿Por qué demonios el chico con el que salía estaba durmiendo en esa casa y en esa habitación?

—Silvia, te lo puedo explicar...

De fondo escuchamos cómo la gente en el salón gritaba Feliz cumpleaños tras rondas de aplausos, así que entendí que Daniela había llegado al apartamento. Quise llegar hasta allí, pero necesitaba algún tipo de explicación, aunque parecía que Enzo se hubiera quedado bloqueado. Tan tonta no era, así que até hilos y me di cuenta de que la chica con la que vivía era Daniela, la novia de Lara.

—¿Se puede saber por qué no me has contado que Dani es la chica con la que vives?

Él me miró asombrado de que hubiera sido capaz de darme cuenta yo solita y se encogió de hombros. Se levantó y vino hacia mí, pero en ese instante precisamente lo que menos me apetecía era ponerme a darme besitos.

—No sabía cómo te lo ibas a tomar.

—Entonces, ¿la excusa esa de la casa hecha una leonera era solo una mentira?

Asintió y me comencé a sentir incómoda. ¿En qué momento habíamos pasado a ocultarnos cosas e incluso a engañarnos uno al otro? No me estaba gustando cómo estaba yendo la cosa. Giré sobre mis tacones de miles de euros, pero él me cogió por el brazo tratando de retenerme.

—Espera, nena, vamos a hablarlo.

Ni lo miré, hice caso omiso a sus palabras y me largué porque me estaban entrando tremendas ganas de darle algún grito, aunque no me fui tal cual, sino que solté un comentario lo suficientemente alto para que me oyese.

—A buenas horas mangas verdes.

El repiqueteo de mis tacones resonaba en el pasillo y cuando llegué al salón busqué a mis amigas para hacer una despedida rápida. Vi a Lara de la mano de Daniela resplandecer y me alegré muchísimo por ella. Seguro que en su relación no había engaños como en la mía.

—Feliz cumpleaños, Daniela.

—¡Hola, Silvia! Muchas gracias, no te había visto.

—Estaba tratando de encontrar el baño y me he perdido la sorpresa.

Lara se soltó de su mano para ir a hablar con alguien. Los fantasmas me hicieron ver entonces a la compañera de trabajo de Enzo de otra manera. Me fijé en lo guapa que era, lo arreglada, pero de manera informal que iba siempre y recordé que era alguien muy simpático en el trabajo. Dios santo, tenía celos de la novia lesbiana de mi amiga. Patético.

—¿Silvia?

No podía ser. Giré la cabeza hacia mi derecha y me di de bruces con Javier, mi ex. ¡Pero qué coño estaba pasando esa noche! Por desgracia le vi acercarse y Daniela se adelantó para lanzarse a sus brazos. Cada vez entendía menos.

—No me digas que os conocéis.

—¿Y vosotros? —me salió solo de la boca sin pensar.

—Hace años, desde que éramos bebés, ¿a que sí?

Javi asintió y le dio otro abrazo aplastándole la cara.

—Es mi primo.

«¿Tú qué?», quise chillar, pero me quedé tan sorprendida que no pude articular palabra.

—Hacía tiempo que no teníamos contacto por temas familiares y hace poco nos hemos vuelto a reunir.

—¿Y vosotros cómo es que os conocéis?

Yo estaba todavía en *shock* y no sabía qué decir así que una vez más salí perdiendo porque a mi ex no se le ocurrió otra cosa que tirar de mi mano y darme un beso en los labios que duró millones de segundos. No es que yo quisiera corresponderle. ¡Ni de puta coña! ¿Sabéis esos momentos que no esperas que lleguen y que te joden la existencia? Ese fue uno de ellos. Cuando me soltó y pude reaccionar vi que Daniela nos miraba con los ojos superabiertos al igual que el chico que me encontré durmiendo en esa casa.

REVELACIONES QUE NO MOLAN NADA

La mirada de Enzo destilaba muchas emociones y ninguna me gustaba. Meneé la cabeza tratando de centrarme, pero de nuevo Javi se me adelantó.

—Silvia y yo hemos estado juntos.

—¿Hemos?

—Lo que pasa es que hace poco comimos juntos y al acabar nos besamos igual que hoy porque ya se sabe, donde hubo fuego...

El camarero llegó hasta nosotros aún en pijama, aunque no le debía importar lo más mínimo. Daniela lo vio llegar y tampoco supo reaccionar.

—Vaya, parece que hoy la cosa va de ex entonces.

Le miré sin comprender nada.

—Dani y yo también estuvimos saliendo hace un tiempo.

Volteé la cabeza para mirar a la novia de mi amiga y entonces caí en que debía ser bisexual y de ahí su relación con Enzo. Los fantasmas entonces decidieron quedarse a vivir conmigo. Penélope entonces interrumpió el tenso momento y todos actuamos como si allí no estuviera sucediendo nada. Necesitaba una copa o dos, pero al menos una para empezar la noche. Hui de esa zona y me escondí en la cocina donde había varias botellas. Abrí una de vino blanco y de la misma botella me puse a beber sin necesidad de echarlo en una copa.

—¿Silvia? —Lara entraba con algunos botellines de cerveza vacíos para tirar en la basura y al verme se asustó.

—No me hagas salir hasta que todo esto acabe, por favor te lo pido.

—Pero ¿qué está pasando?

Y entonces Daniela entró en la cocina imagino que buscando a su chica para que la noticia del ex buenorro con el que convivía no le llegara. A mí me importaba todo ya una mierda así que volví a beber antes de seguir hablando.

—Imagino que sabes con quién vive tu novia.

—Bueno...

«¿Bueno?». ¿Mi compañera de trabajo y supuesta amiga sabía que mi novio vivía con la suya y no había tenido valor de decírmelo? ¡Pero en qué puto mundo de gente egoísta vivía yo! Me rodeaba peña que me engañaba en mi puta cara.

—¿Lo sabías?

—Nosotras no os ocultamos nada —respondió la cumpleañera.

La miré enarcando una ceja por lo que había dejado caer, aunque llevaba toda la razón del mundo. Mi novio me había estado ocultando que convivía con ella y que además fueron pareja.

—Entonces también sabes que fueron pareja, ¿verdad? —Esa era yo quemando todos mis cartuchos.

A juzgar por la cara de sorpresa de mi amiga no tenía la menor idea. Miró a su novia y negó con la cabeza mientras Daniela trataba de acercarse a ella. Lara estaba cabreándose porque tampoco soportaba la mentira. Me quitó la botella de vino blanco de las manos y le dio un buen trago. Otra que no necesitaba una copa.

—Puedo explicártelo, ratita.

Lara volvió a beber no supe si para escuchar la explicación o para beber y olvidar que era lo que a mí me apetecía. Entonces llegó Enzo a la cocina y me volví a cabrear.

—La fiesta es aquí por lo que veo.

—Ya estamos todos: los ex y las parejas que no tienen ni puta idea de nada.

Y sí, lo has adivinado, el que faltaba para el duro entró en la cocina.

—Ahora sí que estamos todos —dijo Enzo al ver a Javi.

Daniela no hizo caso a lo que dijo su compañero de piso y expareja y sin dejar de mirar a su novia comenzó a dar la explicación.

—Hace un año y medio conocí a Enzo justo en el mismo bar donde trabajamos los dos. Nos hicimos amigos y una cosa llevó a la otra. Yo me sentía muy sola porque mi familia no me aceptaba por ser bisexual y él fue lo que yo necesitaba para salir hacia delante, hasta que nos dimos cuenta de que éramos más amigos que pareja y lo dejamos.

—¿Cómo podías saber que viven juntos y no contarme nada, Lara?

—Te conozco y sé que podías sentirte asustada y salir corriendo. Enzo es un buen chico y no se lo merece.

—¡Uy, sí! Buenísimo, ocultándome cosas.

Grité sin importarme quién estaba delante. Le quité la botella y seguí bebiendo como si por beber la cosa fuera a mejorar.

—¡Habló! No soy yo quien se va besando con sus ex en comidas por ahí y vuelve a hacerlo en mi puta propia casa.

—Estaba tan paralizada de verlo aquí que no he sabido reaccionar, pero al menos tú ya sabías de su existencia porque te recuerdo que antes de empezar tú y yo, ya lo habías visto en mi casa. Casa a la que, por cierto, has ido millones de veces mientras que yo a la tuya jamás hasta hoy y encima he venido hoy sin saber que era tu casa donde vives con tu ex.

Daba igual porque estábamos los dos tan cabreados que se veía a kilómetros que ninguno iba a ceder para darle la razón al otro.

—Es cierto que la he besado a traición al igual que el día que almorzamos con su madre, pero eso no quita que se note que ella quería besarme también.

El puñetazo que le propinó Enzo no lo vio venir nadie al igual que la pelea improvisada en la cocina tirando todo al suelo, botellas incluidas. Penélope y Álvaro se unieron a la fiesta al oír los ruidos igual que algunos amigos de la cumpleañera que desde el umbral de la puerta de la cocina alucinaban con todo lo que estaba pasando. Hasta me pareció ver a gente grabando la escena con el móvil.

Cuando lograron separarlos aún con la rabia pugnando en su interior, Daniela se llevó a su primo fuera de allí mientras le echaban un vistazo a mi supuesto novio. Yo estaba tan enfadada que a pesar de ver que le sangraba el labio y la nariz no pude acercarme. Cogí una botella de vino que sobrevivió y también salí.

—¡Silvia!

Penélope vino detrás de mí, pero no me apetecía hablar con nadie así que me puse la gabardina y volví a beber de la botella antes de dejarla en una mesa cercana.

—¿Dónde coño vas? ¿Qué ha pasado?

—Ahora no, Penélope. Déjame, quiero estar sola —vi de lejos a Lara que nos miraba—, ella te lo explicará todo.

Y aunque no quería hacerlo me dejó ir porque entendía que cuando tenía esa mirada de decepción y rabia significaba que necesitaba un tiempo a solas.

TE OIGO, PERO NO TE ESCUCHO

Después de no conseguir dormir casi nada la noche anterior cuando me desperté seguía sin entender nada. Me sentía decepcionada porque Enzo no había sido capaz de contarme la verdad y eso también dolía. Al igual que aún notaba cómo me quemaba la piel cada vez que me rozaba con los dedos. Estuve reflexionando lo que fue mi relación con Javi y lo que era lo que tenía con el camarero. Los sentimientos que había albergado por Javier fueron intensos, bonitos, pero no se parecían a los que bullían en mi interior por Enzo. No se parecían en nada. Era algo diferente.

Me levanté y me fui a la bañera a prepararme un baño de espuma bien calentito. Me metí dentro y deseé olvidar por un rato todo. Conecté el iPod y estuve escuchando música de la que te pones cuando estás enfadada con una pareja, de esas que se cantan desde la rabia. Salí cuando ya el agua estaba fría, me sequé con la toalla y me limpié todo el maquillaje que se debía haber quedado impregnado en las sábanas ya que apenas tuve fuerzas de desmaquillarme la noche anterior.

Mientras me peinaba mirándome al espejo recordé la infinidad de veces que nos habíamos duchado juntos y cómo se colocaba detrás de mí frente a ese espejo rodeándome la cintura y apoyando su barbilla en mi hombro sin dejar de mecernos. Y de pronto me puse a llorar porque sentía que todo se estaba derrumbando. El espejismo tan bonito que había vivido con él se caía y todo por las mentiras.

La mañana del sábado fue terrible. Comí *pizza*, galletas, helado, chucherías... así que llegada la hora de comer tenía el estómago más revuelto que cuando te subes a la noria. Penélope me había enviado varios mensajes e incluso me había telefoneado, pero no había ni rastro de Lara, no digamos de Enzo. No me apetecía hablar con nadie así que no respondí a la fotógrafa, pero la gente no debió entenderlo porque llamaron al timbre cerca de las dos de la tarde.

—¿Qué haces aquí?

—Después de la estampida que hiciste anoche quería venir a ver cómo estabas.

Javi en mi salón de nuevo. Aquello era una pesadilla que parecía no terminar nunca. No era la persona a la que yo quería ver en mi salón. Era Enzo a quien deseaba ver, pero al parecer a él le importaba una mierda cómo estaba yo.

—No sé ya en qué idioma tengo que rogarte que no vuelvas a aparecer en mi vida. No tenemos nada en común ya, pero sobre todo no quiero verte más. ¿Cómo coño te lo tengo que decir?

Ni siquiera me importaba que tuviera un lado de la cara amoratado de los golpes que se dio con Enzo. Solamente quería que se marchara. Por mí como si se lo tragaba la tierra.

—¿No me vas a decir nada después de que tu novio me pusiera la cara así?

—Sinceramente, Javi, me importa una mierda.

La mirada se le apagó porque siempre tenía una llamita de esperanza espetando a que yo cambiase de opinión y quisiera echarme a sus brazos a estar con él de nuevo. ¡Ni por asomo! Tenía más autoestima que todo eso.

—Creo que estás errando en tu empeño en estar con ese chaval. ¿Un tío que va pegándose con otro te parece una buena persona con la que estar?

—¿Entonces la otra opción eres tú que me engañaste dos veces con otras mujeres?

Resoplé después de contestarle porque me estaba tocando ya bastante los ovarios hablando mal y pronto. Se tocó la nuca porque estaba nervioso y era el gesto que hacía al sentirse así.

—Lo mejor será que te vayas.

Sin esperar una respuesta por su parte me dirigí a la puerta y la abrí sin mirarlo, aguardando a que se dignasen a abandonar mi apartamento. Ese lugar en el que habíamos sido felices y donde todo se había borrado para ser un lugar donde era completamente feliz con Enzo.

—Solo me estoy preocupando por ti.

—Tú ya no tienes que hacer eso, Javi.

Y de alguna manera tenía bastante claro que el universo me odiaba porque Enzo apareció de la nada en la puerta de mi casa. Cuando lo vi con el labio hinchado quise lanzarme a darle mil besos, pero cuando se percató de la presencia de mi ex se dio la vuelta.

—¡Enzo! ¡Espera!

Por suerte lo hizo y Javi se acercó a mi oído, no supe si por hacerle rabiar al camarero o porque realmente lo que me dijo era cien por cien verdad.

—Simplemente te pido que seas cuidadosa.

Al alejarse de mi oído le miré más seria que nunca. No me interesaba lo que tenía que opinar sobre mi relación. ¡Es que ni siquiera tenía que meterse en eso! ¿Quién coño era él? ¡Nadie, nadie en absoluto! Salió sin dejar de mirar a Enzo y por un segundo tuve miedo de que volvieran a enzarzarse a golpes. Afortunadamente no fue así y tras echarse una mirada de odio finalmente se fue.

—Parece que no se le olvida donde vives —comentó antes de entrar en mi apartamento.

Entró en el interior sin mirarme siquiera a la cara. Lo seguí y me senté a su lado en el sofá sin abrir la boca. Lo miraba de soslayo pensando lo mucho que le debía haber dolido ese golpe en la cara.

—Debió dolerte —murmuré tratando de romper un poco el silencio tenso que nos envolvía.

—Otras cosas duelen más.

¡Zasca! ¿Así que esas teníamos? Quería pelea, pues que no se creyera que no iba a discutir y bien discutido porque yo seguía muy dolida. ¡Es que ni siquiera tenía derecho a estar dolido conmigo!

—Y tanto que duelen más, como la mentira.

—Sabía que me ibas a atacar con eso. Silvia, ¿no puedes entender que yo sabía que te ibas a poner así cuando supieras que Dani era una ex?

—¿Esa es tu excusa? Enzo, que llevamos casi mes y medio saliendo y no has tenido el puto valor de decirme la verdad. Eso es una traición en toda regla.

—Le dijo la sartén al cazo.

¿Pero cómo se podía tener tanto morro? Me giré para tenerlo de frente y más enfadada que nunca me puse a chillarle.

—¡Cómo tienes tanto morro! ¿Yo te he traicionado? ¡Jamás!

—¿Y la comida esa donde te besaste con tu ex? ¿O ayer mismo que en mi propia casa volviste a besarte con ese despreciable ser que te fue infiel?

—Debiste perderte parte de la conversación en la que Javi dijo que me besó él, igual que ayer.

—No me perdí nada, nena. Escuché a la perfección eso y también que en el fondo deseabas besarlo.

Resoplé y me levanté moviéndome por el salón.

—¡Oh, sí! Me muero por besarlo, no sabes cuánto —ironicé.

—¿Ves?

Di un grito y me salí a la terraza en pijama donde hacía un frío que pelaba, pero mi orgullo no me permitía volver a por una chaqueta o a por la bata de unicornios que estaba encima de mi cama. Al poco oí los pasos de Enzo llegar hasta mí y noté como una manta caía sobre mis hombros. Se acercó a la barandilla y encendió un cigarrillo mientras nos quedamos en silencio. ¿Sería posible que después de habernos ocultado cosas pudiéramos continuar como si nada?

LAS DOS PALABRAS MÁS BONITAS DEL MUNDO

—No estamos escuchándonos.

Yo decidí sentarme en el balancín monoplaza que estaba pegado a una pared donde me gustaba ponerme a leer a veces mientras me balanceaba. Tapada con la manta miraba al suelo pensando en lo que me había dicho y llevaba razón. Estábamos tan enfadados que no éramos capaces de escuchar la explicación del otro.

—Tienes razón. ¿Crees que seremos capaces de hacerlo?

Enzo apagó el cigarro en el cenicero que compré exclusivamente para que él lo apagase cada vez que salía a la terraza a fumar porque en ninguna otra parte de la casa le dejaba hacerlo. Luego se queda el olor en las telas y es imposible sacarlo. Cogió una de las sillas del conjunto con la mesa de cristal y se posicionó frente a mí. Me ofreció sus manos y las tomé sintiendo la quemazón en la piel que me cosquilleaba cada vez que nos rozábamos.

—Hice mal en ocultarte lo de Dani, pero después de saber todo lo que has sufrido en el pasado no me pareció la mejor idea. Por supuesto que en algún momento te lo iba a contar, pero no era valiente para hacerlo. Ojalá no te hubieras enterado de esa forma.

Lo miré y vi sinceridad en sus ojos al igual que el sentimiento más bonito que podías encontrar en los ojos de la persona de la que estás enamorada.

—Siento yo también no haberte contado lo de la comida en la que se presentó de sorpresa cuando había quedado con mi madre. Al irse ella al baño de pronto me plantó un beso en los labios y me fui sin dar una explicación. ¿Cómo me iba a imaginar que era primo de Daniela y que iba a ir ayer a la fiesta?

—¿Pero entonces sientes no habérmelo contado o que me enterase ayer de casualidad porque fue a la fiesta?

Le agarré fuerte las manos negando con la cabeza. Joder, me estaba explicando peor que un libro cerrado.

—Me refiero a que volviera a besarme ayer y lo vieras sin yo poder darte ninguna explicación. La vez en que se presentó en la comida con mi madre llevábamos poco tiempo y no sabía qué éramos, ni siquiera ahora lo tengo claro al cien por cien porque nunca lo hemos hablado...

—Ay, nena, eres tan literal que necesitas un papel firmado para saber cómo son las cosas. ¿Aún no lo sabes?

Yo me encogí de hombros sabiendo a qué se refería, pero Enzo tenía razón y yo necesitaba que me explicasen las cosas una por una a la cara porque tenía miedo a veces a meter la pata creyendo algo que no era.

—Silvia, somos una pareja. No has sido un polvo de un mes, no eres con quien me divierto y me entretengo.

Asentí deseando escuchar lo que yo llevaba ya tiempo queriendo soltarle a bocajarro pero que no me había atrevido a compartir por miedo a equivocarme.

—Te quiero.

No solo se iluminó mi sonrisa, sino que hasta noté cómo los ojos refulgían por las dos palabras más bonitas del mundo.

—Enzo...

Pero no pude decirle lo mismo, quizá él no necesitaba como yo escucharlo porque con solo ver la forma en que lo miraba entendía que yo sentía exactamente lo mismo que él. Estaba claro que no era literal como yo ni por asomo. Se acercó a mi cara y me besó culminando el momento en lo más bonito que me había pasado nunca.

CUIDAR A LA ENFERMA

El resto del día podría haber sido maravilloso de no ser por los vómitos que me acompañaron debido al revoltijo de alimentos que acumulaba en el estómago. Enzo estuvo aguantando el terrible olor a vómito sujetándome el pelo mientras me dejaba hasta los higadillos en el WC. Javi nunca fue capaz de estar en momentos como ese porque le daba demasiado asco y ni siquiera se acercaba a ver cómo estaba.

—Dios, no pienso volver a comer en años —me quejé apoyada en la pared tras la última vez que devolví.

Él me ayudó a lavarme los dientes y me hizo enjuagarme con un enjuague bucal de menta que me ayudó a quitarme el mal sabor de boca. Pasamos el resto de la tarde sentados en el sofá, recostada sobre él, agotada del esfuerzo de vomitar tanto. De hecho, hasta me dormí un rato sobre su hombro y cuando me desperté lo vi mirando cosas en su móvil.

—No debes sentirte ya el hombro —mencioné refiriéndome que con mi peso sobre él debería tenerlo dormido.

—¿Cómo te encuentras, pequeña?

—Mejor, aunque como si me hubiera pasado un tren por encima.

Enzo se empeñó en prepararme una manzanilla que tuve que beberme a regañadientes y que por suerte no vomité. La verdad es que tras la última vez de mi encuentro con el WC no volví a echar nada fuera de mi cuerpo.

—¿A qué hora entras a trabajar hoy?

—No voy a ir, ya he hablado con Dani y se han organizado para cubrir mi ausencia.

Lo miré frunciendo el ceño porque nunca había dejado de ir al bar.

—Hoy toca cuidar de mi chica.

Besó mi mano tras decir eso y yo sentí cómo se me derretía un poquito más el corazón. De haber estado bien físicamente me habría subido a horcajadas sobre él y habríamos echado el polvo del milenio. En lugar de eso me acurruqué a su lado y nos pasamos el resto de la tarde viendo una serie de terror, aunque más bien fue Enzo quien la vio porque yo dormitaba a ratos. Cuando llegó la noche solo ansiaba irme a la cama, aunque después de todo lo que estuve durmiendo a ratos por la tarde seguramente me dieran las cinco de la mañana y tendría los ojos como platos.

—Tienes que cenar algo, aunque sea un caldito, Silvia.

No tenía nada de hambre después de la fiesta del vómito que viví, pero él no lo entendió y quiso volver a alterarme el estómago. Urdí un plan para contentarlo, aunque no supe si le gustaría.

—De acuerdo, si yo como la sopa del infierno esa que quieres hacerme, tú tienes que contarme cómo fue lo tuyo con Daniela.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Bueno, yo te he contado lo de mi ex y apenas sé con cuántas has estado y sobre todo con cuántas te has acostado.

Se le escapó el agua que estaba bebiendo y quien recibió el chorro fue mi cara. Me limpié con una servilleta y nos reímos por la situación tan cómica. Después de pedirme disculpas se dispuso

a preparar la maldita sopa mientras yo lo miraba desde la silla de la cocina prepararla.

—Yo me crié en otra ciudad y cuando me mudé a la capital no conocía a mucha gente. Una noche la vi en el bar. Lo frecuentaba por las noches mientras buscaba trabajo en algunos garitos de Madrid y nos hicimos amigos.

—¿Amigos o follamigos? —le pregunté.

Volvió a reírse mientras removía con el cucharón de madera la sopa de pollo que se había empeñado en prepararme como una madre cuidando a su hija enferma.

—No te andas por las ramas hoy. Al principio solamente amigos hasta que una noche de borrachera nos acostamos. Fue incómodo hasta que decidimos dejarnos llevar y poco a poco creamos una relación. No funcionó. Nosotros comenzamos siendo amigos y lo estropeamos todo desde el minuto en el que nos tocamos.

—Es una chica bastante mona —comenté a lo tonto.

Sacó la cuchara de madera del fuego y la dejó sobre el trapo de la encimera. Se sentó a mi lado y me besó la mano antes de cogerla y apoyarla sobre su mejilla.

—En este mundo no hay nadie más mono que tú.

Le di un beso enternecido por lo que me acababa de decir y no pude evitar sonreírle como una colegiala enamorada. Nos hubiera gustado seguir con el tonto, pero el teléfono fijo no paraba de sonar y terminé por cogerlo. Era Penélope, que estaba preocupada por mí. Cuando le dije que estaba con Enzo no me hizo ni una pregunta y solamente me pidió que me lo tirase un par de veces al menos por eso del polvo de reconciliación. Quedamos en vernos al día siguiente por la tarde. De quien no tenía noticias era de Lara y me entristecía porque yo la consideraba amiga, aparte de compañera de trabajo. Me dolió mucho que me ocultase que su Daniela era la misma camarera del bar donde no dejábamos de ir cada noche y que después volvía a su apartamento a convivir con mi novio.

—Me he dedicado a currar como un cabrón durante meses, así que me merezco unas vacaciones.

—Haces bien, Enzo.

Continuó removiendo la sopa mientras me contaba que le gustaba mucho su trabajo y que era feliz haciendo lo que hacía. Yo seguía sin entender cómo no tenía más aspiraciones, pero lo aceptaba porque formaba parte de él y a mí me encantaba todo lo que tuviera que ver con él.

—¿Por qué no te coges unos días y nos vamos a algún sitio?

—¿Es en serio?

Sin darme cuenta, Enzo me plantó el tazón de sopa de pollo que no me llamaba nada la atención. Me obligó a bebérmelo por mucho que le puse caras para no hacerlo. Es muy exigente y tuve que cumplir mi promesa después de que me hablase de lo suyo con Daniela.

—¿Y qué me dices?

—¿De qué?

—¿Cómo que de qué? Sobre lo de tomarnos unos días de vacaciones e irnos juntos a algún sitio a estar los dos solos. Ya sabes, viajar, ver sitios, follar, salir a comer, hacer turismo, volver a follar...

Me dio la risa por la repetición del «follar» y me quemé la mano con el líquido caliente que me cayó encima. Enzo enseguida me echó agua fría y apenas se me quedó marca de la quemadura.

—El lunes hablo con mi jefe y lo organizamos cuanto antes.

—Eso es lo que yo quería oír.

Después de eso me fui directa a la cama donde me quedé dormida en apenas diez minutos si es que llegó a eso. Noté cómo el colchón cedía con su peso algo más tarde y se abrazó a mí dejándome besos por el cuello y la parte alta de la espalda. Yo me entregué al sueño de nuevo y lo hice con la sonrisa en la cara al estar entre los brazos del camarero buenorro que conocí una noche cualquiera sin saber que se metería tan dentro de mi corazón.

EL AMOR REAL

Él, viendo una serie, ella leyendo y llorando de su mano. Él que no comprendía cómo un libro podía hacerle llorar tanto y trataba de quitárselo para esconderlo. No le gustaba verla llorar, no terminaba de entender que llorar nos ayuda a dejar ir los nudos que nos ahogan. Silvia, sintiendo su mirada mientras seguía leyendo, sus apretones de mano, sus «te quiero» y no solo con palabras. Enzo, que seguía viendo su serie mientras ella lo espiaba de reojo y se preguntaba cómo puede quererse tanto a una persona que no es de tu sangre. Él, comentando su serie mientras ella cada palabra que leía en su novela la hacía suya, porque eso eran ellos, esas letras, esas actitudes, esos caracteres... y entonces lo supo, que no puede haber un momento más perfecto en el que te sientas más feliz. Y cuando le venció el sueño, pudo dormir tranquila porque estaba acostumbrada ya a dormir entre sus brazos y se sentía más calmada que nunca. Sentir su respiración, su brazo sobre su cintura.

Silvia lo miraba a veces, e incluso alguna vez al hacerlo se le escapaba una lágrima porque cuando el amor le golpeaba en el pecho, lo sentía, al amor, a ellos, al amor de verdad. Y supo que a él alguna vez también le pasaba, aunque quisiera disimular que se le había metido algo en el ojo.

Después, Enzo se iba a trabajar y a ella le quedaba pasar el resto del día descansando, vagueando, leyendo y puede que hasta viendo alguna serie o película. Pero no era momento de estar triste porque su olor seguía en su ropa y porque sabía que eso a lo que habían llegado era ese amor. Habría días grises entre todos los de color rosa, incluso en los malos días, seguirían siendo ellos. Porque hasta cuando las luces se apagasen y solo quedaran las sombras, sabría que seguiría ahí. Porque de eso no podían escapar ya. Porque hasta con sus cosas malas se seguía queriendo, y eso era el amor real, el de verdad.

HOMBRES QUE NO

Penélope siempre me dijo que creía en el destino y que por eso cada vez que Henry aparecía en su puerta pensaba que era cosa de ese azar. Yo, por el contrario, siempre me reafirmaba en crearme mi propio destino, mi propia vida. Encontrarme con Enzo una noche de fiesta no fue porque los astros se alineasen para que eso sucediera. De hecho, fue una simple casualidad. Por desgracia la tarde que decidí acompañar a mi amiga la fotógrafa a un estudio de baile a hacer unas fotos comencé a creer que quizá sí existía eso de lo que yo renegaba tanto.

—¿Cuándo vas a volver a dirigirle la palabra a Lara? Por si no te acuerdas, trabajáis en la misma oficina.

A decir verdad, llevaba ignorándola varios días. Cuando fue lunes y volví al trabajo le pedí a Mauricio unos días de vacaciones a lo que no se negó pues sabía que me dedicaba en cuerpo y alma al trabajo. Simplemente me pidió dejar atadas unas cuantas cosas antes. Me crucé con Lara en un par de ocasiones y en ambas ella intentó hablar conmigo, pero salí corriendo, literalmente. Me sentía traicionada por ella y la decepción era tan grande que no podía quitármela de encima.

—Aún necesito un poco de tiempo.

Negaba con la cabeza porque no comprendía mi actitud y yo no tenía ganas de seguir en esa conversación.

—¿Vas a tardar mucho en el estudio?

—Espero que no. La pareja de una amiga ha abierto este estudio de baile y quiere darle publicidad así que necesita unas cuantas fotografías para enviarlas al periódico de la comunidad y para subirla a redes sociales.

Llegamos al sitio que estaba en una sexta planta y me gustó bastante. Tenía una entrada con fotos de importantes bailarines, unas sillas para sentarte mientras esperabas y un pasillo que llevaba a las distintas salas donde se daban las clases de baile. Penélope me pidió que la acompañara para ayudarla con el equipo fotográfico y después de saludar al novio de su amiga comenzamos la sesión. Me hizo gracia ver a personas mayores bailando porque era muy enternecedor. Se miraban cómplices y se reían al equivocarse. Cuando ya nos quedaba solo una clase más fue cuando me di de bruces con alguien que no me apetecía ver mucho. Entonces el destino debía existir porque el mío apareció allí para joderme viva.

—¿Silvia?

Maldición. Era Eduard, el chico del club de lectura con el que me acosté una vez y no volví a ver más. De hecho, le mandé a la mierda porque se estaba creyendo que entre nosotros había algo y nada más lejos de la realidad.

—Vaya, hola...

Se acercó a mí dejando a su pareja de baile sola y descolocada al quedarse sin acompañante en mitad de una canción. Busqué rápidamente con la mirada a Penélope, pero estaba charlando amigablemente con una pareja de ancianos que estaba en esa clase y no pude pedir ayuda.

—Debe ser cosa del destino —me dijo con la sonrisa iluminada.

—No creas, he venido a acompañar a mi amiga la de las fotos. No soy muy bailonga.

Le dio igual lo que le dije porque me cogió de la mano y tras dar una vuelta sobre mí misma, me apretó contra él y apoyó una mano en mi espalda mientras me guio para unir la otra con la

mía y comenzar a bailar. ¡Un tango! Dios santo, no me había visto en otra igual antes. ¿Qué idea tenía yo de bailar un tango? Cero patatero. Tampoco tuve mucho que hacer porque Eduard era un estupendo bailarín que me llevaba sin apenas tener que hacer yo ningún esfuerzo. Y justo al acabar la canción me echó hacia atrás antes de que nos aplaudieran todos los bailarines y mi amiga Penélope alucinase.

Empujé para que me levantase y me separé cuanto antes de Eduard. La chica con la que estaba bailando antes salió enfadada de la sala de baile, pero él apenas se inmutó. No dejaba de mirarme y yo rompí el silencio.

—Ha estado fenomenal... me ha gustado verte.

Penélope me miraba desde lejos esperando no sé a qué maldita señal para venir a rescatarme.

—Ya no has vuelto al club de lectura.

—Bueno... entre el esguince, el trabajo acumulado... me ha sido imposible, la verdad.

Quise avanzar, pero Eduard se interpuso en mi camino. Aquel tío daba miedo. Eché un paso atrás y fue cuando entonces por fin la fotógrafa vino a rescatarme.

—Ya está todo, Silvia. ¿Nos vamos?

Miré a mi amiga como el hombre perdido que encuentra agua en mitad del desierto. Asentí con la cabeza y procedí a despedirme de Eduard temiendo que se me pegara como una lapa ahora que de nuevo me había encontrado.

—Bueno, lo dicho. Me ha gustado verte. Que te vaya genial.

Me agarré al brazo de Penélope que apenas podía reprimir la risa mientras cargaba con parte del equipo fotográfico. Le di un codazo en las costillas que la dejó sin aire, pero me importó una mierda.

—Espero que vuelvas al club pronto o que te pases por aquí y bailemos. Se te da fenomenal.

—Ya sabes, aún me estoy recuperando del esguince. Adiós.

Él murmuró algo más que ya no escuchamos porque salimos por patas de la sala. Yo buscaba la puerta como loca temiendo que pudiera seguirnos como la última vez que nos vimos y se metió en mi Cabify.

—¡Tú sabes el codazo que me has dado! Creo que me has roto algo.

—Eso te pasa por reírte de mí, asquerosa.

Recogimos su equipo y nos subimos al taxi que nos llevaría de vuelta a la casa de la fotógrafa. Me pidió que la acompañase y así lo hice. Al bajarnos del coche mientras cargábamos con el material que pesaba un quintal otra persona nos esperaba en el portal.

—Penélope...

A mi amiga casi se le cayó lo que cargaba y entre el taxista y yo conseguimos que no fuera así. Por la cara de mi amiga me pude imaginar que se trataba de Henry.

—No me jodas... —se me escapó.

El taxista se fue mientras Penélope se acercó al portal dejándome a mí con todo el material en el suelo. Era realmente incómodo vivir esa situación, así que opté por quedarme allí parada en la acera a pocos metros de ellos.

—¿Qué haces aquí? Ya te he dicho muchas veces que no vengas sin llamar.

—Me marcho pasado mañana y tendré varias reuniones que no me permitirán venir por lo que he decidido presentarme hoy, aunque si estás ocupada... —dijo lo último mirándome.

Yo giré la cabeza como si lo que hubiera al otro lado de la calle fuera lo más interesante del mundo, pero no quería moverme y dejar el equipo fotográfico sin vigilar.

—¿Penélope?

Oí una voz de una persona joven llamar a mi amiga y volteé a ver que se trataba de Álvaro, el chico con el que la fotógrafa tenía un rollo o lo que fuera. ¡Menuda situación! Si me parecía incómodo estar delante de Henry y Penélope, con el nuevo sumándose a la fiesta no sabía dónde meterme.

—¿Álvaro? ¿Habíamos quedado?

—No, pero quería darte una sorpresa.

Vi el agobio de Penélope y decidí tomar cartas en el asunto. Cogí lo que pude del equipo y fui hasta mi amiga.

—Esto pesa bastante. ¿Qué te parece si subimos y los chicos venís otro día?

Le di lo que llevaba y volví a recoger lo que faltaba mientras Henry y Álvaro se miraban sin saber de qué conocían a la mujer que tenían en común.

—Henry, márchate y no vuelvas a aparecer por aquí.

El caballero inglés al que no había visto antes destilaba buenos modales y después de mirar a Álvaro sabiendo que no era un amigo precisamente de Penélope, se fue sin decir nada.

—Tengo trabajo. Luego te llamo. —Se acercó a él y le dio un beso en los labios.

Abrió la puerta del portal y tras ese beso dejó claro a Henry (que todavía observaba en la lejanía) que él ya no podía formar parte de su vida.

DOS AMORES

Al entrar en el apartamento alquilado de Penélope y tras dejar las cosas en su estudio nos sentamos en el sofá del salón. Trajo un par de copas y una botella de vino tinto. A mí me sirvió una copa y ella bebió directamente de la botella sin parar.

—Ten cuidado, que te vas a ahogar en vino.

Y era precisamente lo que parecía. Dos hombres en su puerta: uno del que se enamoró fugazmente, pero de la manera más intensa que jamás había sentido y otro al que le estaba cogiendo cariño y se preocupaba por ella, la cuidaba y la miraba como si fuera el mismo Dios.

—Deberías ponerle fin a lo de Henry. Solo hay que mirarte a la cara para ver lo que sientes al verlo.

Se notaba su perturbación, el gesto contraído al hablar del primero de los hombres que apareció en su portal. Seguramente al no esperarlo tendría el vuelco en el estómago a la vez que esa incomodidad por tenerlo allí delante.

—Es una mezcla de cosas. Es amor y a la vez es rabia y es tristeza porque no puedo tenerlo. No me pertenece.

—Creía que ya no estabas enamorada de él desde que conociste a Álvaro.

Volvió a beber de la botella y le dejé tiempo para pensar y hablar. Se levantó y dio una vuelta por la sala hasta que se detuvo en la chimenea eléctrica que encendió. Poco a poco el fuego comenzó a iluminar la chimenea y a calentar. Penélope se sentó cerca de ella agarrada a sus rodillas sin dejar de observarla.

—Álvaro es la persona más honrada, generosa y detallista que me he encontrado nunca y mira que me he encontrado a tíos a lo largo de mi vida. Es ese hombre del que todas queremos enamorarnos y que nos corresponda —me miró—, y yo lo tengo, Silvia. Lo tengo y no lo disfruto porque no me puedo sacar de la puta cabeza al marido infiel que va a ser padre con otra.

—No podemos mandar en el corazón, Penélope.

Viendo que suspiraba con languidez me fui hasta ella y me senté delante sintiendo el calor de la chimenea. La cogí de las manos y ella se permitió llorar. Era algo que no le gustaba porque siempre decía que eso era ser vulnerable y se negaba a mostrarse de esa manera.

—Lo he querido tanto y a la vez me ha hecho tanto daño que poner un océano de por medio es lo único que me ocurre para que me facilite las cosas, pero eso también quiere decir que me alejaré de Álvaro. Le haré sufrir y no se lo merece. Ojalá fuera fácil eliminar a Henry de la ecuación y comenzar de cero.

—Sé que lo quisiste de una manera loca, intensa, pero no siempre esos amores son los que perduran en el tiempo. A veces llega alguien despacio, metiéndose poco a poco bajo tu piel, en tu corazón y aprendes a disfrutar de ese amor pausado.

—Ahora mismo solo sé que voy a despedirme de Álvaro y a adelantar el viaje a Canadá. Necesito poner distancia ya.

Asentí con la cabeza sintiendo la pena de que mi amiga se marchara a miles de kilómetros, pero si era lo que su corazón necesitaba lo entendía y la apoyaba al cien por cien. Lo que la fotógrafa no sabía era que escapar a tu suerte nunca es una opción.

ESTAR DONDE QUIERES ESTAR

Silvia se quedó con Penélope hasta que empezó a revelar algunas de las fotografías tomadas en el estudio de baile, aunque la razón principal por la que se quedó fue para asegurarse de que no se derrumbaba. Le pidió que se marchase para que quedase con Enzo pues al día siguiente se irían de viaje y todavía no tenía organizado ni el neceser.

—Puede que cuando regreses de tu viaje con tu enamorado yo ya no esté. Pero... sabes que en Canadá tienes casa, ¿vale?

Le apenó bastante cuando se lo dijo, pero después de su conversación debía respetar la decisión y apoyarla. Le dio un abrazo apretado y se emocionaron como dos tontas. En la puerta se dieron mil besos más y casi tuvo que darle una patada en el culo para que se largara. Silvia optó por caminar a pesar del frío que hacía y cuando llegó a su apartamento se encontró con Enzo allí.

—Estás helada, nena.

Se lanzó a sus brazos calentitos y la arropó con la manta del sofá. Lloró en su pecho dejando escapar un poco la tristeza que provocaba que el nudo de la garganta fuera tan difícil de soportar. Cuando pudo recomponerse un poco le contó que Penélope se marchaba a Canadá. Enzo preguntó por qué no le habían preparado alguna fiesta de despedida o por qué no se había despedido de la gente.

—A ella no le gustan ese tipo de cosas. Prefiere irse sin hacer ruido a diferencia de cuando llega. Es un vendaval y se sabe que llega a un sitio hasta en el mismísimo infierno.

Él se rio y le estuvo contando cómo la conoció, todo lo de Henry, su relación con Álvaro... alucinó bastante pero no la juzgó. Eso era algo que le encantaba de Enzo. Jamás criticaba a nadie ni pensaba mal de la gente y eso era tremendamente difícil en la actualidad.

—Y ahora cuéntame si tienes ya la maleta preparada para nuestro viaje.

—¡Dios, la maleta! Se me ha pasado por completo con todo este rollo de Penélope.

Dio un salto y corrió hasta el dormitorio para comenzar a elegir del vestidor. Iba lanzando sobre la cama las prendas sin ningún cuidado hasta que empezaron a toparse con Enzo que la había seguido hasta la habitación. Al girarse lo vio con un par de vestidos y camisas encima de él y le dio la risa. Le ayudó a elegir la ropa que quería llevarse, y en un periquete terminó la maleta.

—¿Te has traído la tuya?

—Sí, la dejé en la terraza.

—¿Y cuándo vas a decirme adónde vamos?

—Hasta mañana que te subas en el taxi no pienso decir nada.

Silvia le tumbó sobre la cama y se subió a horcajadas sobre él tentándole con la boca sin llegar a besarlo, manoseándole por todas partes.

—Tengo formas de convencerte...

A Enzo se le escapó una carcajada y asaltó su boca con seguridad y pasión arrebatadora. Silvia se quedó tan embriagada que no se resistió cuando él intercambió las posiciones. Lo demás fue un acto de locura, pasión y amor que los dejó exhaustos. Ni siquiera cenaron, tampoco lo echaron en falta. Por la mañana, eso sí, les rugía el estómago por lo que tuvieron que levantarse temprano. Enzo estaba ya vestido y listo para salir camino al viaje misterioso cuando

Silvia llegó a la cocina.

—¿Y este desayuno tan apetecible?

Le preparó tortitas con caramelo y chocolate caliente con coco. Tras saludarse con un beso electrizante se sentaron a desayunar. Enzo la apremió porque un taxi llegaría en media hora para llevarlos al medio de transporte que los llevaría hasta el comienzo de su viaje. Se dio una ducha rápida mientras él fregaba los platos y recogía las cosas del apartamento hasta su regreso varios días después.

—Silvia, ¿lista?

Salió del baño ya con la ropa para salir a la calle y Enzo la recibió con una de sus sonrisas que le derretía el corazón y conseguía que ella se sonriese. Le hacía inmensamente feliz estar allí con él, de haber encontrado a un chico tan especial que la veía tal y como era ella. Estar donde quieres estar. No veía sus curvas ni su talla cuarenta y cuatro, sino que la quería por cómo era realmente Silvia.

DISCUTIR EN VACACIONES

«Mirar el mar es una de las cosas más relajantes que existen», pensaba Silvia mientras lo veía desde la ventanilla del avión. Tras montarse en el taxi y llegar al aeropuerto estuvo tratando de adivinar adónde se dirigían. Preguntó a Enzo en repetidas ocasiones, pero solamente recibía el silencio por respuesta. No fue hasta que llegaron a la puerta de embarque que vio que se dirigían a la isla de Menorca. Nada más llegar a hotel y dejar las maletas en la habitación fueron a la playa. Al ser otoño no les hacía falta cambiarse de ropa, así que corrieron hasta allí.

—No hay nada como esto —dijo Silvia.

Enzo la cogió de la mano y se la besó sabiendo que llevaba toda la razón.

—Sentir cómo el sol calienta cuando no está nublado, la arena colándose entre los dedos, el olor a sal...

Pasearon por la playa cogidos de la mano y regresaron al hotel cerca del mediodía para almorzar. El hotel estaba ubicado en primera línea y Enzo se empeñó en regalarle el viaje a pesar de que Silvia se quejó. No era lo mismo el sueldo de un camarero que el de una secretaria de un jefe en una empresa importante.

—Enzo, esto debe haberte salido bastante caro y con tu sueldo no me parece bien...

—¿Mi sueldo? Silvia, no empieces.

Ella removía la ensalada de pasta viendo que si seguía por ese camino una discusión comenzaría, pero no era de las personas que se podían callar las cosas y seguir como si nada.

—Me refiero que yo cobro más que tú y deberíamos al menos pagar a medias.

—¿Es que crees que no puedo permitirme pagar estos días? No me gusta hablar de dinero, Silvia, pero tengo ahorros y yo me lo gasto en lo que me da la real gana. Y la real gana es pagarle a mi novia estos días para disfrutar con ella, ¿estamos?

No contestó a lo que le dijo porque no deseaba que esos días se convirtieran en algo amargo. Terminaron de comer y subieron a la habitación a descansar. Silvia se estaba lavando los dientes cuando lo vio entrar.

—No quiero discutir y menos aquí. Hemos venido a pasar unos días de descanso y a disfrutar. Sé perfectamente que cobras más que yo, pero a mí no es algo que me preocupe porque mi trabajo me hace feliz. Ser un simple camarero en un local de copas donde puedo tocar de vez en cuando con algunos colegas me hace feliz. No necesito nada más. Déjame estar aquí, regalándote algo ya que no puedo regalarte muchas cosas más...

Silvia dejó de lavarse los dientes, se enjuagó la boca y sin dejar de mirarle a través del espejo le contestó:

—Mi intención era simplemente que supieras que podíamos pagarlo entre los dos, pero si es algo que te hace ilusión, lo recibo encantada. Yo nunca he menospreciado tu trabajo. Solamente quería decir que no quiero que por gastarte el dinero en este viaje luego estés el resto del mes pasándolo mal. A mí eso de que la chica gane más en la relación me da igual. No necesito a un hombre que sea empresario o que gane millones al mes, solo quiero a alguien que me quiera por mí. Que sea sincero y esté a mi lado. Gracias, Enzo.

Se giró y se acercó a él. El abrazo en el que se fundieron pareció durar años. Apagaron la luz del baño y se recostaron sobre la enorme cama de sábanas blancas. Silvia acostada sobre su

pecho sintiendo el latido de su corazón mientras él le acariciaba el cabello con suavidad. No hizo falta hacer el amor ni hablar más. Con aquel sencillo abrazo se quedaron dormidos sin necesitar nada más. Silvia confiaba en aquel hombre que la quería sin criticarla. Enzo sintió miedo a perderla por primera vez pues de todo lo que le dijo en el baño en una cosa la había fallado: en ser sincero con ella.

LA CAJA

A veces la vida pasa tremendamente despacio y otras veces vuela. Así se sintió Silvia cuando el último día de estar en la isla llegó. Durante esos días habían comido hasta reventar, dieron largos paseos por la playa de la mano, visitaron la ciudad, se subieron a un barco de noche donde cenaron con el movimiento del mar... fueron días de ensueño.

—No quiero volver mañana.

—A ver si te crees que yo sí...

No importó que no fuera verano y las temperaturas fueran más frías que cuando vas en esa época. Lo disfrutaron de igual forma y se sentían tan a gusto uno con el otro que no querían por nada del mundo que llegase el final. Desgraciadamente todo lo que empieza tiene un final.

—No sé si me ha gustado más montar en barco de día o de noche —murmuró Silvia mirando a las azules aguas del mar Mediterráneo.

Como colofón para su último día en la isla optaron por disfrutar de un pequeño crucero que recorría algunas islas cercanas incluyendo la comida y el precioso atardecer que tendría lugar en unos minutos. Estaban sentados esperando a que llegara ese momento, con las manos entrelazadas mirándose con auténtica devoción.

—Es increíble —dijo Silvia viendo la puesta de sol.

Enzo sacó una pequeña caja de su bolsillo. Cuando ella lo vio casi se le detuvo el corazón. No podía ser lo que se estaba imaginando. La mirada cambió de devoción a miedo, pero él enseguida despejó esa duda.

—Silvia, nunca me había enamorado de una forma tan rápida, tan loca e intensa. Sé que estoy loco por ti porque cuando te miro me falta el aire y solo desearía estar las veinticuatro horas del día a tu lado.

—Enzo...

La emoción se atascó en la garganta de la secretaria que dejó de mirar el atardecer para centrarse en los ojos del chico que la tenía completamente enamorada.

—Sé que no he hecho cosas bien y seguro que habrá otras cuantas que no haga tampoco de la manera más correcta, pero con esto quiero decirte que confíes plenamente en mí porque te quiero y porque quiero seguir compartiendo mi vida contigo sin importar nada más.

Abrió la caja y durante esos segundos casi le dio un infarto a la chica que se moría de los nervios por ver lo que se encontraba en su interior. Si la pregunta que ella esperaba la hacía, ¿qué le podía responder? Por supuesto que estaba enamorada de él, ¿pero estaba preparada para dar un paso tan gigante? Pronto se disipó cuando vio una llave dorada en su interior. Silvia subió la vista para mirar a Enzo que con cuidado la cogió y se la ofreció.

—Esta es la llave de mi apartamento, es tu copia, porque quiero que vayas allí siempre que quieras y te des cuenta de que no te oculto nada. Mi apartamento también es tuyo.

Silvia se echó a reír un poco presa del nerviosismo y la aceptó antes de darle varios besos cortos en los labios al loco de su novio que la había asustado. Guardó de nuevo la llave en la caja con cuidado y la echó al bolso volviendo a disfrutar de la puesta de sol que marcó un momento tan importante.

RECONCILIACIÓN

Volver de unas vacaciones, a pesar de ser cortas, de ensueño, nunca es agradable. Silvia se quedó en su apartamento para poner algunas lavadoras y limpiar la casa ya que el lunes llegaría en unas horas y tenía que ir a trabajar de sol a sol. Desde que comenzó su relación con Enzo se dio cuenta que la vida no es solamente trabajo, sino que también es importante disfrutar de los días de descanso, de los días de luz en ese otoño que en breve terminaría. Y pensando en el trabajo recordó que no había vuelto a cruzar palabra con Lara desde la trifulca que tuvieron. Por mucho que su amiga y compañera de trabajo le enviase mensajes ella los obviaba todos. Rozaba la crueldad y sintió que era el momento de sentarse con ella a hablar. Le envió un mensaje pidiéndole que fuera a casa a cenar con ella y así lo hizo. Enzo trabajaba en el bar y no saldría hasta tarde.

—Hola.

—Hola.

Todo bastante frío para empezar. Lara entró en el piso de su amiga y se sentó en ese sofá donde había mantenido tantas conversaciones y compartido mil historias. Silvia le ofreció tomar algo, pero lo rechazó.

—Tú dirás.

—Lo primero, quiero disculparme por cómo te he tratado, no debería haberte ignorado tan fríamente y merecías explicarte al menos. Lo lamento muchísimo, pero estaba tan en *shock* en ese momento que no sabía cómo...

—Pues a Enzo bien que lo perdonaste bien pronto. No me gusta usar las típicas frases, pero ya sabes que los novios van y vienen, pero las amigas no. Lo nuestro perdura, o al menos así debería ser...

Silvia se merecía todo lo que Lara quisiera decirle porque se pasó tres pueblos y una aldea con ella. Lo reconocía y no podía hacer nada para disculparse.

—A veces creemos que decir la verdad es lo sensato, lo bueno, lo que nos hace ser íntegros, pero en el fondo nos damos cuenta de que puede ser un error. No todo el mundo está listo para oír la verdad siempre y ese fue tu caso.

—Llevas razón y no debía haberte castigado tanto. ¿Serás capaz de perdonarme por ser una gilipollas integral?

Lara se rio y acto seguido se abrazó a su amiga a la que tanto echaba de menos. Ambas se disculparon ochocientas veces más y se pusieron al día después del tiempo separadas. Silvia por su parte le contó su corto viaje con Enzo tan maravilloso que echaba purpurina por los ojos al hablar para después contarle que Penélope había optado por poner distancia y marcharse al continente americano.

—No quiso despedirse de mí en persona porque me dijo que las despedidas le ponen demasiado melancólica y no le gusta que la gente vea esa imagen de ella. Intenté convencerla, pero no hubo forma.

—Esa es ella. No creo que poner una distancia física sea ninguna solución, pero así lo decidió. No podemos más que respetarla y apoyarla, aunque no estemos de acuerdo en la decisión tomada.

—Sobre todo me sabe mal por Álvaro. Con todo lo crío que ella dice que es me parece un chaval supermaduro y centrado a diferencia del imbécil de Henry que dejó pasar a semejante mujer.

Divagaron un poco más sobre Penélope y sus líos amorosos hasta que llegó la *pizza* y se pusieron una peli de una de las mil plataformas que tenía contratada y de las que apenas veía un cinco por ciento de todas ellas. Cuando acabó, Lara se despidió de su amiga con el brillo en los ojos perdido días atrás por su estúpido error. Volvía a respirar porque para ella la amistad era algo infinitamente importante y de nuevo todo estaba en su lugar.

—Hola, nena...

Enzo volvió destruido del trabajo esa noche. Trabajar después de unos días de total descanso solía pasar factura. Se lanzó a la cama sin gana de probar bocado y Silvia lo arropó incluso con la ropa puesta.

—Ya veo que ha sido un día agotador —él asintió más cerca del mundo de los sueños que de la realidad.

—¿Tú... todo bien?

Silvia le dio un beso en el cogote y le susurró un «sí» cerca del oído. Fue lo último que acertó a oír el camarero antes de caer rendido ante el sueño. Ella fue al baño a lavarse la cara y echarse la crema antes de reunirse con Enzo en la cama, pero un pitido en su móvil le recordó que no lo había puesto en silencio.

No quiero que volvamos a estar distanciadas por secretos, así que...

El comienzo del mensaje de Lara le hizo fruncir el ceño, asustada.

... habla con Enzo. Aún hay cosas que no sabes.

UNA OFERTA DE TRABAJO

Silvia no pudo dormir después del mensaje de Lara que la dejó bastante asustada y algo enfadada. Lo primero porque la mente es tremenda y maquiavélica y no dejó de imaginar que Enzo quizá era un asesino en serie; y lo segundo porque el chico que dormía a su lado ocultaba más secretos y no había sido capaz de confesárselos, igual que no le confesó nunca que convivía con una exnovia bisexual.

Se levantó para volver ese mismo día al trabajo. Allí pillaría a Lara y le pediría que fuese algo más esclarecedora en cuanto a aquel mensaje de madrugada. No bebieron alcohol en su casa, ¿quizá Lara bebió antes de enviarle eso? Era poco probable porque se lo envió apenas media hora tras dejar su casa. No le dio tiempo a pensar más cuando llegó la hora de subirse nuevamente a los tacones y regresar al trabajo. Entró al dormitorio donde el camarero que la volvía loca, y al parecer ocultaba secretos, seguía durmiendo plácidamente. Como si la conciencia no le fuera a estallar por lo que fuera que le estaba escondiendo. Le dio un beso en la mejilla a lo que él respondió con un ronroneo y se fue a trabajar.

De nuevo en su oficina parecía que seguía todo igual. Su jefe tan trabajador como siempre a la vez de amable y educado, el mismo ajeteo de gente yendo y viniendo, de repiqueteos de tacones por los pasillos, teléfonos sonando, miradas de envidia...

—Silvia, quiero verte en mi despacho a las once.

Mauricio, el estresado, pasó por su despacho un minuto para pedirle que fuera a su oficina a la hora indicada y a Silvia apenas le dio tiempo a contestarle cuando él ya había desaparecido. Tenía la mala costumbre de dejar la puerta abierta así que se levantó para cerrarla cuando vio a lo lejos a Lara dirigirse a la sala del desayuno. Era el momento que estaba buscando. Fue hasta allí y por suerte vio que estaban solas.

—¿Ya vas por el primero?

—Tercero ya y solo son las nueve y media de la mañana.

Silvia removía con el palito de madera su café queriendo saber por qué su amiga ya llevaba semejante cafeína en su cuerpo. Cada una apoyada a un lado de la isleta del centro de la sala le dijo que su novia roncaba más que un camionero resfriado y apenas conseguía conciliar el sueño por las noches.

—¿Vas a explicarme el mensaje de anoche o vamos a seguir fingiendo que no existe?

—Ya te dije que todavía hay algunas cosas que desconoces de Enzo. Te he puesto sobre la pista, ahora te toca a ti mover ficha o esperar a que sea él quien la mueva.

—¿Pero de qué coño me hablas? No hables en código porque no me gusta. ¿Qué sabes? ¡Desembucha ya!

Lara se bebió el café de un trago y se dispuso a prepararse otro. Iba a estallar de una sobredosis de cafeína de seguir así. Por desgracia entró más gente a la sala de desayuno y no pudieron continuar con la charla. Al ver que los compañeros no pensaban marcharse con rapidez, Silvia tiró su vaso de plástico a la papelería y regresó a su despacho. Aún le quedaba mucho trabajo y Mauricio necesitaba verla en su oficina en un rato. Ya estaba sentada revisando correos cuando Lara entró y cerró la puerta.

—No puedo porque no me corresponde a mí contarte nada. Solo te digo que aún hay cosas

que no sabes sobre Enzo que considero importante que conozcas.

—¿Y cómo es que tú las sabes?

No hizo falta que le respondiera porque justo en ese segundo se dio cuenta de por qué ella era conocedora y Silvia no. Daniela, la novia de su amiga que a la vez era ex de su novio. Dios, qué enrevesado comenzaba a sonar todo.

—Entiendo que tu novia y tú os dedicáis a chismorrear sobre vuestras parejas anteriores, ¿o acaso solamente habláis de Enzo y de mí?

—Las cosas no son así, Silvia.

—Pues entonces dime cómo son, Lara. —Se recliné en su silla con los brazos cruzados bastante molesta.

—Solo te digo que Dani me ha contado algunas cosas de Enzo igual que me ha hablado de sus otras relaciones y yo he hecho lo mismo. Si no fuera Enzo ni siquiera te lo habría comentado porque ni te va ni te viene, pero creo que en una pareja la honestidad debe ser un pilar fuerte...

Silvia no aguantó más la charla de psicóloga barata y se levantó. Apoyándose sobre las manos en la mesa y con una rabia que inundaba cada fibra de su ser empezó a darle tremendos gritos. De nada servía tener la puerta cerrada.

—¡No necesito tus consejos de cómo vivir en pareja, así que te los puedes meter por el culo! ¡Vete a tu piso con tu novia la cotilla y no vuelvas a meterte en mi vida!

Lara ni siquiera se defendió, cogió el pomo de la puerta y salió cerrando la puerta. Al salir se encontró con cientos de miradas congeladas que la observaron caminar hasta llegar a su cubículo donde se sentó a trabajar como si mil millones de ojos no estuvieran fijas en ella. Silvia, por su parte, se dio cuenta de la reacción tan desmedida provocada sobre todo por saber que su amiga y la pareja de ella sabían más de su pareja que ella misma.

Dio vueltas por el despacho sintiéndose lo peor mientras los pensamientos intrusivos no dejaban de agolparse en su cabeza. Tenía que saber de qué se trataba, pero el propio Enzo no se había dignado a contarle nada. A lo mejor no era tan grave como su mente imaginaba.

—Silvia, ¿va todo bien?

«Lo que faltaba», pensó. Idoia, la mujer que más envidia le tenía de toda la oficina entró a su despacho sin llamar antes. Presa de los nervios tenía ganas de estamparle la cara contra la mesa, pero eso era precisamente por lo que acudió al despacho de la secretaria del jefe, para verla humillada.

—Sobre ruedas, ¿necesitas algo?

—Yo no, pero quizá quien lo necesite seas tú después de que toda la oficina haya escuchado tu dulce voz a puerta cerrada.

Silvia resopló acogiéndose al último pedazo de paciencia que tenía. Idoia no iba a verla derrotada, mucho menos llorando, aunque fuera lo que más deseaba en ese instante. Se sentó apoyándose en la mesa con los brazos cruzados y la espalda muy erguida.

—No te metas en asuntos que no te competen.

—¿O qué...?

La víbora estaba quitándose la careta. No eligió buen día para hacerlo.

—O nada. Yo no amenazo, querida Idoia. Yo actúo y no creo que te apetezca medirme conmigo. Después de todo tengo el trabajo que tú deseas.

La mujer que fue en su busca para calentarla aún más y hacerla explotar buscaba eso: que montase una escena y Mauricio la pusiera de patitas en la calle ya que de esa manera ella podría tener su puesto de trabajo que anhelaba hace años.

—Nadie es imprescindible jamás, Silvia. Grábate eso a fuego.

Se giró y se fue dejando en el aire esa mala energía que desprendía. Estaba harta de tener que aguantar a tipas como ella que le ponía buena cara, pero que en cuanto podían la ponían verde por detrás o le lanzaban pullas. Aparte de tener que lidiar con un secreto o varios de su novio con el que estaba en un buen momento, pero de quien no dejaba de dudar pues la gente se aseguraba de sembrar la semilla de la duda. Por no hablar de la reconciliación con Lara que duró menos de un suspiro.

El teléfono de la mesa sonó y no pudo ignorarl por mucho tiempo. Estaba en msu trabajo y no podía volverse loca. Tenía que seguir como si nada.

—¿Tengo que ir yo a tu despacho?

«Mierda». Miró su reloj. Eran la once y cuarto. Si algo le apasionaba a su jefe era la puntualidad. Colgó y tras coger el bloc de notas y el boli salió disparada de la oficina con la mala suerte de chocarse con el becario que repartía los sobres y cartas a los empleados de la oficina. Si ya por lo de antes la gente la miraba, estamparse con el pobre Julián no ayudó a que dejaran de observar. Se disculpó y le ayudó con tanta prisa que no hacía más que tirarlo todo antes de volver a ponerlo en su carrito. El chico le pidió amablemente varias veces que no se preocupara, pero en sus ojos podía leer que estaba harto de que su ayuda fuera tan poco productiva. Cogió de nuevo el bloc y el bolígrafo y corrió al despacho de Mauricio.

—Perdón, al salir me he chocado con Julián y ha sido todo un desastre —habló la secretaria sin aire en los pulmones por la carrera.

Mauricio la miraba entre preocupado y cansado. Nunca le había visto esa expresión en su mirada y eso fue algo que no le gustó nada. Silvia se sentó despacio, abrió el bloc y se dispuso a escribir lo que su jefe quisiera dictarle. Aguardó a que él dijera algo, pero nada. Se levantó y se sentó frente a ella, apoyado sobre la mesa.

—Silvia, no necesito que escribas nada. Solo te he hecho llamar porque veo que desde hace un tiempo el trabajo se te ha hecho cuesta arriba y has necesitado trabajar menos tiempo.

«Joder, ¿iban a echarla?», fue lo que pensó muerta de miedo. Cuando en su vida las cosas se tambaleaban, el trabajo era lo único a lo que podía aferrarse, agarrarse como si fuera la cuerda que tiraba de ella y así poder flotar en la inmensidad de la incertidumbre que la rodeaba.

—No me mires así, que ni mucho menos te estoy despidiendo. Al revés, hay un puesto de trabajo en Florencia que quizá te vendría bien. Allí el horario no sería tan exigente como este y a lo mejor el cambio de aires te vendría bien. Piénsatelo.

NO TE METAS

Lara se marchó a su propio apartamento a estar tranquila ese mismo día. No quiso ir a ver a Daniela porque iba a estar nerviosa y seguramente se preocuparía por ella. Era lo último que deseaba, que la mujer que le estaba abriendo un nuevo mundo tuviera que soportar sus mierdas. Lo que pasa es que no nos damos cuenta de que cuando cambiamos una rutina que ya se ha impuesto no hay vuelta atrás y a Dani le mosqueó que Lara no fuera a su casa a comer y a pasar la tarde como hacía cada día.

—¿Qué haces aquí?

—¿Esa es tu forma de darme la bienvenida a tu hogar? —se mofó la camarera al ver la cara de su novia.

Pasó adentro y se sentaron en el sofá negro que ocupaba la mitad del salón. Lara estaba bebiendo tequila con música deprimente de fondo y estaba a oscuras.

—Ya podías encender alguna luz y no vivir en esta penumbra que no se ve una mierda.

Lara la ignoró y siguió bebiendo hasta que Daniela le quitó la botella, no sin forcejear un poco.

—Deja de beber como una loca y cuéntame qué pasa.

—No pasa nada. —Dani levantó una ceja, incrédula.

—Eres tú la que me da charlas magistrales sobre la sinceridad en la pareja y no sé qué más, así que desembucha de una vez. Tengo que estar en el bar en una hora.

La frialdad con la que habló a su chica fue la gota que colmó el vaso de Lara que estaba hasta arriba. Se echó a llorar y Daniela se sintió tremendamente idiota al no ver que había algo que hería a su chica. Se mordió el labio para no decir más tonterías y la abrazó un largo rato.

—Lo siento, es solo que ha sido un día duro.

—Creía que ya te habías reconciliado con Silvia y las cosas iban mejor.

—Y así era hasta que anoche le dije que Enzo le oculta cosas. Esta mañana ha querido hablar del tema y cuando le he dicho que es él quien debe contarle las cosas porque es muy importante la honestidad en la pareja me ha mandado a tomar por culo.

Daniela estaba alucinada, pero Lara no había acabado aún.

—Estábamos en su despacho con la puerta cerrada, pero me lo ha gritado con tanta rabia que se ha enterado toda la planta. He salido de su oficina y con toda la dignidad que pude volví a mi mesa con las miradas de mis compañeros en el cogote. Incluso la pécora de Idoia se ha atrevido a venir a preguntarme qué pasaba. Será zorra...

La camarera estaba loca por esa chica tímida e insegura que había salido del armario hacía relativamente poco y a la que le quedaba mucho camino por recorrer. Quizá su inocencia e ingenuidad era lo que más adoraba de ella, pero cometía errores garrafales que le impedían avanzar en el camino.

—No te das cuenta de que hay terrenos que no tienes que pisar porque no son de tu incumbencia. Comprendo que no quieras tener secretos con ella que es tu amiga, pero no es cosa tuya contarle las cosas de Enzo. Él es su pareja y es quien debe hacerlo. No sé si está buscando el momento adecuado o si no está preparado todavía para hacerlo. Lo que sé cien por cien es que si continuas por ese camino vas a perder a tu amiga. La frase de que los novios vienen y van es

muy bonita, pero cuando estamos enamoradas no queremos saber nada más. Solo vemos al que está a nuestro lado. Puede ser un psicópata, un maltratador o un manipulador que para nosotras es la mejor persona del mundo. Da igual lo que te digan, no ves más allá.

—Pero yo solo quería...

Dani le puso un dedo en los labios mientras negaba con la cabeza. Lara suspiró, resignada y se acurrucó aún más en el sofá.

—Si dos personas son felices, no te metas. Y si no lo son, tampoco. No es cosa tuya, cariño.

EL JARRO DE AGUA FRÍA

Silvia llegó a su casa ese día hecha un auténtico lío. La cabeza le dolía tanto que sentía cómo le latía en las sienes el dolor punzante. Solo quería darse un baño y dormir sin siquiera comer nada. Al llegar al apartamento se encontró una nota de Enzo que le dijo que tenía que haber ido al bar antes de tiempo y que tenía lasaña de atún en el horno para calentar. ¿Realmente tuvo que irse antes a trabajar o era uno de esos secretos que ocultaba? Calentó la lasaña porque olía deliciosamente y su estómago necesitaba algo. Mientras comía llamaron al timbre y se llevó una grata sorpresa al ver a su madre en su casa.

—Como estás tan ocupada vengo yo a verte, cariño.

—Mamá, hoy no es el día. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Su madre se preparó un té que se fue tomando mientras su hija comía.

—¿Qué sucede, mi vida?

—Mucho y nada a la vez. Cuéntame qué tal estás tú.

—Fenomenal. Puri ha sido abuela ya y el bebé es una ricura, cariño. Ay, qué pena...

Silvia estaba harta de ese tono lastimero de su madre porque no iba a ser abuela, pero obvió el comentario final porque estaba tan agotada de tener tantos frentes abiertos que abrir uno más no era una opción en ese momento.

—Y para celebrarlo me ha dicho que si nos vamos de viaje las dos. Iba a irse con Luisa, pero la mujer se ha roto la cadera y no puede.

—Eso suena genial, mamá. ¿Adónde?

—Uy, no. Quitá, quita. Ya le he dicho que no puedo dejar a mi hija sola.

Anonada porque la seguía tratando como si tuviera trece años dejó de comer mirando a su madre cruzada de brazos y con el ceño fruncido.

—¿Es en serio, mamá? No me puedo creer que le cuentes esa milonga a la gente, que van a pensar que tengo alguna tara o algo.

—Anda, anda. No digas bobadas, Silvia. Puri me ha dicho que hay un crucero por las islas griegas a muy buen precio y que sería irnos un mes entero.

—Mamá, eso pinta fenomenal. Seguro que lo disfrutas y mira, yo estoy siempre superliada currando, saliendo con las amigas, con Enzo. Vete y disfruta, que te lo mereces.

Tardó un rato en convencerla, pero finalmente lo hizo. Su madre se merecía ese viaje y disfrutar sin agobios ni penas que le pesaban tanto en el corazón.

—¿Seguro que vas a estar bien?

Silvia insistió en decirle que sí, aunque lo que hubiera deseado habría sido llorar en el regazo de su madre porque no entendía nada de lo que circulaba a su alrededor. Se tragó las lágrimas y le pidió que le enviase muchas fotos. En dos días cogían un tren a Barcelona y embarcaban en el crucero. Quiso llevarla al tren ese día, pero su madre le dijo que no era necesario porque Puri y ella ya habían quedado en apañarse solas. Se despidió de su madre con tremenda felicidad al ver que a su madre le hacía ilusión ese viaje.

Recogió la cocina y se tumbó en el sofá con un mensaje de Enzo diciéndole que la echaba de menos y unas cuantas guarrerías que pensaba hacerle al llegar a casa por la noche. Silvia seguía con esa duda que Lara había sembrado en su mente y no conseguía sacárselo de la cabeza. No

dormir durante la noche hizo que se quedara frita en el sofá tras leer el mensaje de Enzo, pero por desgracia alguien llamaba insistentemente a la puerta y no cejaba en su empeño de que le abriesen. Se calzó y con su bata de unicornios fue hasta allí con cara somnolienta.

—¿Sí?

Una mujer rubia, alta, bastante bien vestida y maquillada la miraba subida a unos tacones que no bajarían de los mil euros. Lo que más le sorprendió fue que la mujer llevaba un sombrero elegante. Silvia se restregó los ojos y le preguntó qué quería.

—La puerta de abajo estaba abierta y por eso me he aventurado a subir.

—¿Y qué desea?

La mujer del sombrero era tremendamente guapa y tras echar un nuevo vistazo vio que incluso llevaba guantes a juego con el sombrero. No sonreía, sino que miraba hacia el interior con curiosidad.

—¿Está Enzo?

—¿Quién lo busca?

—Su mujer.

NEKANE

Silvia sintió como si la partiesen por la mitad en cuanto escuchó esas dos palabras: «su mujer». ¿La persona que tenía frente a ella era la esposa de su pareja? Imposible, algo así tan importante se lo habría dicho. No se puede mantener una relación con una persona y no confesarle que está unido en matrimonio a otra persona.

—¿Podría pasar?

—Cla... claro.

Se hizo a un lado y la mujer entró en su modesto apartamento. Clavaba el tacón a cada paso que daba con tanta seguridad en sí misma que apabullaba. Dios, no es que no fuera guapa es que era una mujer delgada y preciosa. No había rastro de defecto en su cuerpo. Silvia la guio hasta el salón y se sentó en el sofá. Dejó su bolso de mano a juego con el sombrero y los guantes en la pequeña mesa de café y posó sus manos sobre las rodillas. Silvia, en su propia casa, se sentía diminuta. Los kilos, la ropa de estar por casa, sin peinar ni maquillar... habría deseado poder mejorar su imagen, pero estaba tan bloqueada que no pensó que fuera algo importante.

—¿Desea tomar algo?

Increíble, ¿le estaba ofreciendo algo de tomar a la mujer de su novio? ¡Qué rocambolesco era todo! La mujer negó con la cabeza mientras no dejaba de mirar a su alrededor como si el interior del apartamento le pareciera algo insignificante.

—¿Tardará mucho en llegar?

Silvia miró el reloj y vio que aún quedaban un par de largas horas hasta que Enzo entrase por esa puerta. ¿De qué demonios se suponía que iban a hablar?

—Todavía le quedan un par de horas en el bar.

—¿El bar? —preguntó extrañada.

—Sí, el bar donde trabaja.

La mujer asintió con la cabeza sin que le sorprendiera demasiado la respuesta de Silvia.

—No sé si él vive aquí, pero es de donde se le ha visto salir con más frecuencia últimamente. Por eso me he atrevido a venir ya que hace tiempo que no se digna a responder a ninguno de mis mensajes. Si no hubiera sido por algo grave jamás habría venido. No crea que vengo a crearle problemas.

La educación de la señora era impactante. La secretaria no había escuchado a nadie hablar así antes en su vida. Sintió que se mareaba porque la situación era de lo más desagradable y se excusó un momento. Fue hasta el baño de su dormitorio y se echó agua en la nuca y en la frente. Se miró al espejo y las ganas de llorar le hicieron explotar, aunque se tapó la boca silenciándola pues no quería llorar delante de la que era la esposa de Enzo. Joder, es que cada vez que decía esa frase le parecía mentira. Volvió a mirarse al espejo y se dijo que no podía seguir vestida de esa manera, así que se lavó la cara tragándose el nudo que la ahogaba y se hizo una coleta. Del armario cogió unos vaqueros, un jersey verde oliva y se calzó unas botas negras UGCC.

—Disculpa la tardanza, pero no estaba presentable y me sentía un poco incómoda.

—Oh, no deberías, querida. Imagino que estás en tu propia casa y que eres la pareja de mi marido.

Dios santo, sonaba casi a sacrilegio. Silvia asintió y empezó a hacer preguntas. Todas esas

que rondaban su cabeza desde que le dijo quién era. Pensó en Enzo, en todos los momentos que habían vivido y en las palabras bonitas que él no paraba de decirle. Es que simplemente no podía ser. Por desgracia, lo era. La mujer le contó desde el día que se conocieron hasta el día en que él se marchó para comenzar una nueva vida. Una bombilla se encendió en la cabeza de Silvia. ¿Era eso a lo que Lara se refería?

El sonido de unas llaves entrando en la cerradura de la casa cortaron el monólogo de la mujer de Enzo que entraba por la puerta en ese instante.

—Ya estoy en casa, nena. No veas qué noche hemos tenido... ¿Nekane?

Silvia llevaba un par de horas hablando con esa mujer sin saber su nombre hasta que salió de los labios de Enzo. Petrificado se había quedado y lo segundo que hizo tras mirar a su mujer fue dirigir la mirada a Silvia. Ni siquiera se atrevió a decirle nada. Se levantó y tras despedirse de la mujer de su pareja fue a por su abrigo y se marchó de su propia casa.

—Encantada de conocerla.

Pasó por el lado de Enzo que no tuvo fuerzas para tocarla, mucho menos para decirle nada. Simplemente se quedó con la vista fija en el suelo. Silvia deseaba derrumbarse en el suelo del rellano, pero su objetivo era otro y tenía que llegar allí entera. Cogió un taxi y llegó en diez minutos. Corrió por las escaleras sin detenerse a esperar al ascensor y llamó al timbre de forma repetitiva. Por supuesto que no eran horas para llamar a una casa, pero estaba tan destruida que era el único sitio donde podría encontrar consuelo.

—¿Silvia?

Lara se quedó asombrada al ver a su amiga allí. En cuanto le abrió la puerta y dijo su nombre, entró dentro y se lanzó a los brazos de su amiga, empapada en lágrimas.

VOLVER A CASA

—No tenías ningún derecho de venir a esta casa.

—No me has dejado alternativa cuando no contestas a los mensajes de nadie de la familia.

Enzo tiró la cazadora de cuero que llevaba en la mano al suelo sin importarle que la ropa quedara allí. De estar Silvia no lo habría hecho porque a ella le encantaba el orden demasiado y en ese momento todo era caos y confusión. «Joder, estaría alucinando. Ojalá pudiera salir de allí y correr a buscarla. Abrazarla y calmar todas las emociones burbujeantes que le desbordaban».

—Enzo, de no ser una urgencia no habría venido. —Nekane le sacó de sus pensamientos sobre Silvia.

—No me lo creo, tú lo único que quieres es que vuelva contigo y sabes que no lo haré.

La mujer se quitó el sombrero que dejó sobre la mesita de café con sumo cuidado y se acercó al que todavía era su marido. Le acarició la mejilla observándolo. Hacía tanto tiempo que no le veía que deseaba tocarle para recuperar la sensación que experimentaba cuando él estaba cerca y la amaba.

—Te he echado tanto de menos que me duele...

Enzo retiró la mano de su mujer de la mejilla y le dio la espalda. Miró hacia la cocina donde aún estaban los platos del plato de lasaña que preparó a Silvia horas antes cuando todo era calma y felicidad. Volteó de nuevo para mirarla y enfrentarse a ella.

—De sobra sabes que no hay nada entre nosotros. Dime qué es eso tan urgente por lo que has venido a buscarme y lárgate.

—Es tu madre. Está enferma.

El dolor golpeó en el pecho al camarero que a pesar de no tener trato con su familia no dejaba de quererlos. A pesar de que ellos nunca lo comprendieran y desearan cambiarlo, hacerlo a su imagen y semejanza.

—¿Cómo me has encontrado aquí?

—Eso no tiene importancia ahora mismo...

—¡Y una mierda! Por supuesto que la tiene. Nadie de la familia sabe dónde vivo y de golpe, ¡zas! Te apareces en este apartamento.

Nekane subió la cabeza altiva pues sabía que cuando fuera sincera, él se iba a cabrear mucho y con razón.

—Contraté a un detective para que te siguiera.

Enzo bufó llevándose las manos a la nuca y su mujer fue hasta él cogiéndole de las manos mientras buscaba su rostro para que la mirase a la cara.

—Tienes que entenderlo, cariño. Nadie sabía nada de ti, no te ponías en contacto con nosotros desde hacía meses y cuando supimos lo de tu madre era urgente que volvieras a casa.

El chico se zafó de las manos de la mujer que tanto daño le había hecho en el pasado junto a su familia y dio vueltas por el salón, contrariado. No podía ser, no estaba sucediendo de nuevo. El agobio, el acoso de su familia rozaba los límites de la locura.

—No pienso irme de aquí sin ti.

Enzo se detuvo para mirarla a la cara y supo que ese era el objetivo de Nekane. Llegó hasta el piso de Silvia para desatar la bomba y asegurarse de que él regresaba con ella al hogar familiar

del que saliera huyendo años atrás.

—Pues ya puedes esperar sentada. Me iré si yo lo decido, pero tú no vas a ponerme la correa y a tirar de mí como si fuera un perro. Ya no, Nekane.

La mujer cogió de nuevo el sombrero y el pequeño bolso de mano pues ya había dicho lo que tenía que decir y solamente quedaba esperar a que él recogiera el anzuelo y volver de donde nunca tuvo que irse.

—Si sabes lo que te interesa, volverás. Se acabó la vida de bohemio que no se preocupa por nadie más que por sí mismo. Tienes responsabilidades en casa que ahora más que nunca te necesitan.

Y tras decirle aquello desapareció por la puerta del apartamento cerrado con tanto sigilo que apenas parecía que alguien había salido por ella. De nuevo ahí estaba, la presión familiar ahogándole, diciéndole que él no podía vivir la vida que deseaba, sino la que se le marcó el día que nació. Y con toda esa marabunta en la cabeza solamente le preocupaba una cosa: Silvia. Cogió la cazadora del suelo, se la puso y agarró el casco de moto que dejó en la entrada. Lo importante en ese momento era ir a buscarla y darle todas esas explicaciones que llevaba tiempo guardando por miedo.

Y LLEGA EL CAOS

Todo se detuvo en el instante en que Nekane dijo que era la mujer de Enzo. Esposa, mujer, cónyuge, consorte... Era una palabra sencilla demasiado amplia que le quitó el aire de los pulmones y paró su vida.

—Silvia, tienes que beber un poco. Estás helada.

Lara se empeñaba en que bebiera de la tila que Daniela le preparó, pero seguía en su mundo. Era incapaz de articular palabra, solamente lloraba y lloraba. Tirada en el suelo donde cayó cuando entró en el piso de las chicas no había sido capaz de moverse, ni ellas pudieron.

—Imagino que has hablado con Enzo.

Dani miró a su novia haciendo gestos con la cabeza tras la obviedad que acababa de soltarle. Era más que evidente que ya habían mantenido la temida conversación.

—Silvia, tranquila. Todo aquello fue hace ya tiempo. Ya ves, ahora estamos Lara y yo juntas y todo eso quedó en el pasado.

La secretaria no sabía a qué se refería la novia de su amiga y la miró mientras se sonaba la nariz en un pañuelo. Daniela prosiguió:

—Lo único que me apena de todo lo que vivimos fue haber perdido a nuestro bebé.

«¿QUÉÉ?», a Silvia le explotaba la cabeza. ¿De qué narices hablaba? ¿Pero también un bebé? La camarera entonces entendió que no estaba así por aquello. Se mordió el labio un segundo, arrepentida por abrir la boca.

—Por lo que veo no es eso de lo que habéis hablado...

Silvia se encogió agarrándose a sus rodillas sin poder dejar de llorar mientras Lara le acariciaba la espalda de arriba abajo tratando de calmarla, lo que era prácticamente imposible. Se limpió la nariz con el jersey y tras limpiarse los ojos miró a las dos chicas explicándose.

—Ha llegado a mi casa una mujer bastante guapa y elegante que se ha presentado como su mujer. ¡Su mujer! ¿Os lo podéis creer? Tengo... o tenía una relación con un hombre casado. Y además me entero de que estuvo a punto de ser padre contigo. ¡Es que no entiendo una mierda!

Lara no se sorprendió por lo que su amiga comprendió que ya lo sabía todo. No quería también tener que enfadarse con ella así que ignoró el pensamiento de *no te lo han contado*.

—Silvia, tienes que escucharlo. Sé que ahora mismo todo es demasiado, pero al menos concédele el beneficio de la duda.

Se echó sobre Lara que la abrazó, consolándola y Daniela las dejó a solas.

—Siento mucho no haberte contado nada, pero Dani me lo pidió. Es Enzo quien tiene que darte todas las explicaciones y a quien tienes que hacer todas las preguntas.

Justo en ese instante sonó el timbre de la puerta y sin contestar Silvia supo que se trataba de Enzo. Era la hora de recibir algunas respuestas.

LOS SECRETOS SE CONVIERTEN EN EXPLICACIONES

¿Alguna vez os ha pasado que crees conocer a alguien y cuando te cuentan algo sobre esa persona es imposible creértelo? Es como si te hablasen de una persona completamente distinta a la que crees conocer. Creer conocer, dos palabras que lo significan todo.

Enzo apareció en el piso con aspecto terrible pero no más que el que tenía la propia Silvia. Entró después de que la camarera con la que trabajaba y al parecer tenía un pasado también, le abriese la puerta. Sin dirigirle la palabra a ninguno se fue hasta el dormitorio con Lara dejándoles la intimidad que precisaban en ese momento.

—No tenías que haberte ido de tu propio apartamento.

Silvia tenía un vaso de agua en la mano y estaba con la mirada perdida. No se sentía con fuerzas de mirarlo porque en el segundo en que lo hiciera la imagen de su Enzo se desvanecería y entonces aparecería el nuevo, ese al que no conocía.

—Silvia...

A ella se le escapó un suspiro al oír su nombre, dio un trago al agua y aún con la mano temblorosa fue capaz de apoyarlo sobre la mesa. Inspiró con fuerza y desvió la mirada hasta los ojos de Enzo. Entonces lo sintió: el amor que la llenaba pero que estaba mezclado con el dolor de todos los secretos ocultos.

—Lo siento —empezó a decir Enzo con los ojos llenos de lágrimas. Cuando comenzaron a caérsele por las mejillas se las limpió con rabia.

—Ah, ¿sí?

Silvia estaba sentada sobre el sofá y él se acercó a ella, aunque entendió que no le apetecía tenerlo demasiado cerca por lo que se acomodó en la otra esquina del sofá.

—Nunca quise que lo supieras todo así. Debí decírtelo antes, pero no sabía si ibas a entenderlo.

—Y por eso has preferido que me entere por tu actual mujer o por mi amiga Lara o tu ex con la que convives. En el momento en el que me enteré de que Daniela había sido tu pareja, ¿no consideraste buen momento para soltarlo todo?

Sacudió la cabeza antes de responderle porque Enzo, a pesar de no haber sido alguien que tuviese miedo nunca, cuando se enamoró de ella lo tuvo por primera vez en la vida. Y fue algo que le asustó muchísimo.

—Tenía miedo a que no quisieras seguir a mi lado si te contaba todo.

—Y entonces decidiste que era mejor tener una relación donde los secretos lo ocupasen todo. Muy maduro por tu parte.

Estaba tan sumamente enfadada que no pensaba darle tregua.

—No es fácil, ¿vale? —Se puso en pie, frustrado porque todo su mundo se caía y no había forma de evitarlo.

Silvia resopló moviendo la pierna, nerviosa. Necesitaba respuestas y las necesitaba ya.

—Empieza por el principio, ese que nunca pensaste que era bueno hablar con tu novia.

Enzo se dio la vuelta y apoyado en la ventana del salón empezó a contarle absolutamente todo a Silvia.

—Nací en una familia bastante acomodada, nunca tuve problemas para llegar a fin de mes, al contrario de lo que crees. Mi familia se dedica al negocio del textil y eso siempre da muchos beneficios. Criado en un hogar así se esperaba de mí que yo hiciera lo mismo y continuara los pasos de mi padre, pero a mí jamás me gustó. Por mucho que me quejase no había forma de entenderme y un día me dijeron que no tenía otra opción en la vida más que esa.

Hizo una pausa porque los recuerdos le ahogaban, aunque hubieran pasado años.

—Recuerdo esa conversación con mi padre. Él tampoco quiso dedicarse a ese negocio, pero era herencia familiar, y ¿cómo no iba a hacerlo? No tuvo la suficiente valentía para negarse a hacerlo y continuó en esa vida de autómatas que no le hizo feliz al cien por cien jamás. Yo intenté explicarle a él y a mi madre que a pesar de ser hijo único mi vida no iría por esos derroteros. Yo quería poder viajar por puro placer, dedicarme a lo que quisiera y no estar enclaustrado en un despacho seis días a la semana sin parar.

—Y no lo aceptaron, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Tuvimos mil discusiones hasta que me dieron el ultimátum: si no estudiaba lo que ellos pedían tendría que buscarme la vida yo solo y así lo hice.

Hasta ese momento Silvia entendía todo. La típica familia clasista que no acepta que su único hijo se dedique a algo que le haga feliz y que quiere por todos los medios que el primogénito se dedique a lo mismo y pase el negocio de generación en generación.

—¿Y dónde encaja tu mujer en todo esto?

—A Nekane la conocí porque era la hija de los mejores amigos de mis padres. Nos conocimos desde críos y ella se enamoró casi al instante. Yo me sentía bien porque había una chica a la que le gustaba, que estaba siempre pendiente de mí y no voy a negarlo, me atraía. Ya de adolescentes me dije que no pasaba nada por probar a ver si podía haber algo entre nosotros y así fue como comenzamos nuestra relación. Nuestros padres lo celebraron casi sellando un contrato matrimonial y cuando comenzaron las discusiones con mis padres ella siempre estaba ahí, dándome la razón. Yo pensaba que quizá podíamos irnos lejos de aquel lugar y empezar una vida desde cero, aunque no tuviéramos nada. Me equivoqué, pero lo hice cuando ya nos habíamos casado.

—O sea que ella es igual de clasista que tu familia.

Enzo no pudo más que asentir para darle la razón pues esa fue la primera traición que sintió en propia piel y todavía escocía.

—Ella siempre me dijo lo que yo quería escuchar, pero nunca la verdad. No quería abandonar su existencia acomodada y cuando le planteé la opción de marcharnos con una mano delante y otra detrás, se negó en rotundo. Me trató de loco y me aseguró que ella nunca podría dejar a su familia ni la vida sin apuros en la que vivía.

—O sea que ella tampoco es que te quisiera demasiado, sino más bien que quería seguir con su vida de mujer rica.

Enzo volvió a asentir porque recordar dolía, joder, dolía muchísimo. Silvia se movía entre la sensación de abrazarlo, consolarlo y decirle que comprendía por lo que había pasado y a la vez gritarle y zarandearlo por haber sido tan cobarde por no haberlo compartido antes con ella.

—Realmente nunca estuve enamorado de Nekane. Simplemente era algo familiar y me dejé llevar hasta que me asfixié tanto que hui. Simplemente dejé una carta de despedida para todos y me vine a Madrid. Cambié de número de teléfono y me convertí en un fantasma para ellos.

—Y fue entonces cuando conociste a Daniela.

—Sí. Ella, con su energía, sus buenas vibraciones, su espiritualidad... me volvió loco y me

cegó. Fue como una bocanada de aire fresco después de toda esa existencia forzada y gris. Daniela me salvó porque yo llegué aquí hecho una mierda.

Hasta ese momento Silvia no fue consciente de todo lo que le debía a la camarera a la que miraba mal creyendo que era su enemiga cuando en realidad había sido la salvadora del chico que amaba.

—Fueron unos tiempos locos y un día descubrió...

—Que estaba embarazada —terminó de decir Silvia—. Ya ves que hay bastantes secretos que ya conozco y no gracias a ti.

Enzo se quedó paralizado porque no sabía que ya lo había descubierto. Se sentía el peor hombre del mundo y es que tenía tantos secretos ocultos que era imposible que ella pudiera estar allí tan tranquila oyéndolo todo con esa calma aparente.

—Fueron tiempos locos como te digo y perdimos al bebé que esperaba. Creo que eso nos hizo darnos cuenta de que íbamos a todo tren y recapacitamos sobre lo que éramos el uno para el otro. No estábamos enamorados. Yo huía de una vida que me ahogaba y ella quería quemar la vida porque el rechazo familiar por ser bisexual también le ahogaba.

—Ya...

Silvia entendió el momento vital de cada uno y a pesar de habérselo ocultado podía entenderlo, pero todo lo demás...

—¿Y cómo es que tu mujer ha conseguido encontrarte?

—Contrató a un detective privado.

Dios santo, parecía todo una película. Silvia no daba crédito. Se levantó, cogió el vaso y bebió antes de dar una vuelta por el salón. Enzo la observaba mordiéndose las uñas ya que no tenía un mísero cigarro que llevarse a la boca.

—¿Puedes decir qué opinas?

¿Qué demonios iba a opinar si parecía todo una locura? De lejos lo veía tan perdido que se moría por lanzarse a sus brazos, acogerlo y decirle que no se preocupase que todo se iba a solucionar, pero es que no sabía si eso iba a suceder.

—¿Y por qué ha vuelto?

—Dice que mi madre está enferma y que debería volver a casa.

SIN PODER EVITARLO A VECES LLEGA EL FIN

Silvia se movió inquieta porque sus últimas palabras la ahogaron. ¿Cómo iba ella siquiera a pedirle que no volviera a su casa estando su madre enferma? No era alguien sin sangre en las venas y comprendía que su egoísmo por tenerle a su lado no podía compararse a algo tan grave.

—¿Ahora entiendes cuando siempre hablas de lo importante que es tener dinero y un trabajo estable, aunque lo detestes? Yo he tenido dinero de sobra toda mi vida y podía también tener un trabajo para siempre y eso no me hacía feliz.

—¿Y cuando te vas? —preguntó ella sabiendo adónde iba lo suyo.

Enzo se acercó a Silvia porque se debatía entre ir a ver a su madre y agarrar de la mano a la mujer que tenía los ojos hinchados de llorar y salir corriendo a la otra punta del mundo. Adonde fuera, daba igual si estaban juntos.

—Todavía no sé qué hacer.

—No te acerques más —le rogó ella porque sabía que si se acercaba un centímetro más no podría evitar besarlo sin remedio.

Enzo respetó lo que le dijo a regañadientes e incluso dio un paso atrás.

—Siento que no te conozco.

—Claro que me conoces, Silvia. Soy yo, el chico que te prepara la comida, te arropa cuando te quedas dormida en el sofá, y te hace sonreír por cualquier tontería.

—Hiciste que me enamorase de una persona que me mentía.

—¡No, eso nunca! No te he mentado, Silvia.

—¡Claro que no! Solamente me has ocultado toda tu vida. ¡Es lo puto mismo!

Comenzaba a sentir que le faltaba el aire. Solo deseaba poder salir corriendo a su apartamento y esconderse bajo el edredón durante años.

—Tú tienes que irte a estar con tu familia y yo...

—Pero, aunque me vaya seguiremos juntos, Silvia. Yo te quiero por encima de todo e incluso por encima de ellos.

Enzo la había agarrado por la cintura y trataba de hacer que ella lo mirase, pero apenas era capaz de negar con la cabeza mientras quería deshacerse de sus brazos.

—No hables así, son tu familia a pesar de todo.

Él se detuvo y ella aprovechó para separarse. Dio unos pasos atrás sintiendo cómo se descontrolaba todo.

—Lo siento, pero tampoco puedo perderte.

—¿Y tu mujer?

—¿Es que no has oído todo lo que te he dicho? Nekane no me interesa en absoluto. Es a ti a quien quiero.

Dos lágrimas pequeñas se resbalaron por la mejilla de Silvia y ella cerró los ojos sintiendo cómo se deslizaban. Tan deprisa como había explotado su relación con Enzo.

—Ahora tu familia te necesita. Todo lo demás es secundario.

Se giró para llegar hasta la silla donde estaba su abrigo y se lo puso. Sacó del bolsillo la llave que él mismo le diera días antes para que su apartamento fuera también el de ella. Qué ironía, ni siquiera había podido estrenarla. Enzo no se daba por vencido y volvió a lanzarse sobre ella,

desde atrás, abrazándola sin dejar de llorar.

—No me hagas esto, no puedo perderte...

Silvia se unió a él llorando porque no era de piedra y sentir el dolor de Enzo uniéndose al de ella fue algo que la acabó rompiendo. Sin darse la vuelta se aferró a sus manos durante unos minutos hasta que se dijo que era hora de recomponerse y salir del apartamento. Se despegó de él, dejó la llave en la mesa y sin echar la vista atrás, salió por la puerta.

HUIR PARA RENACER

Qué terrible es tener secretos. Esconder aquello que creemos que puede herir a otros no hace más que dañarnos al final. Guardar y fingir que no tenemos un pasado que nos acompaña. Silenciar la parte que sale a la luz y cuando lo hace el caos se apodera de tu mundo.

Silvia se sentía dolida y traicionada. Cerraba los ojos y veía a la esbelta mujer de Enzo mirarla con desdén en su propio apartamento. No era difícil verla de la mano de él, paseando por la calle como un matrimonio feliz. El corazón destrozado por todos los secretos que salieron a la luz sin él quererlo. Eso también dolía: enterarse de manera forzada y no porque él hubiese decidido sentarse con ella a contarle todo. Y a pesar de no tener conexiones no pudo evitar acordarse de su ruptura con Javi. El corazón destrozado una vez más.

Una baraja de naipes en forma de castillo, eso era su vida. Un soplido y el castillo se había derrumbado. Echando la vista atrás se dio cuenta que su vida estaba plagada de pérdidas: su padre, Javier, Enzo. Tres hombres. El primero la dejó sin él quererlo, el segundo lo hizo aposta y al último tuvo que dejarla ella.

No consiguió dormir en toda la noche y al día siguiente tuvo que tomarse varios cafés para dar la cara en el trabajo. Y aun con lágrimas en los ojos porque era imposible dejar de llorar, miró por la terraza y se acordó de Escarlata O'Hara en el final del libro *Lo que el viento se llevó*. Destrozada tenía que ver cómo Rhett le decía que no le importaba lo que ella podía hacer y mientras Escarlata lloraba una palabra apareció en su mente: «Tara». Y Silvia entonces se acordó de que Mauricio le ofreció trabajo en otro lugar. «Florencia». Esa era su tierra, la que le daría las fuerzas de nuevo. Después de todo lo que necesitaba era huir para poder seguir hacia delante.

REGRESAR

Tres años después

Silvia abrió la puerta de su apartamento en el que hacía tres años que no estaba. Su amiga Lara se ocupó de alquilarlo y ayudar a la pareja que estuvo instalada todo ese tiempo. Dios santo, habían sucedido tantas cosas en esos años que al llegar al piso y recordar sus últimos momentos en él no podía creérselo.

Se fue a trabajar a Florencia sin fecha límite, pero nunca creyó que iba a estar tanto tiempo fuera de España. Su madre que se fue de crucero con Puri un tiempo al volver a casa se encontró con que su hija se había mudado de país. Silvia no quiso amargarle el viaje y tuvo que trasladarse a la ciudad italiana con rapidez. Hasta que no le pagó el billete para ir a verla a Florencia no se quedó tranquila de que se encontraba bien. Por supuesto que no lo estaba, pero no quería que su madre sufriera, así que fingir delante de ella se convirtió en algo normal.

Lara se quedó también muy preocupada, pero tampoco quiso preocuparla y cuando habló con ella en el trabajo le pidió que no se lo dijeran a Enzo bajo ningún concepto. Tardó apenas dos días en trasladarse a Florencia. Días en los que ella le rogó que no le enviase ningún mensaje pues al día siguiente de su conversación no hacía más que llamarla y enviarle mensajes para verse. No podía, flaquearía y ella tenía que irse para obligarle a él a tomar la decisión correcta: volver con su familia.

Sobre Penélope poco podía decirse porque tras irse a Canadá la comunicación no era tan fluida. Cada una en una punta del mundo y con sus trabajos era complicado reunirse. Apenas regresó a España un par de veces y justo fueron días en los que Silvia no podía coger un avión y presentarse allí.

—¡Lara! ¡Por Dios, qué alegría me da verte!

Fue la primera que apareció en el piso de Silvia nada más llegar a Madrid. Ambas amigas se habían extrañado mucho y el abrazo que se dieron fue la muestra. Llegaron al sofá abrazadas sin dejar de darse besos e incluso algunas lagrimitas.

—Por fin has vuelto.

Silvia asintió. Estaba pletórica de ver de nuevo a su amiga que lucía una alianza de oro blanco en uno de los dedos de su mano derecha. Le apenó no haber estado cerca de ella en ese día tan especial, aunque fue más bien una idea apresurada con cuatro testigos y a correr.

—¿Te gusta?

—Es precioso, pero me da pena que no lo celebrarais como Dani y tú os merecéis.

Lara sonrió. Desde que conociese a esa camarera soñadora y un poco loca su vida cambió por completo. Se dio cuenta que ella le hacía feliz y a pesar de no contar con el apoyo familiar, sonreía, porque Daniela era su familia.

—Nos casamos en vaqueros en el ayuntamiento. Imagínate si mi madre se entera. —Le cambió la expresión de la cara al recordar a la mujer que la trajo al mundo y que no quería saber nada de su hija lesbiana que supuestamente la avergonzaba a ella y a toda la familia.

—Pues yo lo habría dado todo por estar presente.

—Lo sé, pero no creo que te hubiera hecho bien volver a verlo.

No solamente le pidió que se encargase de alquilar el apartamento y estar al pendiente si los inquilinos necesitaban algo, sino que el día que se despidieron en el aeropuerto le suplicó que nunca le hablase de Enzo, hasta que ella se lo pidiera.

—¿Vino a la boda? —Lara la miró queriendo saber si había llegado ese momento y cuando vio a su amiga asentir, lo supo.

—Sí, fue uno de los testigos de Dani. Vino y se fue a las pocas horas.

Entonces le hizo caso y había vuelto a su casa, donde quisiera que fuera ese lugar. Se alegró por él, porque necesitaba arreglar las cosas con su familia para tener paz interior. Todos necesitamos estar bien con nuestros seres queridos y cuando no es así se sufre demasiado.

—¿Regresó a su casa? —Lara se lo confirmó asintiendo, pero antes de poder decirle nada más les interrumpió el móvil de su amiga.

—Lo siento, Silvi, pero es Daniela. Tengo que irme.

Se dirigieron a la puerta de la casa y volvieron a darse un abrazo de los apretados que te dejan sin respiración.

—Con esto no quiero decir nada, Silvia, pero... Enzo ha vuelto a Madrid. Hace seis meses que está aquí.

VOLVERTE A VER

—No creo que sea capaz de enfrentarme a él, Penélope. Han pasado tres años. Tres.

—Sé contar, cariño.

La fotógrafa *freelance* más libre del mundo con el mismo sentido del humor de siempre. Mantenía una conversación por teléfono con ella pues desde que se fue a vivir a Canadá era muy complicado verse en persona.

—Es el mismo tiempo que llevo yo fuera de España —dijo con pesadumbre.

—Porque tú quieres, ya que sabemos que nosotras estamos como locas por verte.

Por supuesto que lo sabía, pero en esos tres años su vida se había complicado demasiado y mantener la distancia física había sido la mejor solución para todos. Era feliz en su nueva vida a pesar de extrañar a sus amigos cada día.

—No te desvíes del tema y dime si vas a ir a verlo.

—¿Adónde? Ni siquiera sé dónde vive. Lara y Daniela se mudaron de piso hace año y medio y no he querido saber qué pasó con el apartamento donde vivían con él. Por ahora voy a ir a comer con mi madre y mañana vuelvo al trabajo en la oficina.

—Di que sí, sigue huyendo. Sigue evitando aquello a lo que debes enfrentarte. No se irá por mucho que tú lo evites, Silvia.

Maldita Penélope que siempre tenía razón. Pues claro que Enzo seguiría en Madrid y se moría de ganas de volver a verlo. ¿Habría vuelto con su mujer la delgada y atractiva? ¿Habría hecho las paces con su familia? Lo segundo era algo que la propia Silvia le animó a hacer antes de despedirse, pero lo primero... lo primero la aterraba.

—No sé, Penélope... remover todo, poner patas arriba mi vida otra vez. ¿Estoy lista para eso?

—La vida volverá a asentarse, siempre lo hace, Silvia.

Colgó a su amiga y se arregló para ir a comer al restaurante de siempre con su madre a la que hacía unas semanas que no veía. Desde que se fue a Florencia no habían podido pasar más de un mes juntas porque su madre no se sentía bien del todo allí. Silvia trabajaba muchísimo y estaba todo el día sola en el apartamento que la empresa le puso. Además, no le gustaba tener que dejar su casa tanto tiempo. Estaba hecha a sus costumbres y cambiárselas a esa edad era hartamente complicado.

—Mi niña guapa —su madre la saludó como siempre lo hace una madre: alegrándole el día a su hija.

—Hola, mami. ¿Cómo estás? Tú sí que estás guapa.

Se abrazaron con intensidad y se dieron millones de besos. Rápidamente su madre la puso al día de los cotilleos de las vecinas del barrio de camino al restaurante que a Silvia le gustaba tanto. Al entrar sintió un poco de nerviosismo pues algunas veces fue con Enzo a aquel lugar ya que era uno de sus lugares favoritos para comer.

—Cariño, sé que no te gusta hablar de Javier, pero...

—Mamá, acabo de llegar a casa. ¿De verdad es necesario que hablemos de él?

Una camarera les tomó nota y les sirvió el vino que pidieron. Silvia miró a su alrededor y vio que el lugar permanecía inalterable, como ella lo dejó años atrás y eso la reconfortó. Fue un poco como sentirse de nuevo en casa.

—No quiero empezar una discusión si eso es lo que estás pensando. Solo quiero darte la razón. Javier siempre fue un sinvergüenza. Siento muchísimo haberte forzado a volver con él, hija.

—¿Y desde cuándo ese cambio de pensamiento?

La camarera regresó para ponerles la ensalada de aguacate que pidieron de entrante y dejaron la charla esos segundos.

—Pues verás, hace unos meses estaba en la puerta de su casa y le oí hablar con una mujer a la que le faltaba más de dos cocidos decir que a él le gustaban las mujeres como ella y cuando la chica le preguntó por ti, al parecer habían hablado de vuestra relación, él le dijo que fue un error y que se arrepentía mucho de haber estado con una gorda.

Así era Javi, el hombre de doble cara que aparenta ser un caballero e incluso algo tímido para poder darte la estocada cuando menos te lo esperas. También podemos llamarlo gilipollas integral. A Silvia le gustaba más la segunda definición por motivos obvios.

—Y cuando le pillé solo en un momento que nos cruzamos y él quiso ser el ser amable y falso que siempre ha sido conmigo le puse de vuelta y media. No pudo ni defenderse y le dije que jamás se volviera a cruzar conmigo, ni atreverse a mirarme. ¡No digamos a ti!

Su madre era una mujer increíble, con una fuerza y un carácter tremendo. Silvia sonreía pues se alegraba de que finalmente hubiera entendido el motivo por el que no podía estar con él, aparte de las infidelidades que tuvieron lugar en sus años de relación. Por suerte, Silvia superó todo aquello, se empoderó aún más si cabe gracias también a la terapia y superó aquella relación tan odiosa.

Comieron entre risas, recuerdos y mucha charla sobre Puri y los nietos que acabó cansando un poco a Silvia. Fue al baño antes de pagar la cuenta y le sorprendió que el pasillo de los aseos estaba decorado de una forma muy rockera: fotos de cantantes del estilo de *rock*, CD's enmarcados e incluso una guitarra que le resultó algo familiar.

—No puede ser...

Una señora salió del baño y eso le hizo avanzar hacia el aseo dejando de pensar lo que cruzaba su mente que era raro que sucediese. Se lavó las manos al acabar y se dirigió a la mesa donde su madre la esperaba.

—¿Han traído ya la cuenta?

—Pues es extraño, hija, porque la chica que nos ha atendido me ha dicho que estamos invitadas, pero no tengo ni idea de por quién.

—¿Cómo?

La camarera entonces regresó a la mesa con una bandeja que llevaba platos y vasos de otra mesa y señaló hacia la barra para que Silvia se acercase un momento. Miró a su madre y le pidió que la esperase ahí un segundo mientras iba a tratar de averiguar lo que pasaba. Cuando le quedaban apenas dos pasos para llegar a la barra la puerta de la cocina que se encontraba a la derecha dentro de la barra se abrió y apareció Enzo. Pantalón negro, camisa blanca y corbata a juego con el pantalón.

—Hola, Silvia.

Tres años que se dice pronto de golpe parecieron tres segundos. No había pasado el tiempo por él, seguía tan irremediablemente guapo como siempre, con esa mirada sincera y el mismo cuerpo de infarto bajo esa ropa. A ella le empezó a temblar todo, así que se agarró a la barra para no caerse dejando el bolso encima. El nudo que se le formó en el estómago ascendía hacia el pecho impidiéndole respirar con normalidad. Tosió para poder coger aire y la nostalgia de todo

lo que vivieron impactó en su pecho.

—Estás tan guapa como siempre.

Ella que nunca era de las que iban en chándal o en ropa cómoda a no ser que el plan fuera algo desenfadado, iba vestida bien arreglada como acostumbraba. Maquillada, con un mono naranja anudado en la cadera, collares y un bolso de mano a juego con los collares y cómo no, sus tacones de infarto.

—No entiendo...

—No sabes cuánto me alegro de verte.

Y el nudo se intensificó. Siete palabras que provocaron que apenas tuviese aire para poder respirar. Instintivamente miró su mano para ver si había algún anillo y él se dio cuenta al posar sus manos sobre la barra para que se comprobase de que no había nada allí.

Silvia miró hacia la mesa donde estaba su madre que la esperaba sin saber bien qué estaba sucediendo. Volvió a mirar a Enzo que le sonreía como hacía siempre, como si no hubieran pasado tres años y mil cosas entre ellos.

—Yo... es que no sé qué decir, Enzo. ¿Qué...?

—Ahora tienes que irte, tu madre te está esperando, pero si te parece bien puedo pasarme por tu casa luego y así podemos hablar.

Oía sus propios latidos frenéticamente, pero las palabras no le salían. Negó una vez con la cabeza y tras cerrar los ojos unos segundos al volver a abrirlos, él seguía detrás de la barra, aguardando una respuesta.

—A las ocho.

A LAS OCHO

Llegaron las ocho, la hora que le dijo a Enzo que fuera a su apartamento. Nerviosa es poco, Silvia estaba atacada de los nervios. Al salir de comer del restaurante le explicó a su madre que aquel era el chico con el que salió una temporada antes de irse a Florencia, pues no le contó nada de lo suyo con Enzo. No quería ni un discurso paternalista por su parte ni sentir que su propia madre sentía lástima por ella al haber sido tan estúpida de estar con un hombre casado.

Sonó el timbre del portero y abrió con los nervios bailando una jota en el estómago. Llevaba la misma ropa de mediodía porque no se atrevía a ponerse en pijama, era como que esa intimidad que un día tuvieron se había esfumado, aunque iba descalza con el esmalte de uñas rojo perfecto.

—Hola.

—¿Puedo pasar?

Silvia se quitó del marco de la puerta y él entró como hizo millones de veces años atrás. Dejó el casco de la moto en el suelo y se fue directo al salón, aunque esa vez se quedó de pie. Cuando Silvia llegó tras él le hizo un gesto con la mano para que pasase más adentro y se sentase.

—¿Te importa si vamos a la terraza y así fumo?

Era primavera así que no hacía ni frío ni un calor excesivo y le pareció buena idea. Enzo caminando a su espalda en su apartamento le hizo recordar situaciones exactas que vivieron. Maldita la nostalgia, el daño que nos hace.

—Así que sigues fumando.

—Es algo que no creo que pueda dejar.

Enzo se encendió un cigarro y echó el humo despacio en un par de ocasiones. Silvia tuvo tiempo de observarlo mientras tanto y le chocaba la forma de vestirse tan elegante a la vez que iba en su moto de siempre. Miraba por la ventana sin dejar de fumar a diferencia de la dueña del piso que se sentó en el balcón de la pared, meciéndose suavemente.

—¿Tu vuelta es definitiva?

El camarero que vio en la cocina de su restaurante favorito se había girado para hablarle mientras fumaba. Dios, estaba más guapo que nunca con esa ropa. ¿Sería que trabajaba en el restaurante o simplemente fue a ver a alguien que trabajaba allí?

—Por el momento sí. Mauricio me ofreció seguir en Florencia, pero le pedí hace un mes regresar. Mi madre está sola y no le gusta mucho ir allí, así que por el momento me voy a quedar aquí una temporada.

—Me alegra saberlo.

Terminó el cigarrillo y lo apagó en el cenicero de la mesa de cristal. Calculó si era conveniente sentarse junto a Silvia y al ver que ella no se inquietaba al acercarse ni hacía ningún movimiento extraño, acabó sentándose a su lado.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—¿Yo? ¿Por dónde empezar?

—Quizá por el principio —sugirió Silvia mientras seguía meciendo a ambos.

Enzo suspiró y con el gesto contraído empezó a hablar:

—Una vez que te fuiste y Daniela me dijo que habías pedido que no te buscase solo le pregunté dónde estabas. Lara se negaba en rotundo a decirme nada aparte de insultarme de todas

las formas posibles, pero Dani se apiadó de mí y me lo dijo. ¿Es bonita Florencia?

Silvia se sorprendió de que no fuera más directo al grano, pero aceptó seguirle la corriente y llevar su ritmo. Asintió con la cabeza recordando los paseos largos que daba por la ciudad por la mañana temprano por el puente Vecchio y los museos que estaban plagados de historia.

—Seguro que disfrutaste mucho de tu estancia allí. Yo por mi parte no he disfrutado nada estos tres años. —Su mano descansaba sobre el balancín cerca de la pierna de Silvia que deseaba con toda su alma rozar, pero aún no se atrevía.

—¿Qué pasó cuando yo me fui? Dime que volviste con tu familia.

Enzo asintió antes de inspirar con fuerza y hablar. Le incomodaba, no le gustaba hablar del tiempo que transcurrió separado de ella, pero era el momento de afrontarlo todo.

—A los pocos días en cuanto resolví que dejaba mi trabajo y buscaba un billete de tren me fui a casa. Después de varios años, volví. Mi madre se alegró tanto de verme que no dejó de llorar en dos días. Con mi padre la cosa fue más tensa hasta que tuvimos una discusión fuerte y me rogó que no me alejara del lado de mi madre que llevaba tiempo sufriendo. Desde mi marcha no había levantado cabeza y nunca desistió en buscarme al igual que Nekane. Créeme que si volví fue por mi madre y solo por ella.

Él quería que quedase bien claro que jamás regresó por su mujer, sino que todo lo hizo por su madre, por estar enferma y porque necesitaba reencontrarse con ella antes de poder volver a Madrid en algún momento.

—Poco a poco fue mejorando del cáncer hasta que se recuperó por completo y ya solamente tiene que hacerse sus revisiones. No te puedes hacer una idea del alivio que sentí cuando el médico nos dijo que estaba curada. Dios, creo que fue la primera vez que lloré en la consulta de un oncólogo.

—Cuánto me alegro, Enzo.

Al ver que se llenaban los ojos de lágrimas fue ella la que le agarró la mano con fuerza. Ese simple gesto y el estallido que avisaba de cómo se rompía el nudo del estómago resonó en su cabeza.

—También debo decir que cuando toda la pesadilla terminó volvieron a darme la charla de la empresa, de tener que seguir con el negocio o incluso tener uno propio. Les dije mil millones de veces que yo era feliz siendo un simple camarero, pero eso era una humillación para mis padres. Al final llegamos a un acuerdo y por eso me viste hoy en el restaurante.

—¿Trabajas ahí o...?

Enzo negó con la cabeza sin soltarse de su mano y sonrió.

—Es mío, Silvia.

—¿Perdón?

Se giró hacia ella y besó la mano que tenía agarrada provocando que ella se pusiera todavía más nerviosa de lo que estaba.

—Mis padres tenían una empresa a mi nombre, ya que yo me negaba a recibir nada de ellos. Crearon esta empresa cuando yo era adolescente y al ser mía me pidieron que me encargase de ella. Como siempre, me negué. Entonces mi padre la vendió y me dio todo el dinero y por mucho que me negué a aceptarlo, acabé por hacerlo. Mi madre llorando, rogándome que por favor lo aceptara porque no quería irse de este mundo sin saber que yo vivía de manera acomodada y tranquila, me hizo aceptar.

—Joder...

—Y cuando regresé a Madrid compré el restaurante porque sé lo mucho que gusta ese sitio.

Los fines de semana organizo pequeños conciertos dando mi toque.

—Por eso vi tu guitarra en el pasillo de los aseos porque es tuya, ¿verdad?

Enzo lo confirmó simulando que tocaba la guitarra mientras movía la cabeza y a Silvia se le escapó una risotada. Enzo volvió a cogerle la mano porque no iba a desaprovechar el momento siempre que ella estuviera dispuesta a dársela.

—¿Y tu mujer?

—Exmujer. Nos divorciamos hace un año. Ya te dije que si volví fue por mi madre, por nadie más.

Silvia respiró cuando él le confirmó lo que llevaba queriendo saber desde que apareció por su puerta. Vio en sus ojos lo mismo que veía cuando la miraba tres años atrás: amor. Suspiró profundamente y no hizo caso a mantener el autocontrol. Se lanzó sobre él y posó sus labios sobre los de Enzo.

CONFLICTOS INEVITABLES

Mordió su sonrisa, esos labios que llevaba años deseando besar de nuevo, reconocerse, volver a casa por fin. Lo besó como nunca lo había hecho, con tanta pasión que les quemaba la piel. Cuando por fin se separaron se miraron a los ojos dos segundos. Uno. Dos.

—Lo siento... ha sido un impulso. —Silvia volvió a su sitio y se puso de pie al instante. Enzo, que todavía estaba tratando de respirar con normalidad, lamentó que se alejara de él.

—Tranquila. —Acababan de verse de nuevo después de tres años y esa vez quería que todo fuera bien. No iba a presionarla en absoluto.

Silvia caminó descalza por la terraza y llegó hasta una de las sillas donde se dejó caer. Miró el cenicero con la colilla apagada de él y suspiró. Enzo fue hasta allí y tras cogerle de la mano, le besó los nudillos antes de despedirse. No quería forzar nada más. Por el momento.

—No es necesario que me acompañes a la puerta. Si te apetece esta noche doy un concierto con algunos de mis colegas en el restaurante a partir de las doce y media.

Ella lo miró asintiendo y se quedó allí viendo cómo desaparecía el hombre que más le había marcado y por quien seguía suspirando cada día. Al día siguiente tenía que ir a trabajar de nuevo a la oficina de Madrid, pero se moría de ganas de ir a ese concierto, así que llegada la hora optó por acudir al restaurante. Por suerte, Lara y Daniela se encontraban también en el local, lo que la hizo sentirse un poco más tranquila.

—Estaba indecisa. No sabía si decirte lo del concierto.

—¿Tú sabías que esto es suyo? —le preguntó a su amiga y compañera de trabajo nada más verla.

—Sí, pero aprendí la lección de no meterme en la vida de nadie y no te comenté nada por eso.

Daniela llegó con un par de copas y al ver a Silvia le dio un abrazo inmenso. Charlaron distendidamente sobre temas de actualidad, de su estancia en Florencia esos tres años y, en definitiva, de cómo les había cambiado la vida a las tres en ese tiempo.

—Ha estado en casa esta tarde, me ha contado lo de su familia, que ya no está casado con Nekane y que es dueño de este sitio tan fabuloso.

—¿Y todo eso no te hace lanzarte a sus brazos y no irte jamás?

Silvia sorbió de la pajita mirando con cara de niña buena a Lara, pero entendió perfectamente esa mirada. Dio un grito y empezó a dar saltitos atrayendo las miradas de algunas chicas a su alrededor.

—¡Lo sabía! Lo vuestro es química pura, sabía que en cuanto estuvieseis juntos saltarían las chispas y todo volvería a ser lo que nunca tuvo que dejar de ser.

—Shhhh, cállate, loca, que nos está mirando todo el mundo. No he dicho nada.

—¿Acaso crees que no sé leerte? Tú por lo menos lo has besado, ¿a que sí?

Silvia se encogió de hombros, pero se rio al segundo, así que Lara volvió a dar un par de saltos aplaudiendo. Dani se acercó a ellas después de haber ido a saludar a los amigos de Enzo que también eran sus colegas.

—¿Se puede saber qué espectáculo estáis liando aquí?

—Se han besado. ¡Te lo dije!

Daniela bebió de su copa sin hacer ningún comentario y tanto Silvia como Lara se dieron

cuenta de que ella ya lo sabía.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—No es de nuestra incumbencia, Lara. Eso es cosa de Enzo y de Silvia.

Pero su mujer no estaba nada de acuerdo con ella y con el carácter que se gastaba poco le importaba estar en mitad de un restaurante atestado de gente deseosa de ver el concierto. De hecho, tenía tanto carácter que no le importaba montarle una escena en un lugar público.

—¡Soy tu mujer! ¿Eso es lo que confías en mí? Esta que está aquí es mi amiga, ¿sabes?

—Y el dueño de este sitio es el mío y no tengo por qué traicionar su confianza. Hay gente a la que nos importa bastante eso, ¿sabes?

Un golpe bajo. Lara no comprendía cómo si eres amiga de una persona y conoces algo de su vida que ella no, ¿eras capaz de no decírselo? No importaba si traicionabas a un tercero. Eso le dolió, pues fue la primera vez que en plena discusión no siguió batallando. Cogió la gabardina, le dio un beso a Silvia y se fue. Su mujer no quiso ir tras ella porque también estaba dolida por haberle gritado delante de la gente y por no entenderla. Además, llevaban un par de meses complicados por otros motivos y eso tenía que explotar por algún lado.

—Lo siento si te decepciona mi actitud, pero no me gusta ir contando las cosas que mis amigos me dicen. Depositán su confianza en mí y me parece un acto de traición ir diciendo algo que se revela de manera confidencial. Espero que lo comprendas, Silvia.

—Por supuesto. Además, él es tu amigo desde hace mucho. Tenéis un pasado en común que nos une y siempre lo hará. Sería idiota si no lo hiciera.

Entonces Enzo llegó haciéndose hueco entre la gente y la sonrisa por ver a Silvia allí se le difuminó al ver a su amiga con lágrimas en los ojos.

—¿Dani, va todo bien?

La camarera era una mujer fuerte, a lo largo de su vida se había enfrentado a peores momentos y salió airoso de todos ellos. Por mucho que las nubes negras oscurecieran su cielo y el de Lara en aquel momento, llegaría el día en el que se disiparían y todo volvería a ser cielo con sol y nubes blancas.

—No te preocupes. —Le dio un beso en la mejilla y se despidió de ambos.

A pesar de todo su amigo se quedó preocupado. Silvia le explicó lo sucedido y se lamentó de haber generado ese conflicto entre ellas. Cuando volvió a mirar a los ojos a Silvia se olvidó un poco de aquello porque al mirarla era incapaz de pensar en nada más que en ella.

—Voy a repetirme, pero estás guapísima.

Eligió su *outfit* de esa noche con sumo cuidado, como hacía siempre que salía porque por mucho que tuviera una talla grande eso no quería decir que no pudiera ir bien vestida. Odiaba a esa gente que criticaba que por tener unos kilos de más no podías ir guapa y resultar atractiva. Se puso unas medias negras con brillos plateados, un vestido negro de tirantes ancho que le quedaba por encima de la rodilla a juego con una chaqueta negra, botines negros con unas cadenas de plata y un bolso morado.

—Tú tampoco estás nada mal.

Enzo había dejado el traje que estaba ya acostumbrado a llevar para dar imagen de dueño responsable de un restaurante importante en el centro de Madrid para vestir como realmente le gustaba: con ese toque de chico malo.

—En cinco minutos empieza el concierto. Espero que te guste, tenemos *covers* nuevas.

—Seguro que son geniales.

—Al terminar tengo que quedarme un rato, pero si quieres puedes tomarte una copa conmigo

mientras.

A Silvia se le subieron los nervios a la garganta y la expectación fue escalando. Por supuesto que se iba a quedar, daba igual que tuviera que trabajar al día siguiente. Solo por estar un rato más con él todo merecía la pena, hasta las ojeras de oso panda que iba a llevar a la oficina.

CUANDO EL DESEO NO SE HA IDO

Se pidió otra copa para ver el concierto que Enzo y sus amigos iban a dar en local. Le llamaba la atención la capacidad de cambio que se generaba en el local que pasaba de ser un restaurante a un local con música en vivo. Quizá llevaba haciéndolo tiempo porque había muchísima gente allí congregada. Enzo apareció con una guitarra y se subió la tarima de un lado del restaurante que pusieron tras recoger unas mesas. Dos o tres amigos suyos también se subieron y la gente irrumpió en aplausos. Acariciaba las cuerdas mientras la afinaba dispuesto a comenzar a cantar y es que tenía una voz preciosa, a veces rasgada, a veces cañera.

Disfrutó mucho de volver a oírlos en directo después de tanto tiempo y sobre todo de verlo a él. Se notaba que le gustaba tocar la guitarra y cantar junto a sus amigos, interactuar con el público, vibrar con la música... de vez en cuando dirigía su mirada hacia Silvia, la buscaba y ella sentía que lo que estaba cantando se lo decía directamente. Era increíble. Habían pasado tres malditos años que parecieron toda una vida y Silvia recordó. Recordó todo lo que vivieron juntos en ese tiempo y sintió que tanto la dejaba ciega, después de estar en una larga oscuridad.

—¿Te ha gustado?

El concierto terminó y la gente comenzó a dispersarse pues era la hora del cierre. Enzo, hasta sudado, era un hombre irresistible. Se limpiaba con una toalla mientras bebía agua con varios hielos. Los camareros no paraban de un lado a otro, limpiando y recogiendo para que quedase todo bien hasta el martes, pues el lunes era el día de libranza y el restaurante no abría sus puertas.

—Ha estado genial. Ya no recordaba lo mucho que te gusta la música.

Una camarera los interrumpió justo cuando él iba a decirle algo y Silvia maldijo a aquella pelirroja bajita. Se quedó sola pues él tuvo que acompañar a la pelirroja a la cocina. Se acabó la copa que pidió un rato antes mientras todavía duraba el concierto y esperó a que regresara. Por desgracia, Enzo no paraba de moverse de un lado a otro al igual que los trabajadores y apenas cruzó con ella una mirada. Silvia sentía que sobraba, pero le había dicho que se quedaría hasta el cierre y sinceramente se moría de ganas de saber si ese cierre era una conversación informal de dos viejos amigos o algo más.

—Siento mucho no haberte podido hacer más caso, pero esto es una locura cuando cerramos y a pesar de que tengo a unos camareros fantásticos me lo quieren consultar todo. No doy abasto.

—Oh, no te preocupes.

Uno a uno se fueron marchando todos hasta que Enzo y ella se quedaron en la soledad del restaurante, sin ruidos ni distracciones. Por detrás de la barra él le sirvió un Cosmopolitan mientras que él destapó una botella de cerveza. Fueron hasta una de las mesas y se sentaron frente a frente.

—Aun no me has contado qué ha sido de tu vida estos tres años.

—A diferencia de ti poca cosa. Me fui a Florencia como ya sabes. Trabajar allí es alucinante, hay tanta Historia a cada paso que das y la moda es ¡wow! Simplemente increíble. Creo que nunca me he comprado tanta ropa y tantos zapatos. Fue una experiencia preciosa. Me encantaba pasear al salir de la oficina, de noche prácticamente y disfrutar de la ciudad a esas horas.

—¿Y entonces no piensas volver?

Silvia dio un sorbo al cóctel negando con la cabeza.

—A mi madre no le gustó mucho. Cuando iba a verme se pasaba los días sola porque el trabajo era muy exigente y yo me sentía culpable, así que a pesar del cansancio salía a hacer cosas con ella. Ni así le gustó Florencia. En parte lo comprendo, no puedes sacar de su casa a una persona mayor y tratar de que se acople bien a la nueva realidad donde no conoce a nadie.

—Es lógico. —Enzo hizo una pausa—. ¿Y en estos tres años has conocido a alguien?

A ella le sorprendió que fuera tan directo, pero es que Enzo era exactamente así. Sin rodeos ni vueltas, al grano. Lo miró y le dio igual que para él todo fuera agua pasada porque Silvia se moría de ganas de decirle que seguía loca por él, incluso arriesgándose a escuchar algo distinto de sus labios.

—No, nadie después de ti.

—Silvia...

No hablaron más. Ella, de nuevo imbuida por el deseo, se lanzó a su boca y lo besó. Primero despacio saboreándolo y aguardando a que él le devolviera el beso. Le agarró por las mejillas y no le importó nada más que estar encima de él. Se sentó sobre Enzo que se ocupó de agarrarla bien para que no se cayera. Él apenas se movía, trataba de respirar sin dejar de besarla con la energía que fluía por todo su cuerpo. Silvia se puso en pie separándose de sus labios un momento. Se agarraron de las manos y Enzo continuó besándola mientras la llevaba a otro lugar. Por suerte, los camareros antes de irse habían echado las persianas así que tenían la intimidad necesaria.

—¿Adónde me llevas?

—No tengo ni puta idea porque lo único en lo que puedo pensar es en follarte.

Solamente fueron capaces de llegar hasta la barra. Ella lo desnudó allí mismo, deslizando sus manos por todo su cuerpo dejando una estela de besos calientes que le erizaron la piel. Enzo no aguantó más y se deshizo de la ropa de Silvia sin importarle lo cara que fuese para tirarla al suelo. Tiraba de su pelo y ella gemía sin control. Ni siquiera se molestaron en buscar algún sitio donde hacer el amor, allí mismo sentada sobre un taburete sintió cómo la boca de Enzo recorría su sexo y la tocaba con los dedos antes de llegar al orgasmo y justo cuando ella alcanzaba el clímax, él la penetró. Fuerte y sin pausas. Silvia sintió cómo las fuerzas la abandonaban mientras se corría con él en su interior. Se dejó arrastrar por el orgasmo con los labios de Enzo en su boca besándola con pasión.

EL NUEVO TRABAJO

Enzo la acompañó a su casa en su moto, pero ella le pidió que no subiera porque debía trabajar en unas pocas horas y de haber subido con ella seguramente no habrían dormido mucho. Se despidieron con un beso en los labios sin hablar de nada. Se dio una ducha recordando el sexo tan bestial que habían tenido en la barra del restaurante sin dejar de sonreír. Era como si durante tres años hubiera estado desconectada o apagada y de golpe la hubieran conectado a la red eléctrica. Cinco horas era lo que la separaban del lunes y apenas durmió dos y media. Al sonar el despertador se quiso morir, pero no se arrepentía de un solo segundo de la noche anterior. Se puso más antiojeras que nunca y salió camino a la oficina. Parecía que el tiempo no había pasado, todo seguía igual a diferencia de que Mauricio tenía una nueva secretaria. Y sí, era quienes estáis pensando, la malvada de Idoia. Cuando la pérfida mujer la vio aparecer se le dibujó una sonrisa vengativa en la cara.

—Buenos días, Silvia. Cuánto tiempo sin verte.

Realmente no conocía lo que había sucedido en su ausencia y a Lara la movieron de departamento así que tampoco supo nada de esa novedad. Silvia no entendió entonces por qué su jefe le hizo volver si realmente su puesto de trabajo ya estaba ocupado.

—Tres años si quieres ser exacta —le respondió Silvia con altanería.

Idoia se movía en sus tacones de diez centímetros segura de sí misma e incluso con ese halo de chulería que estaba poniendo a Silvia de los nervios. Afortunadamente Mauricio apareció y la cosa no fue a más. Al hombre se le iluminó la cara al ver a su antigua secretaria y le dio un tremendo abrazo nada más verla. Silvia también se alegraba de verlo, pero al descubrir que la había hecho ir para nada le dolió.

—Qué felicidad tenerte de nuevo con nosotros, querida.

—No me puedo creer que después de lo que me he matado por esta empresa me haga regresar para encontrarme con que no tengo trabajo.

Fue directa al grano porque estaba dolida y a la vez enfadada mientras tenía que soportar las caras de Idoia.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes, Mauricio. Sabes perfectamente que me he dejado la piel en este trabajo y cuando vuelvo me encuentro que no tengo nada —señaló a Idoia mientras la gente que estaba trabajando no dejaba de observar la escena.

—Será mejor que entremos a mi despacho.

Mosqueada, accedió porque no le gustaba montar una escena, pero estaba decidida a decirle cuatro cosas bien dichas. Tras ella entró él y por último la nueva secretaria que parecía disfrutar de la situación.

—De verdad, Mauricio, con todo lo que he hecho por esta empresa y que me haga volver de Florencia para no darme trabajo me parece tremendamente egoísta por tu parte. Si no me ibas a dar mi antiguo puesto, ¿por qué no me lo dijiste y al menos seguía trabajando allí?

—Deja de quejarte tanto y valora que te diera ese puesto, y que te haya dejado regresar.

—¿Tú por qué te tienes que meter en todo esto? Ya tienes lo que querías, que era mi puesto. ¡Vete a hacer tu maldito trabajo!

Idoia se sonreía al verla cómo la sacaba de sus casillas y no se movía del sitio. Mauricio estaba alucinado al ver que las dos mujeres estaban discutiendo tan acaloradamente. No sabía de su enemistad y eso le sorprendió al igual que empezaba a incomodarlo.

—Tengo lo que me pertenece por derecho porque incluso antes de llegar tú ese puesto ya debió ser mío. Menos mal que al final las cosas se pusieron en su sitio.

Y entonces Silvia pensó mal y acertó. Nunca falla.

—¿Tú hiciste algo en mi contra para que marchara a Florencia? —Miró a Mauricio y luego a Idoia esperando que uno de los dos se explicase.

—Solamente hice lo que tenía que hacer.

—¡Jugar con mi trabajo!

No sabía bien qué era lo que la maldita pécora pudo haber amañado, pero se bajó de los tacones y se lanzó a agarrar del pelo a la nueva secretaria entre gritos de «suéltame, zorra» y «por favor, estaos quietas» del jefe que no se atrevía a intervenir hasta que vio que la cosa se salía de madre y las separó como pudo.

—Ahora mismo sentaos cada una en una silla y escuchadme lo que tengo que decir. Idoia, explícame qué se supone que hiciste.

La secretaria no quería revelar sus secretos, pero ante la amenaza de perder su puesto tuvo que confesar.

—Le dije a tu mujer que tenías una aventura con Silvia.

A Mauricio se le salieron los ojos de las cuencas y apretó el puño enfadado. ¿Quién era aquella mujer inventándose esas cosas por el amor de Dios?

—¿Así que esa era la razón de que no dejase de aparecerse por aquí y de insistirme para que le diera el trabajo de Florencia a Silvia? Esto es increíble, Idoia. Puedes ir recogiendo tus cosas. Estás despedida.

A la secretaria se le cambió la cara mientras que Silvia se sintió genial al ver que por fin el universo hacía justicia con aquella pécora. Incluso verla rogar de rodillas le dio vergüenza ajena, pero pena ninguna.

—¡No, por favor! ¡No puedes hacerme eso! ¡Necesito este trabajo para poder comprarme mi ropa y todo lo demás!

—Si no dejas de montar una escena tendré que llamar a seguridad y créeme, ellos no serán tan buenos contigo como yo. Recoge ahora mismo todo y no dejes absolutamente nada, no quiero volver a verte en la vida. Y con mi esposa ya ajustaré yo cuentas.

Silvia la miró y se alegró de verla con el maquillaje corrido, la ropa dada de sí y desgredada. Así era como tenía que abandonar esa empresa por mala gente. Cerró la puerta con un portazo y se quedaron solos para poder hablar.

—Silvia, me parece tremendamente increíble que pensaras que quería deshacerme de ti después de todo el apoyo que te he brindado siempre. Reconozco que mi mujer se puso muy plasta con ese trabajo para ti en Florencia, pero nunca supe sus verdaderas intenciones. Me disculpo en su nombre.

—Lo siento, Mauricio. No quería hablarte así, pero yo pensaba...

Su jefe levantó la mano pidiéndole que no siguiera.

—Ya basta. Ahora préstame atención a lo que tengo que decirte. Antes de quedarme sin secretaria tenía pensado ofrecerte otro puesto de trabajo y sigo queriendo que lo aceptes, a pesar de quedarme sin la mejor secretaria que he tenido jamás. —Hizo una pausa—. Después de tu marcha a Florencia, donde déjame decirte, has hecho un trabajo impecable, estuve pensando que

tú te mereces mucho más que ser una simple secretaria. Conoces la empresa casi mejor que yo y llegará el día en el que me tenga que jubilar, por lo que necesito un socio. ¿Aceptas ser mi socia?

A Silvia se le desencajó la mandíbula al escuchar la propuesta de Mauricio y no supo bien si por la tensión de los momentos previos o de la misma emoción se puso a llorar. Su jefe fue hasta ella y le acarició la cabeza con ternura. Le ofreció su pañuelo bordado con sus iniciales y tras serenarse, consiguió darle una respuesta.

—Por supuesto que sí.

CUANDO TU AMIGA SUFRE

Después de hablar largo y tendido con Mauricio sobre la empresa, volvió a ponerse los tacones y tras arreglarse un poco el pelo y la ropa salió de su despacho. Pensó en acercarse al despacho de Idoia a echarle en la cara que ella iba a ser la nueva socia de la empresa, pero no era tan mala persona como ella, por lo que desistió. Se subió al ascensor y le dio al botón de la planta donde trabajaba su amiga Lara. Al abrirse las puertas vio la recepción donde estaba su compañera y amiga que, al verla, sonrió. Se quitó los cascos y fue hasta ella. Tras darse un abrazo le preguntó por qué estaba ahí y Lara le explicó que estaba cubriendo a una compañera que tenía que ir al baño y no podían dejar sola la recepción.

—¿Ayer todo bien con Daniela?

Lara se encogió de hombros y Silvia le propuso ir a comer llegada la hora. Quedaron en verse en un restaurante cercano a donde solían ir a veces a comer y se despidió de ella. Mauricio le dijo que se cogiera el resto de la semana libre, aunque Silvia se empeñó en seguir trabajando de secretaria ya que Idoia ya no lo era. Su hasta entonces jefe y futuro socio se negó en rotundo. No pudo convencerlo, así que volvió a casa. Se moría de ganas de llamar a Enzo para celebrarlo con él, pero seguramente estaría durmiendo y no deseaba molestarlo.

Por la tarde trataría de llamarlo para encontrarse. Telefonó a su madre para darle la noticia y le prometió que irían a celebrarlo en unos días.

—Has llegado superpronto. Espero que no hayas tenido que esperar mucho, pero mi madre se enrolla al teléfono cosa mala.

—No te preocupes, he ido pidiendo cócteles en tu ausencia.

Silvia miró bien a la mesa mientras se deshacía de la gabardina y vio dos copas vacías y una tercera media llena. Las dos y media del mediodía. Lara no era de beber sin motivo, allí se estaba cociendo algo y no precisamente poco serio.

—¿Y se puede saber por qué a las dos y media de la tarde te estás poniendo ciega a alcohol?

Un camarero se acercó y les tomó nota, aunque su compañera, la borracha, no tenía mucha hambre y apenas se pidió una ensalada de pasta. Silvia se lo reprochó y la otra sin dejar de beber le sacó el dedo corazón.

—¿Piensas emborracharte antes de las cuatro? Ni que tuvieras el horario británico.

—Daniela se ha ido.

A Silvia se le quedó congelado el gesto y realmente se le detuvo hasta la mano que iba a llevar el tenedor a la boca. Lo soltó y se acercó un poco a Lara que comenzó a llorar mientras bebía. Ahí estaba el motivo de tanto alcohol tan temprano.

—¿Qué ha pasado?

—Llevamos una mala racha. Ella se queja de que siempre me meto en la vida de los otros, pero joder, si son amigos míos, ¿cómo no voy a hacerlo? No soy una maruja cotilla.

—¿A qué te refieres con una mala racha? No me has contado nada, Lara.

Dejó de beber un instante para poder respirar y coger fuerzas. La verdad era que no quería preocupar a Silvia a kilómetros de distancia, tampoco a Penélope, pero llevaban meses muy malos.

—Dani quiere tener un bebé y desde que nos casamos estamos metidas en pleno proceso. Por

supuesto que me hace feliz, es algo que yo también quiero, pero el proceso es duro. Las hormonas, las visitas a los médicos, la espera, los intentos que fracasan... y no es culpa de nadie, pero todo eso nos vuelve irascibles y saltamos por cualquier cosa.

—Entonces la discusión del otro día en el restaurante de Enzo, ¿se debió a todo eso?

—Ella tiene otra idea de la amistad y yo soy de las que creen que, si sabes algo que le afecta a una amiga, tu deber es decírselo. No sé... es demasiado protectora con Enzo por otra parte. Es como si tuvieran un vínculo irrompible en el que nadie más puede entrar.

Silvia pensó un segundo en las últimas palabras de Lara y se dio cuenta de que llevaba razón. No se había percatado hasta entonces de eso, pero era así. Quizá por lo que habían compartido en el pasado, porque Daniela fue la primera persona que le acogió cuando llegaba roto de su casa... todo eso creó entre ellos algo especial.

—¿Y eso te supone un problema? Solo tienes que mirarla a los ojos y ver que se muere por ti. Estáis hechas la una para la otra, Lara. Confía, es tan bonito lo que tenéis, y no te dejes llevar por esas tonterías.

—Lo sé, es solo que a veces echo de menos que mi familia pueda compartir mi vida conmigo, ¿sabes? Que sea domingo y podamos ir a comer a mi casa para estar con ellos, que nos podamos besar o simplemente estar de la mano en casa de mi madre y no resulte un cataclismo. Echo de menos a mi madre, ¿eso es tan terrible?

No lo era. Lara siempre fue una persona tan familiar que desde que su madre le prohibió la entrada en la que fue su casa desde niña se le rompió el corazón. No aceptaba que amara a una mujer y eso le provocó una herida tremenda de la que era incapaz recuperarse.

—No dejo de pensar en el día en el que consigamos que Dani se quede embarazada y tengamos a nuestro bebé, Silvia. Mi madre jamás cogerá a su nieto en brazos y mi hijo no tendrá a su abuela.

Por desgracia no lo soportó más y se echó a llorar tapándose la cara. Su amiga estiró el brazo para tocarla y Lara le dio la mano cubriéndose los ojos con la otra mano. Poco a poco fue encontrando la calma y respiró de nuevo.

—A veces por mucho que lo queramos no podemos cambiar la mentalidad de nadie, por mucho que lo deseemos y veamos que están actuando de manera irracional, y sobre todo por mucho que nos duela. Si no nos entienden no podemos seguir dándonos con un muro.

El teléfono de Lara pitó y vio que era un mensaje de su mujer. Silvia le dijo que no pasaba nada por acabar la comida pues necesitaba resolver ciertas cosas con Dani. Ella sabía lo importante que era eso, así que se despidieron y al salir del restaurante envió un mensaje a Enzo.

VOLVER A NUESTRA RUTINA

—¡Pero eso es una maravilla!

Enzo, quien recibió a Silvia en su nuevo apartamento en calzoncillos y con el pelo despeinado, se alegró mucho por lo que Mauricio le dijo. El chico le dejó un mensaje la noche anterior con la dirección de su casa para que fuera allí cuando ella lo deseara y a pesar de que el pobre necesitaba descanso, Silvia no pudo evitarlo y corrió a verlo. Se moría de ganas de contarle lo del trabajo y también aprovechó para hablar sobre Dani con él.

—Será mejor que me ponga algo de ropa.

Desapareció unos minutos y regresó con un pijama gris clarito. Se sentaron en el sofá y preparó café. Silvia le contó todos los detalles incluyendo la pelea con Idoia, lo que le provocó tanta risa que se le salió el café por la nariz.

—No te imagino peleándote con nadie con lo buenecita que tú eres.

—Lo soy hasta que me tocan lo mío.

Enzo se rio de nuevo y la besó en la sien mientras la tenía rodeada con su brazo. Aquello era tan familiar que le hacía sentirse como tiempo atrás, cómoda, segura y tranquila.

—He estado comiendo con Lara hasta que se ha ido a ver a Daniela. Están pasando una mala época por lo que me ha contado.

—Lo sé —asumió él tan relajado, pero con gesto contraído.

—Créeme que nunca he visto a Lara tan feliz como cuando está con ella. Por eso no entiendo que estén tan mal...

Él dejó el café en la mesa pequeña que tenía al lado donde tenía un teléfono negro y una lámpara.

—Tienes que comprender que vienen de lugares muy distintos para empezar. Dani siempre ha sido una persona libre que no se ha atado a nada ni a nadie y si han querido juzgar su modo de vida los ha mandado a la mierda directamente. Lara necesita la constante aprobación de la gente y eso a ella le molesta mucho. Además, es una persona que no se mete en la vida de nadie tampoco y no le gusta que a veces Lara lo haga por mucho que lo haga con toda su buena intención.

—Tú pareces entenderla muy bien.

Enzo asintió sin dejar de abrazarla, rozó su nariz con la suya y le dio un beso.

—Nosotros vivimos algo hace años creándose una relación especial entre nosotros. Para mí es como la hermana que nunca tuve y me duele verla sufrir. También se le suma el dolor de Lara de no contar con su familia y por mucho que Daniela quiera hacerle ver que no les necesita, se da de bruces constantemente. Se frustra porque tampoco lo comprende. Si a todo eso le sumas el proceso de una fecundación el cóctel que tienes es explosivo. Yo sé que se quieren y que por eso quieren tener el bebé, pero antes deben solucionar todas esas cosas.

Y Silvia entendió lo que quería decir, incluso el vínculo especial que tenían. No era algo que en ese momento le preocupase, al contrario, incluso le alegraba que Enzo pudiera contar con alguien así en su vida, al igual que ella tenía a Lara y a Penélope.

Siguieron hablando de otros temas un rato hasta que las ganas de sentirse de nuevo pudieron con ellos y en ese mismo sofá les arrasó el orgasmo uno en brazos del otro. Se ducharon juntos y

cenaron en su casa hasta que Silvia tuvo que volver a casa ya que al día siguiente madrugaba para ir a la empresa y hablar con Mauricio de su nuevo trabajo. A Enzo no le apetecía dejarla irse por lo que cogió algo de ropa y se fue con ella a su apartamento para dormir juntos y salir a trabajar directamente desde allí.

En el apartamento de Silvia todo era como siempre. Los dos eran las mismas personas que un día se separaron para arreglar ciertos asuntos, pero se veía cómo el amor había perdurado. Algo tan bonito no podía desvanecerse. Se quedaron dormidos en el sofá y no fue hasta las dos de la mañana cuando Enzo se espabiló y consiguió que Silvia también se despertase para ir a la cama a descansar.

Por la mañana ella intentó no hacer mucho ruido para no despertarlo ya que madrugaba mucho. Le dio un beso en la mejilla y se fue en busca de un taxi que la llevase a las oficinas donde se convertiría en socia de la empresa. Por suerte no se encontró con Idoia más, pues supo que había ido a firmar los papeles del despido. Mauricio y ella hablaron largo y tendido de los movimientos que debían hacer para que fuera su nueva socia, y además él le habló una vez más del excelente trabajo que hizo en Florencia.

Llegada la hora de comer quedó con su madre a quien las nuevas noticias le hicieron explotar de felicidad y celebrar con su hija hasta bien entrada la tarde. Silvia aprovechó la ocasión para contarle que estaba de nuevo con Enzo y su madre al ver la alegría en la cara de su hija como hacía años que no veía, se unió a su felicidad. Tras dejarla en su casa, Silvia se pasó por el restaurante para ver a Enzo, aunque estaba bastante ocupado y apenas pudo hacerle caso. Al día siguiente tenían varias comidas de una empresa que se reunían una vez al año y aún tenía pendientes mil historias.

—Siento mucho no poder irme contigo hoy a casa, pero tengo que hablar aún con esta gente para lo de mañana.

A casa, las dos palabras más bonitas que jamás escuchó. Le sonrió y tras besarse un par de veces le dijo que no se preocupase que ya se verían cuando pudiera. Se subió a un Uber que la dejó en casa en pocos minutos. Se desmaquilló y se puso cómoda para ver un rato la tele. Se sirvió una copa de vino y antes de poder prepararse nada de cena llamaron al timbre del apartamento. ¿Quién sería a esas horas?

LA FAMILIA DEL INFIERNO

—¿Sí?

Al otro lado de la puerta había una mujer mayor vestida elegantemente apoyada en un bastón junto a... ¡No podía ser! ¿Nekane?

—Hola, Silvia. ¿Te acuerdas de mí?

—Claro, ¿qué haces en mi casa?

—¿Podemos pasar o tenemos que estar aquí esperando en el umbral?

Silvia miró a la mujer mayor que no parecía ir de buenas. Se retiró de la puerta en un acto instintivo y la dejó entrar. Cogió la bata que colgaba del perchero de la entrada y se la puso, aunque se sentía en desventaja estando en pijama con aquellas dos señoras vestidas pulcramente.

—Si buscáis a Enzo no está aquí.

—Pues menos mal, me daría una tremenda pena ver a mi hijo con alguien como tú.

La dueña del apartamento no daba crédito a la forma en la que esa mujer le hablaba. No se sentaron, sino que pulularon por el salón mirando aquí y allí incluso cogiendo algunos objetos que miraban sin entender qué eran.

—¿Perdón?

La madre de Enzo se detuvo en el sitio apoyada en su bastón y miró de arriba abajo a la chica que le había robado el corazón a su hijo, y que, a su parecer, provocó que abandonase a su familia.

—No logro comprender qué demonios hace mi hijo contigo. No pertenecéis a la misma esfera social. Mira a mi nuera —señaló a Nekana que no se apartaba de su lado—, ¿crees que tienes algo que pueda parecerse a ella?

—Señora, yo la respeto porque es mayor y por ser la madre de Enzo, pero no le voy a consentir que venga a mi casa a insultarme.

Terminó por sentarse en un lado del sofá manteniéndose erguida.

—¿Insultarte? Oh, no, querida, simplemente estoy reconociendo una verdad. Tú no perteneces al mundo de mi hijo y por mucho que esté viviendo esta vida tan absurda, no será por mucho tiempo.

—Lo que mi suegra quiere decir... —intervino la exmujer de Enzo.

—Exsuegra. Enzo me ha contado que estáis divorciados.

A Nekane se le cambió el rostro amable que llevaba hasta ese momento. Sería su exmarido, pero por poco tiempo.

—No durará mucho. Lo que mi suegra quiere decir es que tienes que dejar a Enzo para que vuelva a casa con su familia.

—Mucho me temo que él es mayorcito para elegir su propia vida y tengo entendido que su deseo no es regresar con vosotras, sino establecerse aquí y hacer una nueva vida, a mi lado.

La idea de Silvia no era decirles eso, pero se sentía tan amenazada por esas dos mujeres que necesitaba defenderse y si para eso tenía que decirles que él ya había elegido y no a ellas precisamente, lo haría.

—Mi hijo es un soñador, siempre lo ha sido. Nunca le ha gustado ni que lo aten ni que le digan lo que tiene que hacer o cómo comportarse. Podría comprender que quisiera estar contigo

si no tuvieras esa talla y esas proporciones, pero visto lo visto no lo entiendo.

No paraba de insultarla, ¡hasta se metía con su peso! ¡Menuda desvergonzada que era aquella señora! Silvia estaba roja de la ira y de la frustración de no poder agarrarla de los pelos como hizo con Idoia.

—Mire, señora, no le voy a consentir que siga en mi casa insultándome. Agárrese a su bastón y váyase inmediatamente si no quiere que llame al portero para que las eche de aquí como a dos vulgares ladronas.

—¿Cómo te atreves a hablarle así? —saltó una ofendida Nekane.

La madre de Enzo subió la mano parando a su exnuera dándole a entender que no tenía que preocuparse por nada. Se puso en pie con su ayuda y la del bastón y sonrió malvadamente.

—Si no dejas a mi hijo en los próximos días le desheredaré y jamás volveré a recibirlo en mi familia. No me importa cómo lo hagas, simplemente hazlo.

Agarradas, una del brazo de la otra, caminaron hasta la puerta muy dignamente sin volver la mirada atrás y se marcharon. Silvia se quedó anonadada después de lo sucedido, ¡y en su propio salón! Se derrumbó en el sofá y pensó en Enzo, en lo feliz que estaba tras haber arreglado las cosas con su familia y cómo habían respetado su decisión de marcharse e incluso de llevar un negocio por su cuenta. Todo fue un artificio para dejarle escapar hasta que pudieran clavarle el aguijón y atraparlo de nuevo. ¿Cómo iba a decirle que su madre se presentó en su casa para insultarla y pedirle que lo dejase? ¿De qué manera iba él a creérselo?

CUANDO LA DECISIÓN ESTÁ CLARA

Silvia no consiguió pegar ojo en toda la noche, así que estaba en la oficina mucho más pronto de lo habitual. Tras capas y capas de maquillaje que ocultaran el no haber dormido y un termo de café que sería su gran amigo ese día. Se sentó en su despacho a pensar en la conversación breve y desagradable con Nekane y la madre de Enzo. Le era imposible imaginar que alguien pudiera ser tan despreciable por el mero hecho de que su hijo saliera con alguien que a ella no le gustaba. Su propia madre había sentido aversión por algún novio suyo, pero jamás le dijo cosas tan hirientes porque si la veía feliz en ese momento, ¿qué más le daba la talla o lo que llevara en el bolsillo?

—Vaya, has llegado hoy supertemprano. ¿Ya estás ansiosa por ser socia?

Mauricio logró que dejase de pensar, pero a lo largo de la mañana la sensación incómoda no se le iba del cuerpo. Penélope le escribió diciéndole que en dos días estaría de nuevo por Madrid y Lara le escribió diciéndole que las cosas con Daniela iban mejor. Hablaron y hablaron y hablaron, y poco a poco todo iba asentándose. ¡Qué afortunada! No como ella que estaba hecha un lío, entre lo que quería en su vida y lo que sabía le quitarían a Enzo si permanecían juntos. No se lo contó a nadie, prefería quedarse esa charla para sí misma y reflexionar sola.

Por la tarde le pidió a Mauricio quedarse en casa y él aceptó de buena gana. De hecho, le dijo que podía tomarse una semana de descanso en casa mientras movían los papeles y organizaban todo para su presentación como nueva socia de la empresa. Estaba tan cansada que, tras comer un poco, a pesar de no tener apetito, se tomó un par de valerianas y se echó a dormir dejando el teléfono en silencio. Se despertó por las veces que el timbre de casa no paraba de sonar. Se quitó el antifaz negro que llevaba para poder descansar mejor sin rastro de luz y fue hasta la puerta casi a gatas.

—¿Se puede saber por qué no me coges el teléfono? Llevo llamándote tres horas. Pensaba que te había pasado algo, Silvia.

Casi se le saltaron las lágrimas al verlo allí, tan guapo, tan preocupado por ella. Le dio un abrazo de oso tremendo y él tuvo que entrar dentro con ella en brazos. Se sentaron en el sofá y cuando Silvia consiguió despegarse un poco de él le explicó que no durmió la noche anterior y que se caía de sueño por lo que estaba durmiendo desde hacía horas.

—Pues es una lástima porque ha venido mi madre a verme y me habría encantado que os conocierais.

—¿En serio?

Enzo asintió y comenzó a hablar maravillas de ella dándole ganas de vomitar. ¿Cómo podía ser tan sumamente mentirosa? Jugaba con su hijo, llevaba años tomándole de los hilos haciéndole creer que aprobaba su vida cuando era todo mentira.

—Ha estado en el restaurante y le ha gustado mucho. Le he contado lo de los conciertos que doy y me ha sonreído, y eso que ella siempre odió que yo tocara música de ese tipo.

—¿Y no te ha dicho nada más?

—¿Como qué?

Silvia volvió a abrazarse a él porque de nuevo sentía las ganas de llorar peleando en su garganta para que no parase en años.

—Estás muy rara, ¿qué te pasa?

Ella le quitó hierro al asunto diciéndole que estaba solamente nerviosa por lo de ser socia en la empresa y la vuelta de Florencia aún la tenía descolocada porque no tenía la menor idea de cómo contarle a Enzo que su madre era una bruja falsa y mentirosa.

—¿Tú crees que le gustaría a tu madre? Quiero decir, no tengo el cuerpo de tu ex, ni siquiera aspiro a tener el dinero que tiene tu familia.

—Qué tonterías estás diciendo hoy. Por supuesto que le gustarías. Mi madre ha cambiado mucho, ya no es tan clasista y lo único que le preocupa es mi felicidad. Le costó, pero aceptó mi separación con Nekane y en cuanto a que no seas del mismo ámbito social, es una chorrada. Mi madre no se deja llevar por esas cosas. La mujer de antes sí, pero desde que estuvo enferma cambió mucho sus ideas. Se moriría por ti en cuanto te conociese. —Le dio un beso en los labios sin dejar de sonreír.

—¿Y el peso? Ya sabes que no soy una modelo precisamente...

Enzo la miró con el ceño fruncido un momento, negando con la cabeza. No entendía a qué se debían todas esas pegas, pero seguramente todo sería producto de sus inseguridades y de sus miedos porque no había más que verla. ¡Era un mujerón!

—No digas más tonterías que me voy a enfadar al final. Eres una pedazo de mujer de los pies a la cabeza y mi madre no se deja llevar por esas frivolidades. Ya no. Es increíble lo que una enfermedad puede hacerte relativizar y ella lo hace. La verdad es que me ha alegrado mucho verla otra vez, tenemos ahora tan buena sintonía que creo que se me vendría el mundo abajo si volviera a perder eso, ¿sabes? Cuando me vine hace años de mi casa con una mano delante y otra detrás no me importó venir sin un duro, lo que de verdad me dolía era el rechazo de mi familia por querer llevar un camino diferente. Eso me dejó roto y me costó mucho que no me afectase en el día a día. Ahora que he podido recuperar la relación con mis padres, soy una persona liberada, sin ese peso en la espalda. No quiero volver a sentirme así por nada del mundo. Lo entiendes, ¿verdad?

Y entonces Silvia se dio cuenta de que sí, de que lo entendía, de que una vez más su felicidad no pasaba por encima de la de él. La decisión no dejaba lugar a dudas.

LA CEREMONIA

Enzo siguió hablando bondades de su madre y Silvia no pudo más que asentir y tratar de sonreír. Todavía no encajaba que iba a tener que vivir de nuevo sin él porque no se merecía perder a sus padres de nuevo, por mucho que su madre fuera un bicho. No iba a caer sobre su conciencia, pero tampoco sabía de qué manera iba a decirle que todo se terminó. Iba a ser tremendamente difícil creerla. En los dos días previos a la fiesta de Lara y Daniela o a la falsa boda como la llamaban ellas, se le hizo muy complicado seguir como si nada pasase. A ninguna de sus amigas le contó nada por lo que llevarlo por dentro dolía más. Aguantar la carga sola sin compartir el peso que la ahogaba cada día un poquito más. Esos días no pudo de dejar de llorar por cualquier cosa. Enzo quería entenderla, pero le costaba sin haber un motivo aparente. Ella se lo achacaba a la vuelta a Madrid, dejar Florencia donde al final hizo amigos a los que también extrañaba... por suerte la creía y no escarbaba más para saber qué demonios estaba pasando.

Llegó el día de la boda de Lara y se puso un vestido amarillo largo que dejaba al descubierto un lado del costado con una abertura en la pierna y un broche verde a juego con los zapatos de tacón y el bolso de mano. Estaba espectacular, podía mirarse al espejo y verse tremendamente bella, pero por dentro se estaba muriendo.

—Dios mío de mi vida —fue lo único que pudo decir Enzo al verla.

Silvia se rio y se dijo que aquella boda la disfrutaría antes de dejarle una nota en su apartamento para abandonarlo. Así de cobarde iba a ser porque no podría enfrentarle y decirle mentiras como que no le quería ya o que quería otras cosas distintas. Le dio la mano y él le dejó un beso en la mejilla para no fastidiarle el maquillaje tan perfecto que llevaba.

Al llegar al lugar de la ceremonia fue a ver a la novia que estaba esperándola tanto a ella como a Penélope para ayudarle a vestirse. Cuando Lara vio a su amiga se quedó tan impresionada como Enzo.

—Se supone que no puedes quitarles protagonismo a las novias.

Silvia se rio al ver a su amiga con la bata de seda blanca y las zapatillas con pompones a juego sentada en una silla tapizada muy elegante. Daniela y ella eligieron una finca a las afueras de Madrid con unos jardines preciosos que decoraron justo para ese día de una manera preciosa.

—¿Crees que este trapo puede hacerte sombra?

Le dio un abrazo y justo en ese instante se abrió la puerta irrumpiendo Penélope con unas gafas de sol enormes arrastrando una maleta igual de grande. Se subió las gafas a la cabeza y observó la estampa tan bonita de las amigas.

—¿Cómo se os ocurre empezar la fiesta del abrazo sin mí?

Silvia y Lara dieron un chillido al verla. Penélope venía directa desde el aeropuerto, por eso llegaba con la maleta y con el *jet lag* a cuestas. Se abrazaron las tres y se rieron cuando la recién llegada les enseñó la botella de champán que llevaba en el bolso. Lo primero que hizo al bajarse del avión fue comprarla para brindar en la intimidad antes de que todo comenzase y no tuvieran tiempo de estar con Lara. Aún quedaba una hora para que la ceremonia comenzase, pero ya había empezado a llegar la gente.

—No sabéis lo feliz que me hace que estéis aquí las dos. Para mí es un día tan importante...

—Se le agüó un poco la mirada y enseguida sus amigas la sacaron de ahí. Penélope puso música

de su iPod y las tres bailaron como tontas de la mano unas de otras.

—Bien, niñas, nos queda menos de media hora y yo necesito una ducha, aunque sea rápida antes de ponerme deslumbrante. Vistamos antes a esta hermosa.

Y ese momento compartido entre las tres fue más que precioso. A veces se les empañaban los ojos, pero no iba a más porque Penélope sacaba siempre su humor negro y les hacía reír con cualquier chorrada. Silvia se dio cuenta de lo afortunada que era al contar con ellas y se lamentó de no contarles lo sucedido con la madre de Enzo, pero lo último que deseaba era estropearle ese día a Lara. Lo estaba pasando tan mal por no estar con su madre que no era nadie para estropearle más ese momento que era *su* momento. Se merecía ser feliz más que nunca.

—Estás increíble.

Esa vez no se abrazaron para no estropear un ápice del vestido de novia, sino que se dieron las manos, apretándolas. Lara tenía un nudo de emoción en la garganta, pero solamente quería disfrutar de su día con su mujer que la amaba como nadie y a quien ella quería como nunca hizo con nadie.

—Gracias a las dos por estar aquí hoy. Sois mi familia.

—Venga, que me tengo que dar una ducha y convertirme aún más en la diosa que soy. Voy a mi habitación y en nada os veo.

Desapareció con su maleta bajo las grandes gafas de sol y fue corriendo a registrarse en una de las habitaciones de la finca. El fotógrafo llegó después de hacerle las fotos a Daniela. Era el turno de Lara, así que tras hacerse alguna con su amiga salió a la zona donde tendría lugar la ceremonia y allí se reencontró con Enzo.

—¿Cómo está Lara?

—Vas a alucinar, está deslumbrante. ¿Y Daniela?

—Igual. —Enzo al llegar se fue a ver a su gran amiga del mismo modo que Silvia estuvo con la suya.

Llegada la hora de la ceremonia se sentaron con Penélope al lado que también se puso muy elegante para el momento. Lara llegó sola al igual que Dani pues ninguna quiso hacer el camino acompañadas. Cuando se vieron se les escaparon las lágrimas y todo fue tan bonito que Silvia lamentó que la madre de su amiga quisiera perderse algo tan bonito como lo que estaba sucediendo en esa boda. Al terminar, se cogieron de la mano e hicieron esa vez sí, el camino acompañadas una de la otra como harían el resto de sus vidas.

EL BESO QUE NUNCA QUISE DAR

—Ha sido una boda preciosa. La tuya tiene que ser igual, Silvia, algo cortito e igual de emocionante —comentó Penélope bebiendo de su cóctel.

A Silvia se le puso el nudo en la garganta, aunque por nada del mundo iba a decirle nada a pesar de que la fotógrafa la miró algo extrañada. Hizo ese comentario esperando que se riera o le hiciera referencia a lo que le dijo, pero no obtuvo nada más que un cambio de tema por su parte.

—Y cuéntame qué tal te va por Canadá.

—Increíble, nunca me había sentido así en ningún lugar. Es como si al llegar allí todo se hubiera tranquilizado. Soy feliz.

Silvia dejó la copa vacía en una mesa cercana y vio al fondo a Enzo que charlaba con algunos amigos de Daniela. Se alegraba enormemente de que su amiga por fin hubiera encontrado esa calma y esa paz que llevaba años buscando.

—El tiempo ayuda mucho, Silvia. Cuando llegué allí estaba tan perdida... Álvaro me pidió casarme con él y por suerte que le dije que no, que necesitaba estar sola porque me di cuenta de que no puedes tener una relación con nadie si antes no te amas a ti misma con todo tu corazón.

—Tienes razón.

—Y en cuanto a Henry... no volví a verlo. Tampoco le dije adónde me iba y afortunadamente nunca hemos tenido vínculos que nos unan para averiguar dónde estoy. No te puedo negar que si volviera a verlo sentiría algo, ¿pero sería igual de profundo que hace años? Lo dudo.

Enzo llegó en ese momento y estuvo hablando con ellas un rato. A lo lejos vieron llegar a la pareja de novias saludando a los invitados resplandecientes de felicidad. Lara se acercó a sus amigos y brindaron juntos unos minutos antes de seguir viendo al resto de invitados. Disfrutaron del cóctel en el que comerían y después se celebraría el baile. Era algo informal y sobre todo algo que querían vivir sin demasiado artificio. Silvia buscaba un refresco por las bandejas que sacaban los camareros, pero al ver que no había más que alcohol fue hasta el interior del restaurante a buscar uno ella sola.

—Estás tan impactante que da miedo mirarte.

—El que faltaba...

Javier, su expareja y primo de Daniela, rondaba por allí. Silvia ni siquiera se percató de que andaba por el interior del local hasta que escuchó cómo le hablaba a la espalda. Se giró y le vio con un traje impecable y atractivo como iba Javi siempre.

—Siento no poder decir lo mismo.

Entró en la cocina donde solamente había dos camareros que locos por el ritmo frenético de la boda salieron con bandejas llenas sin percatarse de su presencia. Silvia se acercó a una nevera y vio varios refrescos, así que se animó a coger una para llevársela al jardín.

—Por lo que he podido ver sigues acompañada del chaval ese.

—¿Y? ¿Javier tienes algo de interés que yo deba conocer o me puedes dejar tranquila ya?

Prepotente como siempre, se sonrió mientras daba cada vez más pasos hacia su exnovia. A Silvia no le impresionaba en absoluto, era como si se acercase a ella un viejo conocido. Ni fu ni fa.

—¿Cómo está tu madre?

—Pues desde que supo la manera en la que hablabas de su hija no tiene muchas ganas de verte.

—Silvia, todos nos equivocamos alguna vez y yo cometí el error de perderte...

—Mira, Javi, quizá eso hubiera colado si no supiera de buena tinta que me pones verde a mis espaldas porque sigo siendo la chica gorda a la que te tiraste varias veces hasta que preferiste a las modelos extra delgadas.

Le quitó la botella de la mano y la tomó de las manos. Besó sus manos y la miró a los ojos tirando de su pasado para ablandarle el corazón.

—He cometido muchos errores y sobre todo por mi boca que no sé mantenerla cerrada, pero Silvia, ninguna mujer me ha hecho sentir como tú. De verdad, con el tiempo me he dado cuenta de que solamente tú eres la persona con la que quiero estar el resto de mi vida. Solo aspiro a tener una ceremonia tan bonita como esta, tener la casa de nuestros sueños, disfrutar de nuestros hijos...

—Basta, Javier. No te humilles más...

Pero no pudo seguir hablando porque él estampó sus labios sobre los de ella antes de abrazarla y decirle entre besos que no podía vivir sin ella. Y poco importó que fueran besos robados porque si lo veías desde fuera simplemente veías a dos personas besándose. Rectifico, a dos ex dándose el lote.

—¿Silvia?

Y eso fue lo que vio Enzo al entrar en la cocina buscando a su novia.

LAS VERDADES QUE NO LO SON

Javi se separó de ella con la sonrisa triunfal en los labios porque más que ganarse de nuevo el amor de su expareja deseaba poder quitársela al otro. No porque tuviera nada en su contra, sino simplemente por el hecho de ganar, por triunfar y humillar al otro, porque Javier era así y tampoco podía defenderse de otra forma.

—Si me disculpáis, vuelvo a la fiesta.

No se esperó a justificarse ni a ayudar a Silvia diciendo que había sido cosa suya, que ella no quería que la besara, pero que poco pudo hacer tras atacarla de esa manera. De hecho, es que le daba lo mismo si tenía problemas con el que era su novio. Ese tipo de persona asquerosa era.

—¿Se puede saber qué coño haces besando a tu ex?

El cerebro de Silvia cortocircuitaba porque de todo lo que podía suceder para separarlos jamás se le ocurrió que una tercera persona entrase en la ecuación, y entonces lo vio claro. Se agarraría a eso para dejar a Enzo. Podría haberle dicho que no lo quería, pero él sabría que le estaba mintiendo, podría haberse inventado cualquier cosa, pero sabía que él no la creería. Aquello fue el regalo que le cayó del cielo para decirle que todo se había terminado.

—¿Y bien? Sigo esperando una respuesta.

—Yo... no sé qué decir. He... he entrado a por un refresco y él estaba aquí, y hemos recordado viejos tiempos, y una cosa nos ha llevado a la otra hasta que has entrado.

La cara de Enzo fue un poema, no podía creer nada de lo que le estaba diciendo. Ella mil veces le dijo que odiaba a aquel ser despreciable que solamente la valoró por su peso e incluso le fue infiel en varias ocasiones. ¿De qué manera podía haber vuelto a sentir algo por él? ¡No podía ser más que una pesadilla!

—A ver, a ver, que no me estoy enterando de nada. ¿De verdad me lo estás diciendo o se trata de una broma de mal gusto?

«Si no dejas a mi hijo en los próximos días le desheredaré y jamás volveré a recibirlo en mi familia. No me importa cómo lo hagas, simplemente hazlo».

Las palabras de la madre de Enzo no dejaban de resonar en su mente y se aferraba a eso para dejarlo. No habría vuelta atrás. Después de reencontrarse con su madre ella no podía ser el impedimento para que se distanciara de ellos nuevamente. Por mucho que la destrozara y le costara la misma vida remontar. Él no se merecía volver a pasar el calvario que sufrió al llegar a Madrid.

—No sé qué más decirte, pero me ha removido verlo y besarnos...

Enzo dio un paso hacia atrás porque oír eso le hacía demasiado daño. Jamás pensó que Silvia podría hacerle semejante cosa y el dolor tan horrible que le estaba provocando le daban ganas de vomitar.

—¿Cómo me puedes estar contando esto? Joder, no lo entiendo.

—Señores, no pueden estar aquí.

Un camarero entró y les pidió que salieran de la cocina así que salieron a una zona del jardín apartada del resto donde poder seguir hablando. Silvia se estaba tragando las lágrimas y no podía más con el dolor que ella misma sentía y con el que le estaba provocando a él.

—Silvia, de verdad, no entiendo nada. Hasta ayer me querías, éramos felices, estábamos bien

y hoy ves a tu ex, ¿y te das cuenta de que sigues loca por él? ¿Por ese tío que te ha menospreciado siéndote infiel con otras mujeres? ¡Pero de verdad me lo estás contando!

—Lo siento, Enzo. Lo mejor será que me vaya y que tú te quedes.

—¿Acaso crees que me importa eso? ¡Que estás rompiendo conmigo por tu ex!

Le empezaba a costar encontrar el aire, no podía respirar e incluso se le nublaba la vista. Solo quería escapar, salir corriendo de allí y llorar sin descanso en su apartamento.

—Enzo, perdóname. Jamás habría querido que las cosas sucedieran de esta manera. No puedo decirte mucho más. Lo siento, ¡lo siento!

Aquellas últimas palabras se las dijo en la distancia mientras huía del jardín. Había algunos taxis en la finca porque llevaban y traían a gente por lo que le fue accesible subirse a uno. Ni siquiera se despidió de sus amigas y cuando Penélope comenzó a llamarla sin descanso entendió que Enzo les dijo que se había ido. Solamente le dijo que no podía hablar en ese momento. Estaba sin fuerzas, devastada por tener que separarse de aquel hombre tan maravilloso al que quería.

Ya en la soledad de su apartamento pudo llorar sin tener que aparentar que estaba bien. Ni siquiera se quitó el vestido ni el maquillaje hasta la mañana siguiente cuando se despertó en el sofá. El timbre de la puerta fue lo que de nuevo la sobresaltó y por eso se levantó del sofá por miedo a que le hubiera pasado algo a su madre.

—Joder, qué careto tienes.

Penélope se quitó las gafas de sol al verla y se quedó horrorizada. Entró en la casa y persiguió a su amiga hasta el sofá donde se tiró de nuevo sin importarle que siguiera vestida, con el maquillaje corrido y el pelo despeinado.

—Ha tenido que suceder algo muy grave para que sigas de esa guisa. ¿Qué coño pasó ayer con Enzo?

Qué dolor le provocaba escuchar su nombre de nuevo. No quería enfrentarse a la realidad, pero también pensó que la fotógrafa regresaría a Canadá pronto y no hablaría con nadie. Necesitaba desahogarse, pero antes de hacerlo su amiga le cogió de la mano y fue a la ducha con ella. La ayudó a lavarse, a desmaquillarse y a vestirse y la metió en la cama mientras le preparó café.

—Tómate esto.

Aguardó a que el café le entrase caliente en el cuerpo dándole el espacio que necesitaba. Se descalzó y se tumbó en la cama con ella, en silencio. Imaginaba cómo podía sentirse Enzo. Dolido y traicionado, pero ella se sentía como el ser rastrero que no merece que el aire le dé en la cara. Comenzó a llorar y Penélope le dio la mano, se la apretaba a veces.

—No te preocupes, hablarás cuando el llanto se vaya. Yo estaré aquí.

Y aquello la calmó porque sintió que podía ser ella, deshidratarse incluso, porque había alguien a su lado que la dejaba hacerlo. Estaba con ella y no pensaba soltarla de la mano. Eso era lo bonito de la amistad con Penélope, que no juzgaba, que en los peores momentos comprendía y esperaba. Esperaba y esperaba, sin prisa, para cuando llegara el momento fuera capaz de escuchar sin criticar. Y qué importante era eso.

UN RESPIRO

La vida en Canadá no era lo que Silvia imaginaba y, sin embargo, fue mejor. La mañana en la que Penélope apareció en su puerta tomó una decisión. Bueno, en realidad la tomó su amiga la fotógrafa. Después de escuchar lo que Silvia tuvo que decirle no le dijo nada más que coge tu pasaporte. Y dicho y hecho. Silvia envió un mensaje a su madre diciéndole que se tomaba unas vacaciones al igual que avisó a Mauricio a quien le pareció fenomenal mientras preparaba los papeles para ser la nueva socia. Se había entregado tanto a la empresa que se merecía esas vacaciones.

—¿Estás lista para ver las auroras boreales? Cuando las veas te vas a enamorar tanto que vas a querer quedarte a vivir aquí para siempre.

Llevaba un par de semanas allí con ella y aunque su amiga salía a trabajar y a veces incluso hacía viajes de dos o tres días disfrutaba del lugar. Entendía el motivo por el que Penélope era feliz en ese sitio y cada día le costaba un poquito menos llorar.

—Un día tras otro —le pidió Penélope la mañana que llegaron a Canadá—. Todo se asentará otra vez, por ahora intenta vivir un día y después el siguiente, sin pedirte nada más.

Llegaron a la zona donde verían las auroras boreales y donde pasarían la noche. Hacía frío, pero no le importaba porque ver algo como aquello iba a ser algo memorable. Se abrigaron bien y se alejaron del poblado en el que se alojarían esa noche para evitar la contaminación lumínica.

—Ojalá pudiera ser como tú, que no necesitas a nadie.

—¿Así es como me ves?

—Quiero decir que te quieres tanto a ti misma que no necesitas a nadie para sentirte completa como nos han hecho creer durante años.

Siguieron caminando junto al grupo de buscadores de auroras boreales al que se apuntaron. Iban un poco alejadas de todos para hablar con calma.

—Me alegra ver que la fachada que me he construido os haga pensar eso a todos. Yo me perdí amando a un hombre que no me quiso lo suficiente como para dejarlo todo por mí, y créeme, eso es lo peor que alguien pueda sentir. Pero después de hundirme en el fango me di cuenta de que nadie merecía que yo viviera rodeada de bacterias en el barro. Decidí quererme más a mí, lo que no quita que no haya vuelto a jugar con el amor.

—Y así llegó Álvaro, ¿verdad?

Penélope meditó bien sus palabras antes de responder a su amiga.

—Él fue la persona que me hizo creer de nuevo en que me merecía ser amada siendo la prioridad. Me quiso tanto que no me hizo volver a dudar del amor. Fue parte de mi cura y siempre se lo agradeceré.

Silvia soltó el aliento contenido tras escuchar algo tan bonito, aunque estaba bastante lejos de creer que ella pudiera volver a sentir lo mismo. Seguía teniendo a Enzo muy dentro de su corazón y veía complicado poder sacarlo de allí.

Llegaron a la zona donde iban a disfrutar de las auroras y en verdad fue un gran espectáculo. A Silvia se le empañaron los ojos al ver esa imagen tan preciosa y su amiga la abrazó por detrás, reconfortándola. Fue una noche bonita, la primera en la que sintió que podía disfrutar de algo tan bello sintiendo un poco menos el peso de la culpa.

—Sabes que yo siempre te apoyaré en lo que decidas y que no soy de esa gente que juzga ni mucho menos la critica...

—Pero... —se adelantó Silvia.

—Pero creo que tenías que haberle dicho la verdad a Enzo. Al menos se lo merecía. Ese chico está loco por ti y tú te mereces ser feliz, ¡qué coño! ¡Que le den por culo a la madre! Él es quien tiene que decidir qué prefiere y dudo mucho que eligiera a su familia antes que a ti.

Silvia le contó a Penélope de su huida de la boda el primer día que llegaron a Canadá y nunca le dio su opinión. Simplemente se limitó a ayudarla a levantarse cada día, a entretenerla enseñándole la zona donde vivía haciendo turismo y llevándola a su trabajo; aunque sabiendo que estaba enamorada de él y viceversa le daba mucha pena que tirara esa relación por la borda.

—No podía ponerle en esa tesitura. Sé lo que sufrió cuando se apartó de su familia y no podía llevar a mis espaldas la mochila de haber sido quien se cargase de nuevo la relación con ellos.

—¿A costa de tu propia felicidad?

—Eso es lo que menos importa, Penélope.

No pudieron llegar a un acuerdo porque cada una tenía un pensamiento muy distante de la otra. Llegado el mes de estar allí se dijo que era hora de volver a Madrid y volver a retomar las riendas de su vida. Habló con Mauricio para verse la semana próxima y celebrar la fiesta del fin de año anunciando que ella era la nueva socia. De nuevo le ofreció volver a Florencia a trabajar y no le pareció mala idea. Solamente tenía que convencer a su madre porque de regresar a Florencia esa vez no sabía si regresar a Madrid sería una opción.

FLORENCIA, QUÉ HERMOSA ERES

Volver a Madrid no fue fácil. Silvia se despidió de Penélope prometiendo que se verían pronto pero mientras se lo decían ambas sabían que estaban mintiendo. La fotógrafa estaba inmersa en el proyecto de abrir su estudio de fotografía en Canadá mientras llevaba el de Madrid en la distancia. Por suerte tenía a alguien en la capital de España que se encargaba de todo y no era necesario que estuviera presente más que alguna vez al año. Además, Canadá le daba la calma y la paz que llevaba años buscando. Silvia, por su parte, regresó a su apartamento y su madre fue a verla al día siguiente con todo el *jet lag* en su cuerpo. Habló con su madre sobre la posible ida a Florencia a trabajar y le dijo a su hija que se iría con ella ya que era lo más importante de su vida y lo único a pesar de no gustarle la ciudad. También habló con Mauricio quien le dijo que su trabajo en Florencia le seguía esperando, solo que volvería allí como jefa de la empresa y no como secretaria.

—No me puedo creer que esta misma noche sea la fiesta de la empresa y vayan a anunciar que eres la nueva socia. ¡Cuántas noticias bonitas!

Silvia se rio al escuchar a su amiga Lara que la recogió en su casa después de dejar a su mujer embarazada en casa. Hacía poco que habían conseguido el deseado embarazo y el médico le pidió que hiciera reposo debido al aborto que sufrió tiempo atrás. Por ella se hubiera quedado con Daniela, pero quería apoyar a su amiga en el nombramiento de socia de la empresa. Además, su mujer le rogó que fuera porque perderse algo así por estar sentada a su lado sin hacer nada le pesaría mucho más.

—Ya era hora, ¿no crees?

Llegaron a la fiesta rozando la hora de que todo empezase. La celebración tenía lugar en un restaurante muy conocido de la ciudad y antes de comenzar a cenar tenía lugar el discurso de Mauricio en el que anunciaría quién iba a ser su nueva socia. No pudo evitar que los rumores circularan por las oficinas, pero tampoco lo confirmó.

—Silvia, estás preciosa.

La mujer de Mauricio al verla se acercó enseguida a ella y a Lara. Silvia no supo cómo reaccionar ya que la última vez que la vio la miró de forma despreciable. Sin embargo, al contrario de lo que ella esperaba fue muy amable como siempre lo había sido.

—Quiero ser la primera en darte la enhorabuena por ser socia en la empresa y pedirte disculpas por mi error cuando pensaba que...

—No tienes que decirme nada —respondió ella agarrándole la mano que le ofreció para estrechársela.

Lara se quedó un poco apartada cuando hablaron del incidente con la odiosa de Idoia y esperó a que el momento pasara. La esposa de Mauricio se retiró para encontrarse con su marido y Silvia deambuló por la sala junto a su amiga hablando con otros compañeros. Llegó el momento del discurso del jefe de la empresa y tras dar la enhorabuena a todos por el excelente trabajo realizado ese año dio la noticia de que Silvia se convertía en su nueva socia. Subió al estrado que montaron para esa noche y dio las gracias a su futuro socio. La gente le aplaudió y vio a muchas

caras de compañeros que se alegraban de verdad de la noticia lo que le hizo sentirse francamente bien. Pasados los nervios cenaron y disfrutaron de la noche hasta que ella desapareció porque cogía un avión al día siguiente a Florencia para empezar una nueva vida.

—Parece mentira que ya sea otoño de nuevo —comentó bebiéndose el café de primera hora de la mañana en la cocina junto a su madre que, a pesar de no tener necesidad, se levantaba cada día con su hija para desayunar.

Ese día mirando por la ventana se dio cuenta de que ya habían pasado cuatro otoños desde que conoció a Enzo. Tenían razón los que decían que el tiempo volaba. El trabajo en Florencia le encantaba y aunque no paraba en todo el día le gustaba mucho lo que hacía. A veces tenía que viajar y su madre iba con ella, algunas veces a regañadientes, pero las dos disfrutaban mucho la una de la otra.

—Esta tarde llegaré tarde, mamá. Cena tú y acuéstate porque no sé a qué hora llegaré.

—Vale, hija. Tranquila.

Le dio un beso de despedida y se subió al coche de empresa que cada mañana la llevaba a la oficina. Al llegar no tuvo ni un segundo de respiro hasta la hora de comer que fue cuando pudo llamar a su madre para asegurarse que estaba bien. Comió con algunos compañeros que se habían convertido en amigos y regresó al trabajo entre suspiros de agobio.

Salió de la oficina casi de noche y optó por volver al apartamento caminando. Era algo que le encantaba y todavía no hacía tanto frío como para tener que ir en el coche. Su vida se había convertido en el caos absoluto, sin tiempo para disfrutar de esas pequeñeces. Por eso ir andando hacia casa era uno de los pequeños lujos que le encantaba poder disfrutar. Tenía una vida que le gustaba, quizá no fuera perfecta, pero no estaba tan oscura como el día que mintió a Enzo y salió huyendo de Madrid. El puente Vecchio era su parada cada vez que necesitaba respirar, pausar su vida y seguir con la locura del día a día.

—Hola.

Silvia contuvo el aliento al oír ese saludo a su derecha. No podía ser él. Se giró y vio una sonrisa preciosa a la que echaba de menos. La de Enzo.

—Hola.

Tragó saliva sin ocultar su sorpresa. Se observaron uno al otro de arriba abajo, pero con miedo a dar un paso más.

—Estás tan guapa como siempre.

—Oh, gracias. Tú también.

Enzo se giró apoyando los brazos sobre el puente mirando hacia el río. Era lo más surrealista que le había pasado en mucho tiempo. ¿Era él de verdad el que estaba allí?

—Por lo que sé, las cosas te van bien.

—No me puedo quejar, no —respondió Silvia apoyando las manos sobre el puente también.

Permanecieron en silencio un rato hasta que él lo rompió.

—Sé el motivo por el que te fuiste y por el que me mentiste.

Ella lo miró con la boca abierta pensando a mil revoluciones por minuto quién sería aquel que se chivó. Solamente pudo ser una persona: Penélope, pero ella jamás la habría traicionado de esa forma.

—Al irte, mi madre insistió en que fuera a verlos y así lo hice. Me mudé una temporada con ellos y un día le escuché una conversación con Nekane por teléfono. Yo descolgué para hacer una llamada y oí lo que estaban hablando. Cuando mi madre colgó fui a preguntarle por lo que acababa de escuchar y no pudo negarme nada. Creo que no ha habido nada más doloroso que

escuchar de la boca de mi madre ciertas cosas.

—Enzo...

Él se separó del puente y se acercó un paso más hasta Silvia. Dios, la había extrañado tanto que le dolía no poder tenerla ya entre sus brazos...

—No lo hiciste bien, pero pude comprender con el tiempo que creíste que hacías lo correcto.

—¿Y tu madre?

—No quiere saber nada de mí o eso es lo que me dijo segundos antes de irme por la puerta de su casa. No puedo cambiar su forma de pensar, Silvia, pero ella vivió su vida. Eligió, hizo y asumió sus decisiones. Yo tengo que hacer lo mismo con la mía y aunque me mate el que no me quiera en su vida por la persona a la que quiero, no pienso echar un paso atrás nunca más. ¿Me has oído? Nunca más.

Silvia fue a hablar, pero él fue más rápido y agarrándola por las mejillas la besó. Desde que descubrió la verdad se dijo a sí mismo que no iba a cometer el error de volver a separarse de aquella mujer jamás. Entendió por fin que ella no quería ser el lastre que provocase el cisma entre sus padres y él, pero eso sería cosa suya y de nadie más. Al separar los labios abrieron ambos los ojos y se miraron de cerca. El hormigueo de un futuro juntos se arremolinaba en sus corazones. Todo juntos a un simple roce. Una vida juntos en Florencia o en Madrid o donde fuera. Viajar, salir a cenar, a bailar, escucharlo tocar la guitarra y cantar con los ojos cerrados, sentarse en la terraza de su apartamento mientras él fumaba y ella leía recriminándole que no dejase el mal hábito.

Y entonces Silvia lo vio. No podía haber un momento más perfecto que ese, en el puente Vecchio, el lugar más romántico de la ciudad, en el que Silvia lo miró y el amor le golpeó en el pecho. Lo sintió, al amor, a ellos, al de verdad, a ese del que ninguno de los dos pudo escapar. El futuro por llegar, abriéndose paso e incluso cuando las luces se apagaron y solo quedaron sombras, supieron que eso seguía ahí porque un amor como el suyo era capaz de atravesar el paso de los años y mantenerse, porque era una magia que no podía evaporarse, algo de lo que no querían huir. Algo que comenzó un otoño años atrás.

EPÍLOGO

—¿Cómo ha pasado esto?

La chica sentada en el suelo del baño seguía sin creerse lo que estaba mirando. ¿En qué momento su vida se descontroló tanto que había ignorado las señales de que estaba jugando con fuego? «No era el momento», se decía. ¿Pero cuándo lo era? Sus amigas siempre contaban lo mismo, que nunca es el momento, pero que cuando llega es una bendición. ¡Para las que decidieran tener ese tipo de bendiciones! Ella no era de ese tipo de mujeres.

Vomitó una vez más y se echó agua en la cara y en la nuca porque se sentía mareada de nuevo. Tras enjuagarse la boca sonó su móvil y fue hasta él casi a rastras porque se encontraba fatal. De hecho, llevaba así casi un mes, pero con tanto ajeteo de trabajo siempre pensó que era estrés o cansancio porque su ritmo de vida era demasiado frenético. ¿Quién iba a pensar otra cosa?

—¿Diga?

A los dos segundos se desmayó y la chica al teléfono continuó hablando, aunque a Penélope ya le daba igual lo que tuviera que decirle.

—¿Sigue usted ahí? ¿Señorita? Es muy importante que concierte una cita cuanto antes con su médico para comenzar a cuidarse. Un embarazo es una cosa muy seria.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Empecé a escribir esta historia cuando cogí unos kilos y alguna gente no paraba de decirme que tenía tripa y que si estaba gordita. A mí, sin embargo, me parecía que a pesar de lo que ellos creían que era un cuerpo que no se cuidaba, me sentía más feliz. Hasta que esos comentarios me hicieron pensar que quizá había algo malo en mí. Qué equivocada estaba.

Ese fue el motor que me lanzó a escribir la vida de Silvia, que es ni más ni menos que la historia de muchas personas que se ven criticadas por no tener un cuerpo normativo.

Gracias sobre todo a las compañeras talentosas con las que comparto sueños e ilusiones.

A los lectores, pues sin ellos estas historias no tendrían sentido alguno.

Y como no, a Víctor, que se ocupa de mantenerme a flote cuando siento que me hundo.